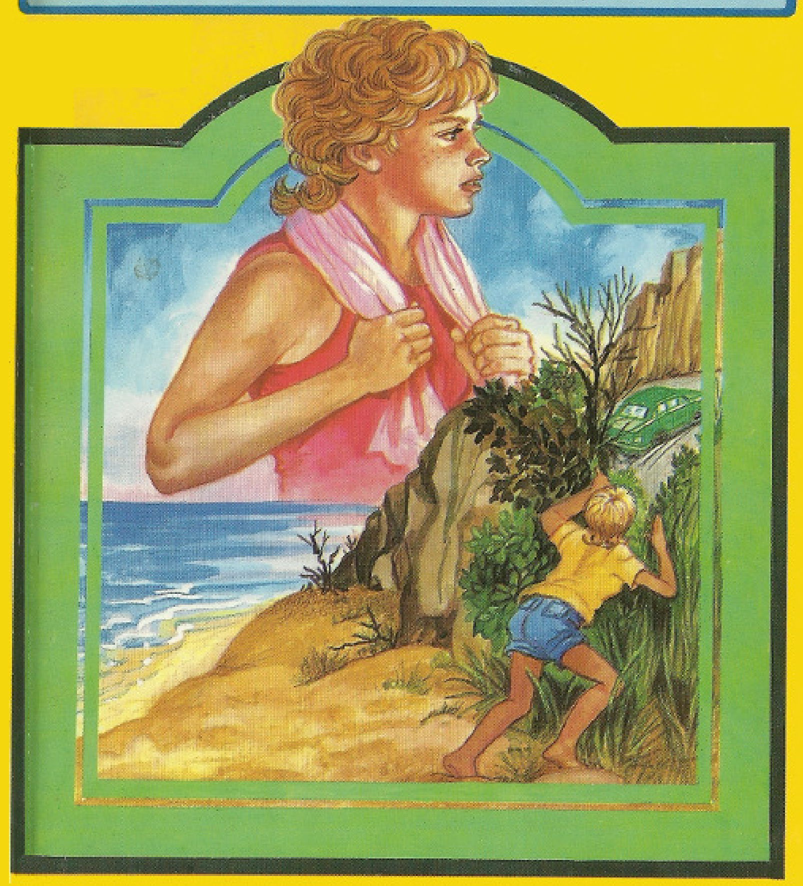
TRIXIE BELDEN

10

EL MISTERIO DEL MILLONARIO DESAPARECIDO



Cuando Trixie y Honey encuentran una billetera en Glen Road, quedan envueltos en el misterio del millonario desaparecido ya que su hija, Laura capta su simpatía por su difícil situación. El Sr. Lytell presta a Laura dos mil dólares para contratar a un detective y Trixie y Honey se emocionan por la perspectiva de trabajar con un detective, pero Trixie no puede evitar sentir celos por la atención que Jim está dando a Laura. Trixie se esfuerza por apartar sus celos a un lado y concentrarse en el misterio, pero ¿están sus verdaderos sentimientos confundiendo la situación o hay realmente alguna razón para no gustarle Laura Ramsey?



Kathryn Kenny

El Misterio del Millonario Desaparecido

Trixie Belden - 10

ePub r1.0
Titivillus 16.07.16

Título original: *The Mystery of the Missing Millionaire*
Kathryn Kenny, 1980

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Un descubrimiento • 1



HABÍAN CAMINADO MUCHO y, tanto las dos amigas como los caballos, empezaban a sentir el excesivo calor.

—¡So, Lady! —gritó Trixie Belden, echando hacia atrás las riendas de la pequeña yegua negra que montaba.

Detrás de Trixie, Honey Wheeler montaba en. su caballo ruano Strawberry que guiaba junto al de Trixie por el estrecho sendero arbolado.

—¿Qué pasa, Trix? —preguntó Honey a su mejor amiga.

Como respuesta, Trixie volvió su acalorado rostro a Honey y resopló hacia arriba, levantando el rizado flequillo pelirrojo que

caía sobre su frente.

—Si estos caballos tienen tanto calor como yo, sería mejor que desmontáramos un rato; si no, se derretirán —dijo.

—Tienes razón —asintió Honey, inclinada hacia delante en la silla de montar para acariciar el brillante cuello de Strawberry—. Se ve que vamos a tener otro día de bochorno.

Trixie se secó la frente con el dorso de la mano y miró a su amiga con envidia. Incluso en medio del calor más sofocante de la historia de Sleepyside-on-the-Hudson, Honey conseguía parecer fresquita y pulcra. Su pelo rubio, que le llegaba por los hombros, estaba recogido en la nuca por una gorra y, aún después de una hora de duro galope, ni un solo mechón se había descolocado. Su piel tenía un tono rosado, brillaban sus ojos color avellana y, maravilla de maravillas, en su blusa de algodón todavía se notaban las rayas de la plancha. Incluso en medio del bosque, a millas del espejo más cercano, Trixie sabía que su desgreñado aspecto contrastaba con la pulcritud de Honey. El pelo de Trixie era indomable, y ahora formaba una maraña de rizos dispersos sobre su frente y sus orejas. Sospechaba que, dado su aspecto, cualquiera pensaría que tenía la escarlatina, aunque ni aun así podía disimular las innumerables pecas que se esparcían por su nariz. Trixie contempló su niki, que cuando se lo puso por la mañana estaba limpio y fresco, y, después de cuatro horas, parecía que había dormido con él; además tenía una gran mancha sobre la pechera.

—¡Ay, Honey!, no sé cómo lo haces —gimió Trixie.

Honey la miró desconcertada.

—¿Qué hago? —preguntó un poco a la defensiva.

—Tú te las arreglas para estar limpia, fresquita y apañada... no sé cómo. Pero yo... —Trixie pasó una mano sobre su niki, como conclusión de su frase.

Honey rió entre dientes ante la desconsolada cara de Trixie.

—Olvidas que he estado años y años sin hacer nada,

salvo cuidar mi aspecto —recordó a su amiga—. Aprendí bien esa lección, pero la cambiaría sin dudarlo por todas las cosas que tú aprendiste e hiciste mientras tanto.

Trixie se inclinó hacia delante y acarició el cuello de Lady; un sentimiento de culpabilidad la invadía. Aunque Honey había hablado desenfadadamente, Trixie sabía que odiaba que le

recordaran la época anterior a su llegada a Sleepyside.

Entonces, Honey era una pobre niña rica. El trabajo de su padre les obligaba, a él y a su madre, a viajar con demasiada frecuencia, así que decidieron que sería mejor para Honey vivir en un internado. Allí fue donde aprendió sus buenas maneras, pero sufriendo la privación de un verdadero hogar.

Trixie, por su parte, había vivido toda su vida en Crabapple Farm. Su familia no era rica, ni mucho menos, pero tuvo una infancia feliz. Trixie había crecido junto a sus hermanos mayores, Brian y Mart, y cuidando a su hermano pequeño, Bobby. No sabía tanto como Honey de etiquetas, pero sabía softball, jardinería, gastar bromas y aceptarlas.

Las dos chicas, de ambientes tan distintos, se hicieron íntimas amigas desde el día en que Honey y sus padres se mudaron a Manor House, situada justo al final del camino de Crabapple Farm.

La enorme y lujosa mansión, Manor House, era el hogar que Honey siempre había soñado. Aunque sus padres estaban fuera la mayoría del tiempo, la señorita Trask, que fue contratada inicialmente como institutriz de Honey, llevaba ahora todos los asuntos.

Honey era una niña frágil y asustadiza al mudarse a Manor House, pero desde entonces adquirió un coraje que le permitiría seguir a Trixie en cualquier aventura.

La primera de ellas tuvo como objetivo la recuperación de Jim Frayne, un joven vagabundo. Después se vieron implicadas en su traslado al Estado de Nueva York. Más tarde, los padres de Honey adoptaron a Jim, dándole a ésta el hermano mayor que necesitaba.

Desde entonces habían corrido muchas otras aventuras y el valor de Honey fue creciendo poco a poco.

Mirándola ahora, Trixie se daba cuenta de lo mucho que su amiga había cambiado. Incluso la blusa tan pulcra y los jeans de un azul ya gastado, pero limpios, que llevaba, eran bastante más normales que los pantalones de montar que usaba cuando llegaron a Sleepyside.

Inclinándose en la silla, Trixie hizo un gesto de disculpa.

—Lamento ser tan gruñona; el calor siempre me pone así. Y me siento peor aún cuando veo que el calor no te afecta; ya sé que no está bien.

—No, no está bien, pero comprendo perfectamente lo que sientes. En invierno, cuando aúlla el viento y la nieve se mete por todas partes, tú llevas una chaqueta ligera y vas como si nada a mi casa para que salgamos a patinar. Yo entonces querría quedarme acurrucada delante de la chimenea. Y en ese momento soy yo quien refunfuña.

—Nunca me había dado cuenta —dijo Trixie sorprendida—. Disimulas mucho mejor que yo tu enojo. ¿Quieres decir que odias el frío tanto como yo el calor?

—Probablemente —aseguró Honey—, aunque no sé cómo podríamos medirlo —añadió bromeando—. Tal vez consigamos que Brian invente un odiómetro.

Trixie captó la idea inmediatamente y empezó a darle vueltas.

—¡Qué gran idea! Podríamos llamarlo detector de odio. Ya sabes, como los detectores de mentiras. Sentaríamos a la gente en una silla y uniríamos las manos con un montón de alambres, preguntando: ¿Detesta el calor? ¿Odia el frío? Y una aguja se desplazaría más o menos, según el grado de odio.

—Entonces tendrá que haber... ¿cómo se llama?... —Trixie cerró los ojos y arrugó la nariz, haciendo un esfuerzo por recordar—. ¡Ah, sí! Preguntas clave. Preguntaríamos cosas a las que todo el mundo ama u odia, con lo que tendríamos algunos puntos de referencia. ¿Detesta los helados? Nadie puede contestar que sí. O también: ¿Odia tener que cuidar niños? Tampoco habría nadie que dijese no.

Honey se rió con tantas ganas de la calenturienta imaginación de Trixie que tuvo que sujetarse bien en la silla para no caerse de Strawberry.

—¡Oh, Trixie! —gimió—. Eso sería un invento estupendo. Pero tendrías que seleccionar mejor las preguntas. A mí me gusta cuidar niños.

Trixie chasqueó los dedos.

—No vale —dijo—. Te divierte cuidar a Bobby porque no tienes que aguantarlo todo el día, durante horas, y horas, y horas... Trixie arrastró las palabras en una sucesión monótona que hizo reír otra vez a Honey.

—No creo que el cuidar niños diese un resultado tan alto en la prueba del detector de odio como tú pareces creer

repuso—. Bobby es un niño encantador, y tú lo sabes.

Trixie gruñó.

—Ya lo sé. En realidad no es una tarea tan desagradable, sobre todo desde que mamá me la ha reducido a la mitad de tiempo. Sí, habrá que pensar otra pregunta clave. Qué te parece: ¿Detesta un trago de soda fresquita en un mediodía tórrido?

—Ésa sí que es una pregunta definitiva —dijo Honey—, y además una idea estupenda. Vamos a la tienda de Lytell.

—¡Honey, qué sugerencia tan oportuna! Nunca se me habría ocurrido —afirmó Trixie con ingenuidad exagerada.

—Me parece que has estado pensando en eso desde que montaste a Lady; casualmente, es la dirección que han tomado los caballos, según observo. Mucho te debe apetecer una bebida fría, si deseas ir a la tienda de Lytell. Después de todo, me parece que marcaría muy alto en tu detector de odio.

Trixie sacudió la cabeza, y todos sus rizos se movieron.

—No tanto en mi prueba, como en la suya. Creo que si el señor Lytell se sometiera a una prueba del detector de odio, Trixie Belden alcanzaría aproximadamente la misma marca que mosquitos, arenas movedizas o rueda pinchada.

—¡Pobre Trixie! —dijo Honey con simpatía—. El señor Lytell se hace el antipático contigo, pero en realidad te aprecia.

—Aprecia mucho más a la señorita Trask —le recordó Trixie—. Nunca la critica a ella.

—Eso es cierto —reconoció Honey—. La señorita Trask es exactamente el tipo de persona que le cae mejor al señor Lytell: callada, sensible y tranquila.

—Y yo soy excitable, cabeza de chorlito y ruidosa —admitió Trixie.

—No. Tú no eres así —repuso Honey, siempre dispuesta a defender a su mejor amiga, incluso contra ella misma—. Es decir, eres nerviosa, y a veces ruidosa, pero ni por asomo una cabeza de chorlito. No habríamos podido resolver tantos casos si eso fuese verdad.

Los azules ojos de Trixie brillaban al pensar en lo que Honey acababa de decir.

Desde los tiempos en que Honey y Trixie habían localizado la herencia de Jim Frayne y le hablaron de ella, las dos chicas habían estado mezcladas en un sinfín de fascinantes misterios. Entre otras

cosas, habían localizado esmeraldas y diamantes robados, descubierto a un grupo de falsificadores y devuelto un jarrón Ming al museo de Sleepyside.

Desde entonces habían hecho nuevos amigos, mientras resolvían los misterios. Jim Frayne fue el primero (y para Trixie, el más importante). Después resolvieron el misterio de tío Monty, de Di Lynch, y la morena Di se introdujo en su círculo de amigos. A continuación las chicas descubrieron la verdad acerca de Dan Mangan y éste también se unió al grupo.

Trixie y sus hermanos mayores, junto con Jim, Honey, Di y Dan constituyeron un club, llamado «Bob-Whites de Glen», cuyos miembros se dedicaban a pasarlo bien y ayudar a quienes tenían algún problema. Al mismo tiempo, todos los miembros del club se lanzaban como un solo hombre al esclarecimiento de los misterios que Trixie y Honey olfateaban.

Recordando todo aquello, Trixie sonrió.

—Dices que no soy cabeza de chorlito porque hemos resuelto tantos misterios. Pero Mart diría que nos metemos en misterios porque soy una cabeza de chorlito. Y después las mentes lógicas, Mart, Brian y Jim, se encargan de resolverlos.

—Eso no es lo que diría Mart —repuso Honey—. En realidad, habría dicho: «La propensión a la aventura es característica de la porción alocada de los Bob-Whites, en tanto que la perspicacia necesaria para la resolución final es una propiedad inherente a los miembros del sexo fuerte».

Trixie se quedó con la boca abierta mientras escuchaba la perfecta imitación que Honey estaba haciendo del modo de hablar, tan rebuscado, de Mart.

Honey se rió del asombro de Trixie.

—He practicado, lo reconozco. Ya estaba cansada de pedir a Brian o Jim que me tradujesen las frases de Mart. De todos modos, aunque Mart dijese eso, sabes que bromearía. Mart es muy sensible al hecho de ser sólo once meses mayor que tú... y a parecerse tanto a ti como si fuerais gemelos. En realidad, le gustan los misterios tanto como a nosotras, pero no es ni la mitad de bueno a la hora de resolverlos.

Las dos chicas llegaron a la tienda de Lytell, pero Trixie no desmontó inmediatamente. Las palabras de Honey le recordaron

algo que quería decir a su amiga.

—Tal vez Mart se sienta celoso de tanto misterio y haya decidido convertirse en uno de ellos. Eso explicaría su extraño modo de comportarse últimamente.

—¿A qué te refieres, Trixie? —preguntó Honey. Después bromeó —. Mejor podría haber preguntado: ¿Cómo puedes decir que Mart es siempre un poco lento a la hora de comprender?

Trixie movió la cabeza.

—No se trata de eso —dijo—. Anda siempre con una sonrisa enigmática. Bueno, no siempre. A decir verdad, se pasa casi todo el tiempo encerrado en su cuarto. Cuando alguien llama a su puerta, se oye ruido de papeles y hay una pausa larga hasta que abre o dice que entres. Además, mira el correo con verdadera ansia.

—Es extraño —reflexionó Honey—. ¿Será que hay alguna chica por medio?

—Eso fue lo que pensé al principio, porque explicaría la sonrisa; y que se encerrara en su cuarto para escribir largas cartas almibaradas, y que buscara las respuestas en el correo. Pero su chica favorita es Di, ya lo sabes, y no se comporta con ella de modo distinto a como lo hacía antes.

—Entonces no es una chica —razonó Honey—. Quiero decir que no es una chica lo que le hace aparecer tan alegre. Porque si se tratase de la misma Di, actuaría de ese modo alegre y estúpido con ella. Y si no lo fuese, seguiría también actuando alegremente. Quiero decir que, si Di no fuese la chica, él actuaría de modo distinto a como lo hacía cuando ella lo era. Es decir...

—Ya, ya sé lo que quieres decir —interrumpió Trixie riendo—, aunque tal vez sea yo la única persona en el mundo que entiendo lo que quieres decir. Creo que lo mejor será tomar algo para refrescar las ideas. Vamos.

Saltó de la silla, ató las riendas de Lady a la rama de un árbol y se dirigió a la entrada de la tienda. Honey, sonriendo por su compleja explicación, la siguió.

Trixie se paró en la puerta, estirándose y componiendo la expresión más seria de que fue capaz.

—Esta vez —susurró— no voy a darle a Lytell oportunidad de meterse conmigo.

Entraron en la tienda las dos chicas y esperaron un momento,

hasta acostumbrarse a la penumbra del local. Los ojos de Trixie recorrieron el interior examinando su ya familiar contenido. La tienda de Lytell era muy diferente del gran supermercado de Sleepyside. Allí, la iluminación era abundante, las estanterías aparecían repletas de botes, tarros y cajas. Por el contrario, aquí había poco surtido. El señor Lytell no tenía la variedad de un gran almacén, porque su negocio se limitaba al suministro de pan, leche y bebidas frías, artículos todos ellos que la gente de los alrededores consumían muy a menudo y que compraban en cualquier momento.

El señor Lytell pasaba la mayor parte del tiempo en la trastienda y sólo se dejaba ver cuando oía que la puerta se abría.

También salió ahora, y Trixie volvió a sentirse molesta, como siempre que lo miraba, por lo poco amistoso de su aspecto. Observó a las chicas a través de sus gafas metálicas.

—Buenos días, señor Lytell —dijo Honey atentamente. Trixie permaneció en silencio, preguntándose si a pesar de sus buenas intenciones conseguiría comprar un refresco sin que se enfadase el tendero.

Lytell gruñó un saludo a Honey y, volviéndose al armario de los refrescos, miró a Trixie. Si Lytell estaba de mal humor, aunque moderado con Honey, lo mejor que podían hacer era coger el refresco lo antes posible y salir.

Honey corrió la tapa del frigorífico y retiró una naranjada. Después dejó sitio a Trixie, que a su vez miró el contenido. Revolvió algunos botes, y por último, viendo sólo naranja, uva y cola, comprobó que no estaba el que ella quería.

—¿No tiene de fresa, señor Lytell? —preguntó volviéndose a él.

—Lo que tengo está ahí dentro, jovencita, y si no te gusta puedes ir a buscar tu capricho a otra parte —contestó Lytell de malos modos.

Trixie cogió una naranjada a toda prisa. Una vez desatado el señor Lytell, nadie sabía dónde pararía.

—Para daros gusto a los jóvenes tendría que encargar todos los sabores del mundo. Además, a vosotros no os importa lo que yo gaste de luz. Lo único que os interesa es tener abierto el frigorífico todo el día, hasta decidir lo que más os gusta.

Lytell parecía dispuesto a seguir su retahila, por lo que las dos amigas sacaron del bolso el importe de las bebidas, lo dejaron en el

mostrador delante del tendero, le dieron las gracias rápidamente y se marcharon.

Ya fuera, Trixie se puso la lata junto a la mejilla durante un instante, antes de abrirla. Las tenía más coloradas que antes de entrar en la tienda y sabía que el calor no tenía la culpa.

Honey pasó un brazo alrededor de su amiga.

—No dejes que el señor Lytell te saque de quicio, Trixie —le dijo —. Tiene un mal día. Ni siquiera ha sido amable conmigo, y ya sabes cuánto procura agradarme... a causa de la señorita Trask.

Trixie asintió, pero sus ojos se humedecían.

—Es que estoy harta de que se meta conmigo. No lo entiendes, porque tú tienes tan buenos modales que casi nadie se enfada contigo. Pero yo siempre estoy haciendo locuras que molestan a la gente y cuando me esfuerzo por ser atenta, precisamente entonces, la gente tiene un mal día y, como de costumbre, me contestan de mala manera.

Honey apoyó una mano en cada hombro de Trixie y quedaron frente a frente.

—Trixie, ¿crees que has hecho en la tienda algo que mereciera tal respuesta?

Trixie lo pensó un momento y negó con la cabeza.

—Bien, pues entonces olvídalo. No es culpa tuya, sino suya. No tienes por qué preocuparte de las manías de los demás —dijo Honey con firmeza.

—Pero tal vez si hubiera sido más atenta en el pasado, el señor Lytell no me miraría ahora con prevención —replicó Trixie.

—La señorita Trask no te gruñe, y tú eres para ella la misma persona que para el señor Lytell —puntualizó Honey—. Y si yo tuviese que elegir, preferiría caerle bien a la primera que al segundo.

Trixie sonrió y luego hizo una mueca.

—De acuerdo, Honey. Olvidaré a Mr. Lytell. Le evitaré desde ahora, por lo menos de momento.

—Bueno. Volvamos a Manor House y dejemos los caballos antes de que apriete el calor —dijo Honey.

Una vez subida a la silla, Trixie miró el cielo sin nubes, y volvió a sentir que las achicharraba el sol.

—Honey, ¿por qué no vamos por Glen Road? Es más corto. Así

Regan no protestará por la caminata de los caballos, ¿no te parece?

Honey reflexionó sobre la petición de Trixie por un momento. Regan era el caballerizo de los Wheeler, y Lady y Strawberry eran dos de sus caballos. Aunque Regan apreciaba la ayuda que recibía de los jóvenes manteniendo a los caballos en forma, era sumamente estricto a la hora de ver cuándo, cómo y quién los montaba. Los Bob-Whites podían montarlos en los prados del enorme coto del señor Wheeler, como habían hecho ellas esa mañana.

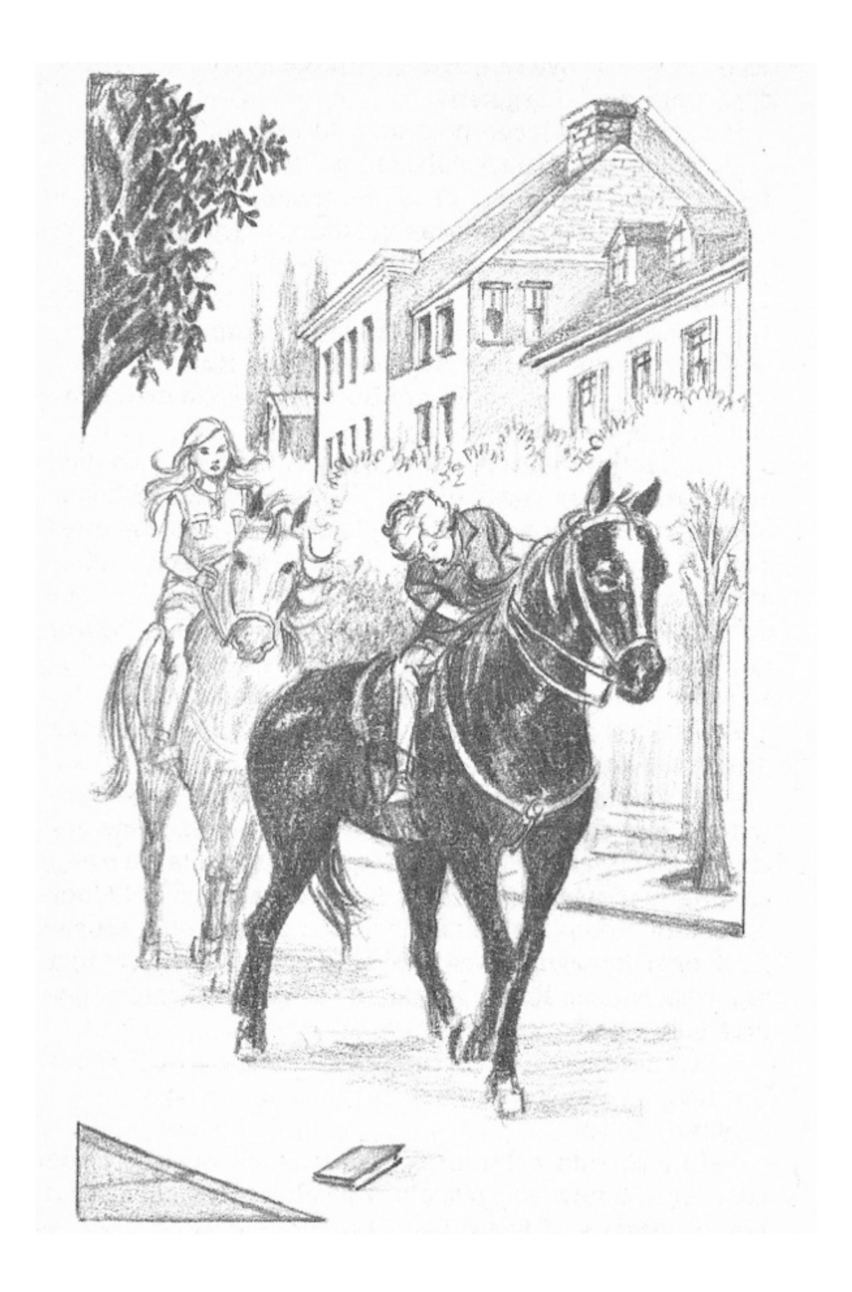
Galopaban sobre senderos conocidos, donde no había peligro de dañar los cascos de los caballos.

—No pasará nada si los caballos nos obedecen —contestó Honey finalmente—. Glen Road tiene una zona ancha de arena, así no tendremos que entrar en la carretera en ningún momento. El señor Lytell cabalga en Belle por ese camino todos los días a mediodía, así que debe ser suficientemente seguro —espoleó a Strawberry y comenzó a bajar hacia Glen Road, seguida de cerca por Trixie, montada sobre Lady, a su derecha.

—¿Cómo sabes que el señor Lytell monta a Belle todos los días? —preguntó Trixie.

Honey se rió.

—El recorrido habitual del señor Lytell va del alto de Glen Road a nuestra carretera, y de ahí vuelve a la tienda. Lo veo pasar casi todos los días.



—¿Por qué no cabalga por la zona de su tienda? —preguntó Trixie con curiosidad.

—Supongo que quiere cotillear un poco por ahí —respondió Honey con voz burlona.

—Pero si hay mucho más que ver en su territorio que… —Trixie se interrumpió cuando entendió lo que Honey quería decir—. ¡La señorita Trask! —exclamó súbitamente.

Honey asintió con la cabeza.

—Estoy segura de que por eso cruza el sendero; así tiene alguna posibilidad de encontrarse con la señorita Trask. Por supuesto, él no lo admite nunca, y la señorita Trask tampoco.

Trixie movió la cabeza, sonriendo ante la idea del señor Lytell provocando encuentros accidentales con la señorita Trask. En ese mismo instante Lady se apartó un poco para no pisar algo que había en el sendero. Trixie miró hacia abajo, y luego frenó, al ver lo que era.

—¡Espera, Honey! —gritó—. ¡Acabo de encontrar una cartera!

Las llamadas del señor Lytell • 2

TRIXIE se bajó del lomo de Lady y recogió la cartera. Al darle la vuelta se dio cuenta de que era de suave piel negra. Parecía nueva y cara. Al momento oteó los alrededores y la carretera, pero no había rastro de coches ni de gente.

—Mira dentro, Trixie —sugirió Honey, saltando del caballo para ir hacia su amiga—. A lo mejor hay algún documento.

Trixie asintió con la cabeza y abrió la cartera. Dentro había varios compartimientos, y cada uno contenía al menos una tarjeta de crédito. Trixie las examinó.

—A. Ramsey, A. Ramsey, A. Ramsey —leyó.

—¡Ajá! Ya está: Anthony Ramsey. Pertenece a un hombre.

—¿Es alguien de estos alrededores? —preguntó Honey.

—No recuerdo haber oído ese nombre antes —dijo Trixie, examinando todavía el contenido de la cartera—, y no hay carnet de conducir. Puedo preguntar... ¡anda, Honey! —Trixie dejó la frase a mitad y miró a su amiga; sus ojos azules se abrieron desmesuradamente.

—¿Qué es eso? —preguntó Honey con ansiedad.

—¡Mira! —Trixie sacó un billete de cien dólares y lo sostuvo en alto para que Honey lo viese.

—¡Oh, Trix! —exclamó Honey—. Eso es mucho dinero. ¿Qué vamos a hacer?

—Por supuesto, vamos a devolverle la cartera a Anthony Ramsey —dijo Trixie.

—Por supuesto —replicó Honey—, pero ¿cómo?

Trixie se quedó en silencio un momento. El ardiente sol daba de lleno en su cabeza y le era difícil pensar. Miró otra vez la cartera de arriba abajo, como esperando que de repente apareciese Anthony Ramsey. Finalmente suspiró y dijo:

—Me molesta reconocerlo, pero el lugar más cercano es la

tienda del señor Lytell, así que quizá pasara por allí. Nos podemos enterar de si conoce a Anthony Ramsey o de si alguien desconocido pasó por la tienda esta mañana.

Honey asintió con la cabeza.

—Vamos —dijo, montando otra vez.

Trixie guardó la cartera en su bolsillo, montó de nuevo y siguió a Honey por Glen Road. Sentía una curiosa mezcla de excitación y aprensión. Esto parecía un nuevo misterio, y a Trixie le gustaban los misterios más que nada. Pero no le agradaba volver a ver al señor Lytell.

Las chicas desmontaron y ataron sus caballos fuera de la tienda, Trixie rebuscó dentro de su bolsillo, sacó la cartera, y se la tendió a Honey.

—Habla tú mejor —dijo de mala gana.

Honey dudó, pero luego cogió la cartera. Las dos muchachas entraron en la tienda y esperaron en el mostrador un momento antes de que el señor Lytell saliese del cuarto de atrás.

—¡Vosotras otra vez! —gruñó—. Esta vez ¿qué queréis?

Trixie se sonrojó, pero se mordió el labio inferior y no dijo nada.

Honey habló en el tono más amable que sabía.

—Encontramos esta cartera en Glen Road, muy cerca de aquí, señor Lytell. Y tiene dentro cien dólares, así que al señor Ramsey le gustaría recuperarla. ¿Ha pasado por su tienda esta mañana?

El señor Lytell resopló.

—Bueno —dijo—, ¿cómo voy a saber quién es el tal Ramsey? Casi todos mis clientes me pagan con billetes de cien dólares. Por eso tengo tanto dinero.

Honey se aclaró la garganta y respiró profundamente.

—Entonces, ¿no conoce al señor Ramsey? —preguntó ya más calmada.

Trixie miró a su amiga con admiración. Sólo Honey era capaz de mantenerse serena en esas circunstancias. Trixie cogió la cartera, que Honey había colocado en el mostrador, y volvió a inspeccionar su contenido, en parte para evitar enfadarse más con el señor Lytell.

—Espere un minuto —dijo Trixie de repente, dirigiéndose al tendero, que la miró con el ceño fruncido—. Acabo de encontrar un carnet de un moto-club. Trae la dirección de Anthony Ramsey. Vive en Nueva York, así que a lo mejor no ha comprado en la tienda.

—Bueno —dijo el señor Lytell irónicamente—, mucha gente viene hasta aquí desde la ciudad solamente para ver la calidad de mis productos. De todos modos, no ha venido hoy ningún extraño.

—Señor Lytell, ¿puede telefonear al señor Ramsey? —preguntó Honey—. Ya sé que resulta caro llamar, pero el señor Ramsey probablemente se pondrá muy contento, dispuesto a recompensarle. Podría encargarse la señorita Trask, pero como parece que Ramsey pasó por aquí…

El señor Lytell tendió la mano hacia Trixie para que le diese la cartera.

—No molestéis a Marga con esto —dijo en tono de voz más amistoso—; yo llamaré.

El señor Lytell fue a la trastienda mientras las niñas esperaban con impaciencia. Le oyeron marcar primero para obtener el número en información; luego le oyeron marcar de nuevo. Se mantuvo el silencio durante unos momentos; después oyeron colgar el teléfono.

—No contestan —dijo Lytell, volviendo al mostrador.

—Bueno, muchas gracias por intentarlo —dijo Honey—. Nos llevaremos la cartera e intentaremos localizarlo más tarde, si usted…

—Yo lo haré —interrumpió el señor Lytell bruscamente, metiéndose la cartera en el bolsillo.

Trixie miró al dueño de la tienda asombrada.

Después, las palabras de Honey le hicieron comprender el motivo de su desvelo.

—Le contaré a la señorita Trask lo delicado que ha sido usted, asumiendo la responsabilidad, y todo lo demás —dijo Honey dulcemente.

Trixie se mordió el carrillo por dentro para no reírse. A pesar del trato tan poco amistoso del señor Lytell, tenía ruborizadas las mejillas.

—Adiós —se despidió Trixie alegremente. Honey dijo lo mismo y salieron las dos de la tienda.

Montaron otra vez en sus pacientes caballos y comenzaron a bajar por Glen Road. Trixie estuvo callada unos momentos, pensando en lo que había sucedido. Finalmente dijo:

—Estuviste fenomenal con el señor Lytell, Honey. Daría cualquier cosa por tener tu serenidad. De todos modos me habría

gustado conservar la cartera, para resolver este misterio yo misma.

—Pero Trixie, no hay ningún misterio que resolver. El señor Ramsey perdió su cartera, y el señor Lytell verá cómo puede devolverla. Conozco al señor Lytell, y sé que preguntará cómo se perdió la cartera en Glen Road, ya sabes cuánto le gusta charlar, y podemos preguntarle después. O a través de la señorita Trask —añadió Honey con malicia—. La próxima vez irá ella a la tienda. Pero no hay ningún misterio. Tampoco me sorprendería si Anthony Ramsey ofreciese una recompensa por su cartera. Y parece que el señor Lytell necesita el dinero.

Trixie contestó:

—Siempre tienes una respuesta adecuada, Honey. No había pensado en la recompensa. Ahora que la has mencionado, estoy de acuerdo en dejar que sea el señor Lytell quien devuelva la cartera. ¡A lo mejor así invierte en refrescos de fresa!

Todavía estaban riéndose de la broma de Trixie cuando llegaron al establo de los Wheeler.

En la media hora siguiente, no hubo tiempo para bromas; debían cepillar a los caballos y limpiar los arreos. Cuando terminaron, Trixie dijo adiós y se fue a toda prisa a Crabapple Farm, a comer.

Al asir el picaporte de la puerta de atrás, ésta se abrió bruscamente pillándole sus nudillos.

—¡Ah! —se quejó.

—Perdón —dijo Mart, dirigiéndose raudo hacia la carretera.

Trixie lo siguió con la mirada y vio que la furgoneta de correos acababa de pararse en el buzón, junto a su casa.

Meneó la cabeza, pensando otra vez cuál sería la causa del misterioso comportamiento de su hermano.

Entró en la cocina y vio a su madre poniendo la mesa. Automáticamente, Trixie fue al cajón de los cubiertos y sacó los cuchillos, tenedores y cucharas. Siguiendo a su madre alrededor de la mesa y poniendo los cubiertos en su lugar, preguntó:

—¿Tienes alguna idea de qué le pasa a Mart? Casi me tira al suelo al ir hacia el buzón.

Helen Belden sonrió y movió la cabeza.

—Presumo que espera algo muy importante. Ha ido volando para coger el correo todos los días la semana pasada.

—¿No te molesta verle actuar de esa manera? —preguntó Trixie

frunciendo el ceño.

Su madre se rió.

—Considero que es una conducta algo rara en mis hijos, lo que me hace pensar que son casi normales. Al menos, el interés de Mart por el correo le mantiene más tiempo en casa.

Trixie se sonrojó, pensando si su madre le estaba echando una indirecta: debido al asunto de la cartera, se había retrasado más de lo previsto. Antes de que pudiera explicárselo a su madre, Mart regresó del buzón. La triste expresión de su rostro hablaba por sí sola: lo que estaba esperando no había llegado. Dando un portazo tras él, dejó el correo en la mesa que había junto a la puerta trasera y paseó cabizbajo, lentamente, atravesando la cocina.

—No te vayas muy lejos, Mart. La comida está casi lista —le dijo la señora Belden.

—De acuerdo —musitó Mart—. Pero no tengo mucha hambre.

Trixie carraspeó y se volvió hacia su madre. Además de su afición a las palabras altisonantes, su devoción a los grandes platos de cualquier tipo de comida era el rasgo más característico de Mart Belden. Si no tenía hambre, debía estar angustiado por algo.

Sin embargo, la señora Belden no hizo ningún gesto, ni ningún comentario sobre la falta de apetito de Mart, y continuó con los preparativos de la comida.

Aunque era difícil, Trixie siguió el ejemplo de su madre y no comentó nada.

Unos minutos después, Trixie llamó a sus hermanos para comer. El modo en que Bobby y Brian respondieron a la llamada le pareció a Trixie un excelente resumen de su carácter. Brian fue despacio hacia la mesa, miró, sacó su silla y se sentó.

—Qué buena pinta tiene todo —alabó amablemente, poniéndose la servilleta.

Bobby empujó la puerta y esquivó por muy poco a Trixie, que llevaba unos vasos de leche llenos hasta el borde.

—¡Perdón, Trix! —gritó. Trepó a su silla e inmeditamente alcanzó una pastilla de chocolate con nueces, apartando la mano cuando Trixie trató de pegarle.

—Eso es el postre, Bobby, lo sabes de sobra —le riñó Trixie con dureza.

—Lo sé —dijo Bobby, mirándola desafiante—. Sólo que hoy iba

a tomar el postre primero.

La aparición de Mart no fue típica de su personalidad. Entró a zancadas en el comedor y se sentó pesadamente. Luego puso un codo sobre la mesa y apoyó la barbilla en la mano con un leve suspiro.

Trixie, nerviosa, miró a su hermano, pero Helen Belden tomó la palabra:

—Ya estamos todos. Podemos empezar.

Mart trató de mantener su actitud indiferente, pero se sirvió un plato tan rebosante como en sus días más animados. *Demasiado para su pérdida de apetito* —pensó Trixie.

—Honey y yo hemos encontrado una cartera en Glen Road —dijo en voz alta mientras recogía su plato y le ayudaba a Bobby con el suyo—. Pertenece a Anthony Ramsey, de Nueva York, y tenía un billete de cien dólares dentro.

Brian lanzó un agudo silbido, pero Mart sólo levantó la mirada un momento y exclamó:

—¡Cacahuetes!

El genio de Trixie se encendió.

—Cien dólares no son precisamente cacahuetes, Mart Belden.

—No, no lo son —intervino Helen Belden, antes de que pudiera surgir una discusión. Espero que hayáis podido devolver el dinero al señor Ramsey.



—Todavía no —explicó Trixie a su madre—. Había un carnet en la cartera con una dirección de Nueva York. El señor Lytell llamó desde su tienda, pero sin éxito. Le dejamos la cartera al señor Lytell, y va a intentarlo más tarde.

La señora Belden asintió, aprobándolo, los chicos siguieron comiendo, y Trixie se perdió en sus propios pensamientos: meditar sobre el extraño comportamiento de Mart y especular acerca de si alguna vez sabría cómo había perdido la cartera en Glen Road el señor Ramsey.

—Mamá —dijo de repente—, ¿crees que el señor Ramsey dará una recompensa por la cartera?

—No tengo ni idea —dijo la señora Belden—. Yo no me haría muchas ilusiones. Pero si necesitas dinero extra, Trixie —añadió amablemente viendo el desencanto de su hija—, siempre hay trabajos extras, y estaré encantada de pagarte si los haces.

—Oh, yo no iba a cobrarlo, mamá —repuso Trixie rápidamente —. Estaba pensando en el Sr. Lytell; su tienda está habitualmente muy vacía. A lo mejor es por eso por lo que siempre es tan brusco.

Una recompensa debe significar mucho para él.

La señora Belden sonrió.

—Tampoco te preocupes mucho por eso —dijo—. La tienda del señor Lytell ya existía mucho antes de que abrieran los grandes supermercados de Sleepyside. Y siempre ha estado igual de vacía que ahora. Aunque no creo los rumores de que el señor Lytell es una de las personas más ricas de Sleepyside, seguro que tiene dinero ahorrado para la proverbial temporada de vacas flacas.

Trixie miró a su madre un momento con los ojos muy abiertos. Luego los posó sobre el plato, cogió su sandwich, y le dio otro mordisco. El señor Lytell, rico..., esto era realmente algo digno de ser meditado. ¡Aunque sólo fuese un rumor!

Acababa de almorzar cuando sonó el teléfono. Corrió a cogerlo; era Honey.

—¿Trix? —dijo Honey—. Debemos ir esta tarde a las cuatro a la tienda del señor Lytell. ¿De acuerdo?

—Bueno —dijo Trixie—, pero ¿por qué? ¿Te dijo por qué quería que fuésemos?

—No hablé con él —contestó Honey—. Me estaba duchando cuando llamó. Jim cogió el recado.

—Debe ser algo relacionado con la cartera —presumió Trixie—. A lo mejor localizó al señor Ramsey.

—Pero ¿por qué tenemos que esperar hasta las cuatro para saberlo?

—No sé —repuso Honey.

—¿No puedes llamar al señor Lytell y averiguarlo? Las cuatro son dentro de tres horas. No creo que pueda esperar tanto tiempo.

—Tendrás que hacerlo tú, Trix. Ya sabes lo quisquilloso que es el señor Lytell. Si ése era el recado que quería dar,

no voy a irritarlo llamándole y preguntándole más detalles.

—De acuerdo. Pasaré por tu casa. Podemos ir en bicicleta. Hasta luego, entonces —Trixie colgó el teléfono y volvió a la cocina.

Sus hermanos, terminada la comida, habían desaparecido, como solían hacer cuando era la hora de recoger la cocina y sospechaban que les iba a tocar hacerlo si se quedaban por allí.

Trixie empezó a recoger la mesa distraídamente.

—¿Era Honey? —preguntó la señora Belden, sacando a su hija de su abstracción.

—Sí; el señor Lytell quiere que vayamos a su tienda a las cuatro en punto. Debe ser algo referente a la cartera, pero no sé qué —dijo Trixie.

—Lo sabrás pronto —dijo la señora Belden.

—No lo bastante pronto para mí —repuso Trixie—. ¿Puedo hacer las tareas ahora, por si vuelvo tarde de la tienda del señor Lytell?

En lugar de contestar, su madre se volvió para mirar a través de la ventana del fregadero de la cocina.

—¿Qué haces? —preguntó Trixie.

—Bueno, hace menos de una hora Mart dijo que no tenía hambre. Ahora tú me preguntas si puedes adelantar las tareas. Quería comprobar si el cielo sigue en su sitio —le contestó su madre con una sonrisa.

Trixie se rió.

—Desde luego, yo suelo dejar mis encargos para el último minuto y pedir permiso para saltármelos sólo por esa vez. Pero el tiempo pasará más rápido si tengo algo que hacer durante estas tres horas.

Su madre le sugirió un montón de cosas para hacer, pero Trixie se dio cuenta de que el tiempo pasaba muy lento de todos modos. A las tres y cuarto ya no pudo esperar más. Fue al garaje, cogió la bicicleta y pedaleó hasta Manor House. El ardiente sol de agosto volvía a achicharrarla.

Trixie encontró a Honey esperándola en la escalera principal. Apoyó la bicicleta contra uno de los añosos árboles que bordeaban la carretera de los Wheeler. Trixie se dio cuenta de que Honey se había cambiado, poniéndose una blusa fresquita y unos pantalones cortos. Miró su sucia ropa. *Ni siquiera se me ha ocurrido cambiarme* —pensó disgustada.

—¡Vamos! —gritó Honey en cuanto vio a Trixie pedalear por la carretera.

—¡Espera un minuto! —suplicó Trixie—. Deja que recupere el aliento. Hace más calor que cuando estuvimos montando esta mañana, ¡y ahora soy yo quien gasta la energía!

Trixie respiró profundamente unas cuantas veces, pero Honey estaba tan impaciente que pronto pedaleaban las dos hacia el este, por Glen Road, rumbo a la tienda del señor Lytell.

Cuando llegaron, se quedaron atónitas; había allí un impresionante coche deportivo rojo.

—¡El señor Ramsey! —gritó Trixie—. Por eso nos llamó el señor Lytell. Anthony Ramsey en persona ha venido para recoger su cartera.

—Dejó la bicicleta y corrió hacia la puerta seguida de Honey.

Cuando entraron en la tienda, no vieron a nadie que pudiera ser Anthony Ramsey. Aparte del señor Lytell, la única persona que allí había era una mujer joven.

Trixie se detuvo al ver a la cliente del señor Lytell acariciando nerviosamente sus enredados rizos. La joven aparentaba unos veinte años. Era alta y delgada; su pelo rubio caía como una cascada sobre sus hombros. Vestía un sencillo vestido de verano y sandalias. Lucía una fina cadena de oro alrededor de un tobillo, y un pequeño puntito, también de oro, adornaba cada oreja.

La joven se volvió hacia las chicas. Sonrió, enseñando sus brillantes dientes, pero Trixie notó que tenía ojeras.

—¿Sois Trixie y Honey? —preguntó.

Trixie asintió.

—Sí —dijo Honey.

—Entonces vosotras sois las que encontrasteis la cartera de mi padre —dijo la mujer.

—Sí, si tu padre es Anthony Ramsey.

—Soy Laura Ramsey. Me gustaría que me contarais cómo encontrasteis la cartera —pidió. En su voz se captaba una impaciencia que confundió a Trixie.

Las chicas se miraron mutuamente y luego se dirigieron a Laura Ramsey.

—Realmente no hay mucho que contar —dijo Honey, disculpándose—. Cabalgábamos por Glen Road esta mañana sobre las 11,30, cuando la vimos —Honey calló y se encogió de hombros, incapaz de añadir nada más.

—La cartera no podía llevar allí mucho tiempo —añadió Trixie —. Hemos tenido un verano seco y caluroso, y todo lo que queda al aire se llena de polvo. La cartera estaba todavía limpita, así que supongo que se le cayó anoche. Había un billete de cien dólares dentro, por lo que podemos suponer que nadie ha sacado nada y...

Trixie se preguntó para qué podría interesarle el lugar y el

aspecto de la cartera, pero se quedó callada, al observar la expresión angustiada de Laura Ramsey.

—No la escuche —dijo Lytell—. A Trixie Belden le gusta hacerse la detective. Investigará todo el día si no se lo prohíbe.

—La señorita Ramsey nos ha pedido a nosotras la información, señor Lytell —dijo Honey en un firme tono de voz, poco usual en ella—. Trixie le está contando lo que sabe y ya ve que dedujo un montón de cosas que jamás se me habrían ocurrido a mí.

—Cierto —asintió Laura Ramsey precipitadamente—. Éste es el tipo de información que necesito. Por favor, continúa.

Trixie estaba demasiado avergonzada para aventurar más suposiciones. Movió la cabeza.

—Esto es todo, señorita Ramsey. Realmente no es mucho. Pero puede ser suficiente para refrescar la memoria de tu padre. Cuando le digas dónde perdió la cartera y aproximadamente cuándo, lo recordará.

Laura Ramsey se volvió bruscamente, dando la espalda al señor Lytell y a las dos confundidas muchachas.

Cuando los miró de nuevo, había lágrimas en sus ojos azules.

—Yo… yo no puedo preguntarle a mi padre —sollozó con voz entrecortada—. ¡Ha desaparecido!

La historia de Laura • 3

LAURA RAMSEY escondió la cara entre las manos, y quedó silenciosa. Se notaba que estaba llorando porque se le movían los hombros.

Trixie y el señor Lytell miraron a Laura de soslayo, dispuestos a desviar la mirada cuando la joven levantara la cabeza.

Honey se puso al lado de Laura y la rodeó con el brazo.

—Cuánto lo siento —murmuró—, ¿te gustaría contárnoslo?

Laura respiró profundamente, bajó las manos y miró con agradecimiento a Honey.

—Sí, necesito desahogarme —dijo.

—Señor Lytell, ¿vamos a la trastienda? Así podemos

sentarnos mientras Laura nos cuenta su historia —sugirió delicadamente Honey.

El señor Lytell echó una mirada a la trastienda por encima de su hombro. Luego se dio la vuelta y miró desconfiadamente a Trixie y con curiosidad a Laura Ramsey. Su amor a su intimidad entró en conflicto con su gran curiosidad.

—Bueno, de acuerdo —dijo de mala gana.

Trixie siguió al señor Lytell a la trastienda y Honey acompañó a Laura tras ellos.

El cuarto era diminuto, sucio y recargado. Como la tienda, tenía estanterías en las paredes. Pero a diferencia de los anaqueles esparcidos por la tienda, los de la trastienda estaban apiñados, llenos de libros de registro y cajas de cartón cuyo contenido rebosaba. La mesa del señor Lytell también estaba atestada de papeles. La única decoración del cuarto era un calendario que llevaba un texto: «Obsequio de mayoristas A & B», impreso en la parte inferior.

Sólo había dos sillas en la habitación: la giratoria junto a la mesa y una de madera, de respaldo recto, al otro lado de la mesa. El

señor Lytell ocupó su silla giratoria rápidamente y Honey ofreció a Laura Ramsey la de los clientes.

Trixie miró alrededor para buscar un sitio donde sentarse, y decidió hacerlo en el suelo con las piernas cruzadas. Honey, después de echar un vistazo al cuchitril, se sentó al lado de Trixie en el sucio suelo.

Laura Ramsey abrió el precioso bolso que llevaba al hombro y sacó un pañuelo.

Se secó los ojos, se sonó con delicadeza y luego miró al expectante trío.

—A… apenas sé por dónde empezar —dijo con desconsuelo.

—Tú empieza —la animó Trixie—. Ya te preguntaremos lo que no entendamos.

—Mi padre y yo vivimos solos —dijo—. Mi madre murió cuando yo era apenas un bebé. Hace tiempo teníamos

una criada que cuidaba la casa, pero yo me hice cargo de ésta cuando ella se jubiló hace unos años. Comenzaré segundo de carrera en la Universidad de Columbia cuando empiece el curso el próximo mes.



—Mi padre tiene una cadena de tiendas de ultramarinos. La creó empezando con una tienda muy parecida a ésta. Siempre ha amado su trabajo, pero, por cuidarme, ha llevado el negocio de modo que no permanecía fuera mucho tiempo, ni trabajaba demasiadas horas. Funciona buscando vendedores de ultramarinos con experiencia, como usted, señor Lytell, y les deja mucha libertad e iniciativa en sus tiendas.

Laura Ramsey sonrió lánguidamente a sus oyentes.

—Siento ser tan lenta en llegar al meollo, pero creo que es importante que sepáis estas cosas.

—Tómate todo el tiempo que necesites —dijo Honey, tranquilizándola.

—Bien, digo esto porque mi padre siempre está en casa a las seis en punto. Tenemos una larga y tranquila cena juntos y hablamos de los acontecimientos del día. Para nosotros es una costumbre inamovible. La noche pasada… —Laura se interrumpió, apretó los labios y miró un momento al techo para calmarse—… la noche pasada no vino a casa —las palabras le salieron a borbotones, y Laura escondió otra vez la cara entre las manos—. Como es natural, estoy preocupadísima —continuó—. La llamada del señor Lytell fue la primera noticia que tuve de papá, así que decidí venir aquí inmediatamente.

—¿A quién le has hablado de la desaparición de tu padre? —preguntó Trixie.

—A nadie —contestó Laura.

Trixie miró perpleja a Honey.

—Bueno, deberías ir a la po…

—¡No! —interrumpió Laura. Luego movió la cabeza disculpándose—. Lo siento. Por supuesto, eso parece lo más lógico, pero… Bueno, me temo que no he sido totalmente veraz en lo que os he contado. Nuestra vida no es tan tranquila como la he pintado.

—Mi padre tiene un socio. Su nombre es Frank Riebe. Frank y mi padre tenían cada uno una pequeña tienda de ultramarinos hace veinte años, y constituyeron una sociedad; así podían comprar mayores cantidades a los proveedores. Cuanta más cantidad, mejor precio —explicó a Trixie y Honey.

—Es razonable —comentó el señor Lytell.

Laura sonrió al dueño de la tienda.

—La cadena comenzó con estas dos tiendas, y empezaron a prosperar. Primero arriesgaron para crecer más rápidamente. Mi padre resistió, porque puso la vida familiar fuera de los negocios.

—Recientemente, Frank le había sugerido que cambiaran completamente la manera de hacer las cosas. Quería un control centralizado de las tiendas; que todos los edificios fueran iguales y tuvieran el mismo inventario. A mi padre no le gustó la idea. Piensa que dejar la iniciativa en mano de los vendedores es la base del éxito, porque solamente el vendedor conoce realmente las necesidades y gustos de sus clientes.

—Un hombre listo —sentenció el señor Lytell.

—Pero ¿qué tiene que ver todo esto con la desaparición de tu padre? —preguntó Trixie, impaciente.

—Si algo… le ocurriera a mi padre, Frank se quedaría con el negocio —respondió Laura.

—Entonces, tú no quieres contárselo a Frank —supuso Trixie.

Laura asintió.

—Frank y mi padre han sido socios desde hace veinte años, ¿os dais cuenta? No hay nadie a quien pueda contárselo que no conozca a Frank. Y Frank ha aprovechado esta baza en su favor. Ha ido convenciendo a bastantes viejos amigos nuestros de que mi padre es tonto al resistirse a cambiar el sistema. Y en este momento no sabemos cuáles de nuestros amigos lo siguen siendo.

—¿Crees que los amigos dirían a Frank que tu padre ha desaparecido? —preguntó Trixie.

—Estoy segura de que algunos lo harían —dijo Laura—. Creo que Frank ha sobornado a varios de ellos, prometiéndoles puestos más altos en la compañía, si consiguen persuadir a mi padre para que ceda. Otros siguen el juego honradamente, es decir, piensan de verdad que mi padre se está portando mal conmigo, al no querer seguir aumentando su fortuna. No entienden que estar a diario con mi padre significa más para mí que un millón de dólares.

—Lo comprendo —dijo Honey.

—Pero ¿por qué no ir a la policía? —preguntó Trixie.

Laura se encogió de hombros.

—¿Por quién empezarían sino por Frank? Dos socios se han peleado por la remodelación de la compañía y uno de ellos desaparece. Se reirían en mi presencia si les pidiera que

investigaran la desaparición de mi padre sin hablar con Frank.

—¿Crees que Frank puede ser el responsable de la desaparición de tu padre? —preguntó Trixie, dándose cuenta de repente del posible móvil.

—Oh, no quiero ni pensarlo —dijo Laura—. Han sido socios durante veinte años, y la mayor parte de ese tiempo han sido, además, buenos amigos. No tengo derecho a sospechar de Frank..., por ahora.

—¿Qué otra explicación puede haber? —insistió Trixie.

Laura gimió desanimada.

—Ninguna que me tranquilice. Quizá se trate de un secuestro, pero nadie ha pedido rescate. Otra explicación, que también me resulta muy difícil aceptar, es que la discusión con Frank haya sido un disgusto demasiado fuerte para mi padre, y que haya decidido desaparecer una temporadita.

—¿Irse sin decirte nada a ti? —se extrañó Trixie.

—Algo así... —dijo Laura—. Por eso estoy tan preocupada. Ha estado demasiado en tensión las dos semanas últimas. Es un hombre que se encariña fácilmente con la gente. La discusión con Frank le afligió mucho; luego sucedió lo de los amigos cambiándose de bando. Tengo miedo de que le haya... —Laura se contrajo—... que le haya provocado una crisis nerviosa —estalló—. Puede que... incluso se haya suicidado.

Honey se puso en pie y corrió al lado de Laura.

—Ni lo pienses —la consoló—. Estoy segura de que tu padre vive, y buscaremos alguna manera de encontrarlo.

Trixie se quedó pensando en otra pregunta que le apetecía hacer, pero no quiso aumentar la congoja de la joven.

Tiempo después, preguntó Honey:

—¿Cómo has explicado a la gente la ausencia de tu padre? ¿No le esperaban en la oficina esta mañana?

Laura miró hacia el techo.

—Inventé una historia absurda. Llamé a la oficina, y cuando contestó la secretaria de mi padre, charlé con ella de cosas sin importancia un momento. Pensé que quizá podía decirme algo, ya sabes, que dijera de repente: ¡Oh, Dios mío! Tenía que haberte llamado anoche para decirte que tu padre no iría a casa. O que me preguntase si quería hablar con él, y así me haría saber que estaba

en la oficina.

—Pues bien, lo que pasó fue que me preguntó dónde estaba mi padre. Me dio un vuelco el corazón, pero le conté la historia que había inventado: que mi padre había recibido una llamada de un antiguo compañero de estudios que estaba en el norte del Estado, pescando, y había decidido ir a verlo, dominado por la emoción del momento.

—¿Se lo creyó? —preguntó Trixie.

—Creo que sí —contestó Laura—. Como te dije, a mi padre le importa mucho la gente. Esto hace verosímil que haya decidido ir a pasar algún tiempo con un viejo amigo. Y Esther, la secretaria de mi padre, está enterada de la tensión a la que ha estado sometido. Me dijo que se alegraba de que se hubiera tomado unas vacaciones, que así podría descansar.

Todos quedaron en silencio, pensando qué hacer para encontrar a Anthony Ramsey.

—¡Ya lo tengo! —exclamó Trixie—. ¿Por qué no contratas a un detective privado?

—¡Oh, Trix, es una idea magnífica! —exclamó Honey—. No necesita contar nada a nadie de la desaparición del señor Ramsey. Solamente tendría que examinar el caso y encontrar una pista.

—Es una buena idea —afirmó Laura Ramsey—. Ésa fue una de las primeras cosas que pensé, pero me temo que es imposible.

—¿Por qué? —preguntó Trixie.

—Los detectives cuestan dinero, mucho dinero. Cuando una amiga mía contrató a uno hace pocos meses para encontrar un collar de diamantes que le robaron, ¡tuvo que pagar doscientos dólares diarios más gastos!

Trixie silbó.

—¡Eso es mucho dinero!

—Su padre seguro que puede pagarlo —objetó el señor Lytell frunciendo el ceño.

—Claro que sí. Pero ha desaparecido. Yo guardo algo de dinero en el banco, pero también tengo facturas que pagar, facturas de mi padre, y debo hacerme cargo de ellas. Si no despacho los pagos de la casa y las otras facturas, alguien sospechará. Tampoco puedo sacar dinero de la cuenta de la compañía, porque Frank lo descubriría. Y no creo que los detectives privados acepten tarjetas

de crédito —concluyó con una triste sonrisa.

—Nosotros tenemos quince dólares en la sede de los Bob-Whites —dijo Trixie—. Estoy segura de que podrías disponer de ellos.

—Pueden prestarte dinero mis padres, pero tendría que esperar unos cuantos días hasta que lleguen —explicó Honey.

Laura sonrió.

—Sois muy amables, pero me temo que voy a necesitar más de quince dólares, y además inmediatamente.

Reinó el silencio de nuevo.

Trixie miró alrededor de la habitación, como esperando encontrar allí la solución. Y, contemplando los libros de registro del señor Lytell, la encontró.

—Señor Lytell... —comenzó.

—¡No! —el dueño de la tienda había adivinado el pensil miento de Trixie—. Lo siento por la señorita Ramsey, y ojalá encuentre a su padre, pero no puedo prestarle dinero.

—¡Oh, no! —exclamó Laura Ramsey—. No, señor Lytell, por supuesto que no. Ya ha hecho cuanto estaba en su mano para ayudarme, llamándome para lo de la cartera y escuchando con paciencia mi relato. No debo pedirle nada más.

Laura Ramsey se levantó y tendió la mano al dueño de la tienda.

—Gracias por todo. Ya se resolverán las cosas.

Sonrió a las chicas y se dio la vuelta para irse. Luego se volvió hacia ellas.

—¿Sabéis? Esta experiencia me ha enseñado el valor del dinero. Siempre lo he valorado poco, hasta ahora. Porque sólo hace un mes, en mi vigésimo cumpleaños, mi padre me llevó a una tienda de coches y me dejó elegir el que quisiera; luego lo pagó en metálico: ¡doce mil dólares! Y ahora, cuando necesito un par de cientos para encontrarlo, no puedo conseguirlos —meneó la cabeza tristemente y se volvió de nuevo para irse.

—¡Espera! —gritó Trixie—. El coche...

—No puedo venderlo —empezó a decir Laura.

—¡No tienes que hacerlo! —exclamó Trixie—. Señor Lytell, ¿recuerda que usted aceptó pagar el trasto de Brian cuando le di mi anillo de diamantes como garantía? —y sin esperar una respuesta, Trixie añadió—: Ahora puede hacer lo mismo. Quiero decir, puede usar el coche como garantía y prestarle a la señorita Ramsey el

dinero.

—¡Oh, señor Lytell, es una solución perfecta! —dijo Honey—. ¡El valor del coche es seis veces el importe del

préstamo. Usted quedaría asegurado y Laura podría contratar hoy mismo al detective!

—No sé... —musitó el señor Lytell, suspicaz.

—Yo tampoco lo veo claro —dijo Laura—. Por supuesto, cuanto más pronto tenga el dinero para el detective, mayores serán las posibilidades de encontrar a mi padre. No me preocuparía por el préstamo, porque mi padre es un hombre muy generoso. Pagaría al señor Lytell inmediatamente, y añadiría una buena recompensa, de eso estoy segura. Es sólo que... bueno, el coche significa mucho para mí. Es valioso, por supuesto, pero sobre todo... a lo mejor es el último regalo de mi padre —su voz tembló un poco—. Y darle las llaves a un extraño...

—¿Está diciendo que no soy de fiar, joven? —preguntó el señor Lytell indignado—. Pues mi palabra es tan valiosa como el oro. Escribiré un contrato completamente legal. Usted se llevará una copia, y yo guardaré la otra. El coche permanecerá aquí en depósito hasta que recupere el dinero.

Laura se sentó en la silla.

—De acuerdo —dijo—. Realmente no tengo elección, ¿o sí?

Las muchachas observaron cómo el señor Lytell enrollaba dos papeles con un papel carbón en medio, dentro de su vieja máquina de escribir. Murmurando para sí, redactó un contrato: prestaba a Laura dos mil dólares y guardaba el coche hasta que le devolviese el dinero.

Sacó el papel de la máquina y firmó debajo de su nombre mecanografiado. Laura hizo lo mismo, y luego Trixie y Honey, sintiéndose muy importantes, firmaron como testigos.

El señor Lytell releyó con cuidado el papel y luego le entregó la copia a Laura Ramsey. Guardó cuidadosamente el original en el cajón superior de la mesa, se levantó y fue hacia una puerta que Trixie creía que estaba condenada; pero era otro cuarto pequeño.

Se oyó un sonido metálico. Luego salió el señor Lytell y le entregó a Laura Ramsey un fajo de billetes.

—Dos mil dólares —dijo—. Por favor, cuéntelos.

Trixie se quedó boquiabierta. Se volvió y miró a Honey, cine

tenía los ojos como platos.

Laura Ramsey no parecía impresionada. *Claro…* —pensó Trixie —, *después de haber visto a su padre pagar doce mil dólares por el coche, dos mil no le llamarán la atención.*

Laura, obediente, contó el dinero; luego abrió su bolso y guardó los billetes. Sacó las llaves del coche y se las dio al señor Lytell.

—Aquí tiene —dijo—. Le mandaré los papeles del coche desde la ciudad.

—Bien —dijo—, lo llevaré a la parte de atrás y lo dejaré allí — luego miró a Trixie y a Honey por encima de las gafas.

—Os agradecería, pequeñas, y a usted también, señorita Ramsey, que no digáis a nadie lo del préstamo. Si no, seré un blanco fácil para cualquiera de los alrededores que quiera mendigar, pedir prestado o robarme.

Trixie percibió cierta preocupación en el señor Lytell cuando pronunció la última frase, pero inclinó la cabeza en señal de asentimiento, como hicieron Honey y Laura.

Laura se levantó.

—Me temo que voy a tener que molestar a alguien para que me lleve a la ciudad; allí puedo coger un autobús para Nueva York. Odio tener que volver y atender allí a todo el mundo, pero realmente no puedo permitirme el lujo de irme a un hotel.

—¿Por qué no te quedas con nosotros? —sugirió Honey—. Tenemos muchísimo sitio, y te conviene quedarte cerca de donde encontramos la primera pista de tu padre.

—Eso sería demasiado —objetó Laura.

—En absoluto —le aseguró Honey—. Llamaré a la señorita Trask ahora mismo y le preguntaré si te puedes quedar con nosotros. Sólo diremos que se te ha estropeado el coche, y no tienes adonde ir hasta que lo arreglen. No hace muchas preguntas. Es realmente amable.

Olvidándose de pedir permiso, Honey pasó por la derecha del señor Lytell, a llamar por teléfono. Cuando colgó, se volvió triunfalmente hacia Laura.

—Todo arreglado, y Jim estará aquí dentro de un par de minutos para recogernos.

—Qué amable eres. Después de sentirme incapaz de creer a alguien desde hace unos meses, es maravilloso ver que puedo

confiar en desconocidos que son encantadores —Laura sonrió a Trixie, a Honey y al señor Lytell. Luego, volviéndose hacia Honey, añadió—: me temo que voy a tener que poner unas cuantas conferencias cuando lleguemos a tu casa. Tendré que inventarme alguna historia para la secretaria de mi padre, y llamar al detective privado del que me habló mi amiga.

—De acuerdo —dijo Honey.

Laura y las chicas salieron de la tienda para esperar a Jim. Laura se detuvo al lado de su coche y pasó la mano sobre su brillante guardabarros.

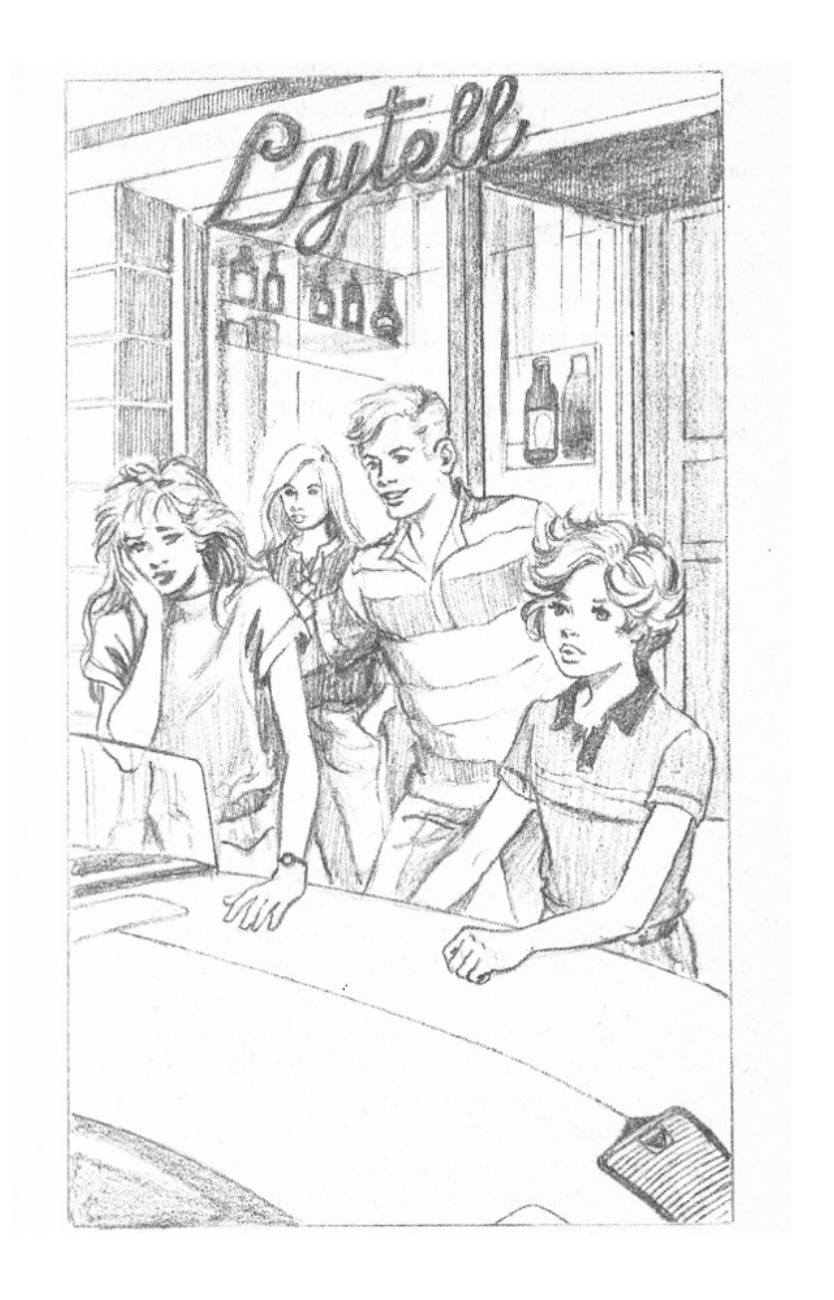
—Recuperarás el coche —le dijo Trixie.

—Seguro —comentó Laura—, sólo que me da pena apartarme de él, aunque sea por poco tiempo —se calló, y luego añadió—: No sé cómo voy a mandarle los papeles al señor Lytell, ahora que no vuelvo a casa.

—Tiene las llaves —dijo Honey—. Estoy segura de que es suficiente con eso. Después de todo es sólo temporalmente. Le pagarás y recuperarás el coche cuando vuelva tu padre, ¡y será muy pronto!

En ese mismo momento, llegó Jim con la furgoneta de los Bob-Whites. Se bajó y fue hacia las muchachas mirando a Laura Ramsey.

Honey presentó a Laura a su hermano y corrió a abrirle la puerta delantera, mientras ella y Trixie subían a los asientos traseros. Luego metieron las bicicletas en el maletero.


Lytell

Jim fue primero a Crabapple Farm, donde bajó la bicicleta de Trixie, que se despidió de todos.

—Te llamaremos mañana en cuanto sepamos cuándo llegará el detective —le prometió Honey.

Trixie asintió silenciosamente y se quedó parada agarrando la bicicleta, mientras la furgoneta se alejaba. Una sensación de desasosiego le estaba revolviendo el estómago. Ya era bastante molesto que Laura se quedara en Manor House, donde Honey y ella hablarían largo y tendido de cosas que Trixie sólo conocería de segunda mano; pero lo peor para Trixie era la esmerada atención que Laura había recibido por parte de Jim Frayne.

El misterioso Mart • 4

TRIXIE se quedó tan absorta mirando a la furgoneta que, cuando al fin desapareció de su vista, tuvo que pestañear y sacudir la cabeza como para romper un hechizo. Se volvió y se fue con la bicicleta hacia el garaje. Sus pensamientos giraban en su mente más rápidos que los radios de las ruedas de la bicicleta.

Como siempre, el agradable aroma de la finca Belden a la hora de la comida ahogó sus cavilaciones tan pronto como estuvo cerca de la puerta trasera.

Echó de menos el familiar olor de la comida al fuego que la señora Belden preparaba; anunció que hacía demasiado calor para usar el horno. Pero quedaba el partir tomates, y apio, y limpiar zanahorias y cortarlas en bastoncitos. La señora Belden había puesto en remojo esa mañana una mezcla de pepino en rodajas y cebolla para macerar, y ahora Trixie removía el líquido y le añadía vinagre, agua, y una pizca de azúcar. Puso la mesa, colocó las verduras, pan y mantequilla, y una ensalada de atún que sacó del frigorífico; luego se fue rápidamente a ayudar a Bobby a lavarse las manos y la cara.

Cuando volvió a la cocina, llamó:

—Venid a la mesa —y sus dos hermanos mayores y su padre vinieron del salón para ocupar su sitio.

—¡Uf! —resopló Trixie al sentarse—. Ha sido una buena idea no encender el horno, mamá. Con tanto trajín, creo que he generado bastante calor para asar un…, bueno, ¡un asado!

—No hay nada como un poco de ejercicio para que se te ponga un atractivo y rosado color en las mejillas —observó Peter Belden, echándose un vaso de té helado antes de pasar la jarra a su hija.

Trixie cogió la jarra, agradecida, y echó el té en su vaso.

—Honey sí adquiere un atractivo color rosado. El mío es rojo y sudoroso —dijo lamentándose.

—Si te hubieras quedado en casa escuchando discos como nosotros en lugar de pedalear por toda la región, no tendrías tanto calor —le dijo Brian.

—Jim me trajo a casa —respondió Trixie a la defensiva, sintiendo que se ponía cada vez más colorada al recordar las circunstancias del viaje—. Y además, si supieras qué pasó, te hubiera gustado venir.

—¿Por qué? ¿Qué pasó? —preguntó Brian con curiosidad.

—No sé si decíroslo —dijo Trixie con presunción mientras se servía ensalada de atún. De repente su enfado desapareció, y fue sustituido por ese sentimiento de satisfacción que la invadía cuando sabía algo que sus hermanos mayores ignoraban.

—Venga, Trixie, por favor, dinos qué pasó —insistió Brian—. Sabes que nos estás torturando.

—Nuestra misteriosa sibila cada día aumenta su pasión por seguir pistas —dijo Mart.

Trixie lo miró pasmada. No estaba sorprendida por la ristra de palabras que acababa de pronunciar. Esos trabalenguas eran normales en Mart. Pero al oír su voz cayó en la cuenta de que no había hablado antes, ¡y eso era verdaderamente raro! Ocultando su sorpresa, Trixie dijo a su hermano casi gemelo:

—Tú no necesitas que te anime a interesarte por los misterios. Todo el mundo sabe que a Brian y a ti os gusta resolverlos tanto como a Honey y a mí. Sólo que no eres tan bueno para descubrirlos. Eso es todo.

Brian respiró profundamente, reuniendo su última onza de paciencia. Era el más tranquilo y metódico de los jóvenes Belden, pero esas virtudes eran vencidas por la tendencia de sus hermanos a disputar por nada.

—Yo, por una vez, admitiré que me interesan los misterios. Y estoy especialmente interesado en el misterio de dónde ha estado mi hermana pequeña. ¿Me lo explicarás, o tengo que adivinarlo?

—Dónde estuve no es ningún misterio, pero había un misterio donde estuve —dijo Trixie enigmáticamente.

Luego, viendo que los músculos de la boca de su hermano mayor se empezaban a contraer, como ocurría cuando estaba a punto de perder la paciencia, añadió rápidamente:

—El señor Lytell nos llamó a su tienda para conocer a Laura

Ramsey. Es la hija del dueño de la cartera que Honey y yo encontramos esta mañana.

—Debía estar muy impaciente por recuperar la cartera, si mandó a su hija a Sleepyside para recogerla —comentó Helen Belden.

Trixie sacudió la cabeza enérgicamente, tragándose casi entera una rodaja de pepino.

—No es eso, mamá —dijo—. El padre de Laura Ramsey no sabe que ha perdido la cartera... quiero decir, ella no sabe si él sabe que ha perdido la cartera o no. Quiero decir que ha desaparecido.

La señora Belden y sus dos hijos escucharon a Trixie confusos. Trixie abrió la boca para tratar de explicar otra vez, de manera más clara, el asunto de Anthony Ramsey, cuando la aguda voz de Bobby la interrumpió.

—Trixie, ¿has visto hoy un hombre que desaparecía? —preguntó—. Vi desaparecer uno en la tele. Agitó los brazos y luego había humo y un ruido como puf, y luego desapareció. ¿Viste eso?

—No, Bobby —dijo Trixie—. Quiero decir, sí, vi al hombre que desapareció en la tele, pero no vi desaparecer a este hombre.

—Entonces, ¿cómo sabes que ha desaparecido? —preguntó Bobby.

Trixie levantó los ojos al techo.

—Voy a explicarlo ahora mismo. ¿Podríais estar callados y escuchar?

—Claro —dijo Bobby asintiendo, como si no hubiera interrumpido a nadie.

Trixie se dirigió a sus padres y hermanos mayores.

—El padre de Laura Ramsey es propietario de una cadena de ultramarinos. Ha tenido últimamente problemas con su socio, y anoche no fue a casa. Laura dice que eso no es normal. No sabe si su padre ha sido secuestrado, o si ha tenido una crisis nerviosa, o algo, porque se le veía muy preocupado; o si su socio hizo algo con él... Está muy apenada. Por eso vino a Sleepyside en cuanto el señor Lytell la llamó. La cartera es la única pista de su padre por el momento, y quiere averiguar qué ha pasado.

—Supongo que habrás anunciado tu habilidad para aclarar la situación en todos sus puntos —dijo Mart sarcásticamente.

Trixie sacudió la cabeza.

—No sé si lo hice o no. Tradúceme esa frase y te lo diré.

—Creo que Mart quiere decir que la agencia de detectives Belden-Wheeler tiene un nuevo cliente —dijo Peter Belden.

—Oh —Trixie se paró un momento y arrugó la frente ni un intento de casar las palabras de Mart con la simple aclaración de su padre. Dándose cuenta de que era imposible, se encogió de hombros y dijo—: Le contamos lo que sabíamos sobre la cartera; dónde la encontramos, y cuánto tiempo pensábamos que llevaba allí. Ahora va a llamar a un detective privado.

—No pareces dolorida por ello —dijo Brian.

—¿Dolorida? —repitió Trixie—. ¿Por qué debería estarlo?

—¿Y por qué no ibas a estarlo? —replicó Brian—. Honey y tú acabáis de encontrar la pista de un agradable y jugoso misterio, cuando esa tal Laura Ramsey se la lleva, vuelve a casa y contrata a un detective privado.

—¡Oh! Laura no se ha ido a casa —le informó Trixie—.

Está con los Wheeler; va a llamar al detective desde allí.

Honey decidió que, como es aquí donde se encontró la primera pista de su padre, éste es el mejor lugar para seguir buscando. Como puedes ver, no hay ninguna razón para estar enfadada. En realidad estoy encantada. Por fin voy a conocer a un verdadero detective privado y saber cómo trabaja.

Brian la miró suspicazmente.

—Dices que estás encantada, pero no lo pareces. ¿Qué pasa?

Trixie se sonrojó hasta la raíz de su pelo color arena.

—Por... por supuesto que no. Todo va a ir perfectamente perfecto, como dice Honey. Va a ser un sueño hecho realidad, conocer a un verdadero detective...

—El ensueño por el cual me gustaría conseguir la veracidad existencial está consumado en el conocimiento de Anthony Ramsey —dijo Mart con voz soñolienta—. Ningún investigador profesional puede resultar tan fascinante como un representante del capitalismo tipo señor Ramsey.

Ansiosa de desviar la atención de ella, Trixie preguntó a Mart:

—¿Que es lo que te fascina de Anthony Ramsey? No me digas que has cambiado de idea y en lugar de ser granjero vas a convertirte en tendero de ultramarinos.

—Lo que he decidido —replicó Mart altivamente— es cambiar una vida de pobreza por otra de incalculable riqueza.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Trixie.

—Solamente lo que he dicho —le dijo Mart.

—¿Pero cómo vas a intentar conseguir esa incalculable riqueza? —le presionó.

—Tengo mis planes —dijo Mart levantándose de la mesa y dejando la servilleta al lado del plato vacío—. Por favor, ¿me permitís? —preguntó a su madre.

Fue hacia el salón. Trixie lo observó con la misma extasiada concentración con que había visto desaparecer la furgoneta hacía una hora.

Miró a su madre, pero la señora Belden sonrió y se encogió de hombros.

—No hay nada que preguntar sobre la extraña conducta de Mart. No sé más que tú.

—¿Brian? —preguntó Trixie.

Su hermano mayor movió la cabeza.

—Tampoco sé qué le pasa a Mart, Trix. Está muy..., no sé si usar semejante palabra en tu presencia, pero está muy misterioso últimamente. Por lo general, cuando tiene algo rondándole la cabeza, no puede esperar a decírmelo, incluso aunque después tenga que hacerme jurar que guardaré el secreto. Pero esta vez no ha dicho ni pío.

—Bueno, estoy segura de que lo sabremos alguna vez —dijo Trixie. Su insatisfacción por tener que esperar hasta alguna vez se notó claramente en su voz. Se levantó y empezó a quitar la mesa. Sus pensamientos eran un enjambre de preguntas sobre Mart, y el señor Ramsey, y sobre el dinero del señor Lytell, y, aunque intentaba quitárselo de la cabeza, el interés de Jim por Laura.

Deliberadamente dejó de lado tales pensamientos mientras su madre y ella recogían la cocina y los platos. En lugar de esto charló del huerto, que daba cada vez más frutos, y de sus esperanzas para el resto del verano y de la rápida aproximación del curso escolar.

Si la señora Belden se dio cuenta de que su hija estaba tratando de ocultar sus pensamientos detrás de tanta cháchara, no dio muestras de ello. Se metió de lleno en la conversación de Trixie, planeando un viaje a la ciudad para comprar ropa del colegio y enumerando una lista de provectos para conservar y congelar alimentos que hicieron a Trixie protestar por el montón de trabajo

que se le venía encima en las próximas semanas.

Después de secar y guardar la última fuente, Trixie colgó el paño de cocina, se aproximó a su madre y la abrazó.

—Estoy contenta de vivir aquí —dijo.

—Bueno, yo estoy contenta de que lo estés —dijo su madre, sorprendida por la explosión de afecto de su hija.

—Una de las razones por las que estoy contenta es porque sé que tú estás contenta —dijo Trixie sonriendo—. Es agradable saber que hay gente que cuida de mí. Y es también agradable cuidar de otros. Me ayuda a no pensar en mí demasiado.

También evita que me preocupe por cosas en las que no se puede hacer nada —pensó para sí al marcharse de la cocina. El estar ocupada esa tarde le había ayudado a no pensar en el encuentro de la tienda del señor Lytell. Ahora, el apretado horario de Crabapple Farm le ayudaría a no pensar en Mart, Anthony Ramsey y Jim.

Bobby Belden apareció de no se sabía dónde, al lado de su hermana, tirándole insistentemente de la mano.

—Trixie, por favor, léeme un cuento —rogó, y parecía como si acabara de pedirlo una docena de veces y se lo hubieran negado. Con su inteligencia despierta, Bobby poseía la rara habilidad de atraer la atención de los mayores.

—Claro, Bobby —repuso Trixie, y su hermano se detuvo.

—¿Claro? —repitió, como si no pudiera creer lo que oía.

Trixie se rió y le hizo girar alrededor con los pies en el aire.

—¡Claro! —dijo otra vez con entusiasmo. Leer un cuento a Bobby era una manera segura de olvidar los problemas. Bobby no se sentaba pasivamente a escuchar el cuento. Hacía cientos de preguntas sobre las palabras y los dibujos... y sobre otras cosas que se le ocurrían sin razón aparente.

Trixie siguió a Bobby a su cuarto y se sentó en la cama mientras él sacaba un libro detrás de otro de la estantería, para escoger qué cuento quería oír.

—¡Éste! —dijo de repente, poniéndole a su hermana el libro pegado al rostro.

Trixie cogió el libro y lo separó de la cara hasta una distancia cómoda de leer.

—«Blancanieves» —dijo—. Éste es uno de mis favoritos también.

—¿Quién te leyó a ti «Blancanieves»? —preguntó Bobby.

—Mamá, y papá también algunas veces —le dijo Trixie mientras hojeaba las familiares páginas del libro.

—¿No te leían Mart y Brian? —preguntó Bobby.

—No —respondió Trixie—; en realidad, no mucho.

—¿Por qué no? —preguntó Bobby.

—Porque aprendimos a leer casi al mismo tiempo —explicó Trixie.

—¡Ah! —suspiró Bobby. Permaneció silencioso un instante, como si estuviera meditando la respuesta, y Trixie aprovechó la oportunidad para abrir el libro y comenzar a leer. De otro modo, las preguntas de Bobby seguirían y seguirían, y nunca podría leer el cuento.

El pequeño escuchó relativamente callado durante un rato, interrumpiendo a Trixie solamente para hacerle repetir los nombres de los siete enanitos y ver los dibujos. Luego, después de que Trixie leyera una o dos páginas más, preguntó de repente:

—¿Eran los siete enanitos como un club?

—En un sentido, supongo que lo eran —dijo Trixie—. ¿Por qué preguntas eso?

—Bueno —dijo Bobby despacio—, aquí había siete enanitos que ayudaron a Blancanieves. Y aquí hay siete Bob-Whites, y ayudan a todo tipo de gente. Y los Bob-Whites son un club. Así que me pregunto si los enanitos serían un club también.

Trixie se rió entre dientes, sorprendida, como siempre, por la extraña pero a menudo ocurrente lógica de Bobby.

—Supongo que los siete Bob-Whites son tan amables como los siete enanitos, Bobby —dijo. Sonrió para sus adentros al seguir leyendo donde lo había dejado, pero la sonrisa se desvaneció poco a poco al mirar el dibujo de Blancanieves. La fina y elegante figura de Blancanieves le recordó de repente a Laura Ramsey, y sintió otra punzada de envidia cuando recordó que la historia de Blancanieves terminaba con su rescate por un apuesto príncipe.



Terminó el cuento lo más rápido que pudo, dio las buenas noches a Bobby, y se fue rápido a su cuarto. Fue al armario y se miró en el espejo inquisitivamente.

—Estás completamente tonta, Trixie Belden —se dijo en voz alta—. El apuesto príncipe que va a rescatar a Laura Ramsey no es Jim: es el detective que acaba de contratar, y ese detective será tan interesante para ti y Honey como para Laura Ramsey.

La voz de Trixie sonó fuerte y convincente, pero los azules ojos que se reflejaban en el espejo no parecían nada convencidos.

Un verdadero detective • 5

A LA MAÑANA SIGUIENTE, los ojos que miraban a Trixie reflejados en el espejo mientras ponía en orden sus rizos pelirrojos, habían recuperado parte de su viveza.

—Hoy vamos a conocer a un detective privado, de carne y hueso —le dijo a su imagen—. Espero que Honey llame pronto. ¡No puedo esperar un minuto más!

El teléfono sonó justo cuando acababa de vestirse, y bajó corriendo las escaleras para contestar.

—¡Hola! —gritó por teléfono.

—¿Trixie? —la suave voz de Honey llegó a través del cable.

—Soy yo. ¿Entiendes? Quiero decir, soy yo. He estado impaciente esperando tu llamada —dijo Trixie.

—Bueno, no has esperado tanto tiempo. ¡Sólo son las ocho de la mañana! —apuntó Honey.

Trixie estuvo a punto de recordarle a Honey que había estado sin saber de ella, Jim y Laura Ramsey desde las cinco de la tarde anterior... Demasiado tiempo. Pero se contuvo. No había razón para culpar a Honey de que ella se hubiese sentido celosa. En lugar de ello, Trixie preguntó ávidamente.

—¿Hay noticias del detective?

—Estará aquí después de comer —dijo Honey, y su voz reveló su excitación.

—¡Oh, Honey, eso es estupendo! —exclamó Trixie. Luego tragó saliva con dificultad—. ¿Puedo... puedo estar presente cuando llegue?

—Por supuesto —dijo Honey sorprendida de la pregunta—. Tienes que estar aquí para contarle lo del descubrimiento de la cartera.

—Solamente pensé..., quiero decir, parecía...; olvídalo. No soy capaz de esperar tanto —se lamentó Trixie, mordiéndose la lengua

para no preguntarle si Jim había estado mucho tiempo con Laura.

—Yo tampoco puedo esperar —dijo Honey—. Creo que va a ser la mañana más larga de mi vida.

—Podemos ir a montar en bici —sugirió Trixie—. Es una buena manera de matar el tiempo.

Hubo una leve pausa, tras la cual dijo Honey:

—¡Oh, Trixie! Lo siento, Laura y yo acabamos de montar en bici. Nos levantamos muy pronto esta mañana porque no podíamos dormir. Laura parecía muy nerviosa y pensé que sería una buena idea hacer un poco de ejercicio.

—Comprendo —dijo Trixie, tratando de ahogar un sentimiento de zozobra.

—Puedes ir tú sola —sugirió Honey—. O llevarte a Mart o a Brian.

—Claro —dijo Trixie sin ningún entusiasmo. No era lo mismo. Lo que quería realmente era estar con su mejor amiga. Además del misterio de la desaparición de Anthony Ramsey, estaba también el secreto del préstamo del señor Lytell. Honey era la única persona con la que podía hablar de ello; le fascinaba la idea de que, a pesar de las apariencias, fuese un hombre rico. Le asaltó el pensamiento de si Jim estaría con Laura. A regañadientes, decidió—: Aquí hay un montón de cosas que hacer. Me quedaré ayudando a mamá hasta después de comer.

—Bueno, entonces, hasta luego —dijo Honey.

—Sí..., hasta luego —contestó Trixie.

Colgó el teléfono y se mordió el labio inferior. Empezaron a saltársele las lágrimas. *Estás portándote como una estúpida otra vez* —murmuró para sí misma—. *No seas egoísta. Piensa cómo debe sentirse la pobre Laura esta mañana, esperando al detective que le ayudará a encontrar a su padre. Necesita a alguien con quien hablar.*

Pero ¿y yo, qué? —gritaba para sus adentros llena de rebeldía. Por un momento sintió que iba a llorar otra vez. Luego se encogió de hombros y respiró profundamente. *Voy a salir a cuidar el jardín* —se contestó a sí misma.

Al final le dolía la espalda, y sus uñas estaban llenas de suciedad, pero se sentía mucho mejor.

En el mostrador de la cocina permanecían alineados unos brillantes tomates rojos, a la espera de que la señora Belden los

destinase para las conservas o para comerlos. Había en la nevera una bolsa de cebollas y dos de pepinos: una de ejemplares grandes para cortarlos en rodajas, y otra de pequeños para ponerlos en vinagre.

El huerto estaba fresquito, pero empezó el bochorno cuando Trixie terminaba el trabajo. El monótono ritmo de la recogida la había tranquilizado. La imagen de los crecientes montones de verdura le infundía un sentimiento de importancia, de utilidad, aunque a su mejor amiga no se lo pareciera.

Le quedaba una hora libre hasta el almuerzo; Trixie se preguntaba qué hacer.

Una mirada a las uñas le dio la respuesta.

Corrió escaleras arriba, se duchó y se lavó el pelo. Enroscada en una toalla empezó a revolver en un cajón, buscando el viejo cepillo de dientes que usaba en estos casos. Cuando lo encontró, se quitó toda la suciedad que se había acumulado en las uñas. Luego se frotó las manos con colonia y miró el resultado con satisfacción: sus uñas cortas y sus dedos rechonchos no eran elegantes, pero se veían limpios y suaves.

Trixie se secó el pelo con la toalla, luego se lo cepilló vigorosamente, dejando agradables y bien ordenados sus rizos color arena.

Fue a su armario y corrió las perchas, apartando sus descoloridos vaqueros. Encontró un par de bermudas azul clarito y una blusa fina que no se había puesto desde que acabó el colegio en junio. Se los puso y se miró al espejo. No estaba tan bonita como Laura Ramsey, lo sabía, pero tampoco se iba a sentir como una rana mirando a una princesa.

Trixie asintió, satisfecha de su imagen, y bajó a ayudar a su madre a servir la comida.

La señora Belden miró asombrada a Trixie cuando entró en la cocina.

—¡Yaya!, estás muy guapa —dijo. El tono de su voz reflejaba sorpresa.

—Sólo son un par de bermudas y una blusa —dijo Trixie, aparentando indiferencia.

La señora Belden, sabiamente, no dijo nada más. Pero no ocurrió lo mismo con sus hijos, que hicieron un montón de comentarios al

sentarse a la mesa y ver a Trixie.

Bobby sonrió y luego arrugó la frente:

—Trixie, ¿vas a una fiesta? ¿Por qué no me dijiste que ibas a una fiesta? Yo también quiero ir.

—¡Bobby, no voy a ir a ninguna fiesta! —le dijo Trixie—. No tenía ganas de ponerme los vaqueros, eso es todo.

Brian entró en la cocina justo para oír la respuesta de Trixie. La miró un momento y luego levantó una ceja.

—¿Va Ben Riker a visitar a los Wheeler? —preguntó, con un pícaro brillo en los ojos.

Trixie sintió que se estaba poniendo colorada.

Una vez mostró mucho interés en vestirse bien, simulando un encuentro con Ben Riker. De hecho, su propósito era obtener permiso de sus padres para ponerse el anillo de diamantes, y empeñarlo en la tienda del señor Lytell como depósito, hasta poder pagar el coche de Brian.

—No sé nada de Ben —se defendió Trixie airadamente, ignorando su sonrojo—, ¿por qué lo preguntas?

Brian sonrió burlonamente a su hermana, sabiendo que ella lo sabía de sobra.

—No sé cómo ha podido ocurrírseme esa posibilidad —dijo con mirada inocente.

En ese momento entró Mart, y Trixie se preparó para el comentario más hiriente de todos.

Mart la miró, sacó su silla y se sentó.

—Estás muy guapa, Trix —dijo.

Trixie se quedó con la boca abierta. Mart verdaderamente no reaccionaba en los últimos días como de costumbre, y decidió descubrir por qué, y pronto. Le pediría a Honey que la ayudase, si Honey no estaba demasiado ocupada ayudando a Laura Ramsey.

Justo después de comer, Trixie salió de casa y fue al garaje a por la bicicleta. Tuvo calor en cuanto llegó a la puerta trasera. Era un día muy bochornoso. Aunque estaba ansiosa por llegar a Manor House, Trixie hizo el esfuerzo de pedalear despacio. De otro modo, sabía que iba a parecer una flor marchita cuando llegara a casa de Honey.

Aparcó la bicicleta al lado del paseo que bordeaba la casa, subió las escaleras de entrada y llamó al timbre. La señorita Trask abrió la

puerta casi inmediatamente, fría y elegante, con su traje gris.

—Vete derecha a la biblioteca, Trixie —dijo la señorita Trask—, ya están allí.

Trixie sonrió dándole las gracias y cruzó el vestíbulo dirigiéndose a la biblioteca, donde estaban el señor Lytell, Honey, Jim, Laura y un extraño, de rudo aspecto, que debía ser el detective.

Cuando lo miró, Trixie comprobó que ese hombre era exactamente como se imaginaba que debía ser un detective. Era bajo y rechoncho, pero todo su cuerpo parecía músculo, excepto la incipiente barriga que asomaba encima del cinturón. Llevaba pantalón verde, dado de sí a la altura de las rodillas, una camisa blanca arrugada, y una corbata que se había aflojado bajo el último botón de la camisa. Una chaqueta, a juego con los pantalones, estaba colocada desaliñadamente en el respaldo de un sillón.

El estudio del detective por parte de Trixie se interrumpió cuando Honey vio a su amiga.

—¡Oh, aquí está! ¡Hola, Trix!

—Hola —repitió Trixie. Los ojos de Honey la miraban con aprobación y se dio cuenta, no sin vergüenza, de que su mejor amiga había notado su cambio de vestimenta, aunque tenía demasiado tacto para decirlo.

—¡Qué guapa estás hoy, Trixie! —dijo Jim.

Fue la gota que colmó el vaso. Todos los cumplidos que había recibido le habían hecho sentir que su pinta habitual debía ser horrible; si con un par de bermudas y una blusa conseguía tal cambio…

—¿Quieres decir que hoy estoy guapa por haberme cambiado? —dijo con voz amarga.

El semblante de Jim reflejó su sorpresa por ese inesperado ataque, y Trixie juntó los labios con fuerza, esperando encontrar algún modo de desdecirse.

—Lo… lo siento, Jim —dijo humildemente.

—Está bien. Ahora que estamos todos, vamos a entrar en materia —los otros se dieron cuenta de la frialdad de la voz de Jim.

—Trixie, éste es Mark McGraw, el detective que ha contratado Laura. Señor McGraw, ésta es mi mejor amiga, Trixie Belden —presentó Honey.

McGraw asintió cortésmente, y Trixie murmuró un saludo.

—¿Por dónde empezamos, señor McGraw? —preguntó Laura Ramsey.

—Por mis honorarios —dijo el señor McGraw bruscamente.

Laura lo miró desconcertada. Estaba claro que no iba a manifestar ninguna emoción por el caso. Él era un hombre de negocios, y el trabajo de detective era su negocio.

—Por... por supuesto —dijo ella.

Abrió el bolso y sacó el fajo de billetes que había recibido del señor Lytell.

—Y ahora, usted le firma a la señorita Ramsey un recibo por esa cantidad, joven —intervino el señor Lytell con aspereza.

—No acostumbro a llevar el talonario encima —dijo el señor McGraw sarcásticamente.

—Yo, sí —replicó Lytell.

Sacó el talonario de su bolsillo y se lo enseñó al detective, que lo miraba incrédulo.

Todos guardaron silencio hasta que el detective cumplimentó el recibo.

Intercambiados dinero y recibo, habló McGraw:

—Prosigamos —luego se sentó en el sofá y sacó un lápiz. y un bloc de notas del bolsillo—. Vamos por partes —dijo—. Señorita Ramsey, dígame todo lo que sepa acerca de la desaparición de su padre.

Laura Ramsey dio un hondo y débil suspiro y contó la historia casi igual a como la había contado el día anterior. Una o dos veces se quebró su voz, y tuvo que hacer una pansa para poder continuar.

Cuando terminó, los demás mantuvieron un respetuoso silencio, mientras McGraw seguía escribiendo.

—Y vosotras, niñas, ¿fuisteis las que encontrasteis la caricia? —dijo bruscamente, levantando la vista.

Trixie y Honey asintieron. Las dos se sentían intimidadas por ese hombre, que parecía no tener sentimientos.

—Contádmelo —exigió.

Trixie y Honey se miraron. Honey asintió; Trixie se aclaró la garganta y comenzó a hablar, contándole al detective lo que le había dicho a Laura Ramsey el día anterior.

Orgullosamente, incluyó sus deducciones sobre el tiempo que la cartera había permanecido en el suelo y la eliminación del robo

como móvil, por la presencia de un billete de cien dólares.

McGraw, sin embargo, no reconoció su talento.

—¿Buscaste huellas de neumáticos en el borde de la carretera?

—No —dijo Trixie.

—Qué mal —gruñó McGraw—. ¿No había signos de lucha: piedras revueltas, césped pisoteado o algo así? —miró a Trixie, quien otra vez negó con la cabeza—. Qué mal —repitió—. También resulta lamentable que no fueseis más cuidadosas con la pista —dijo, sacando la cartera del bolsillo de la camisa y levantándola para que la vieran—. Una piel de esta calidad puede conservar huellas dactilares muy claras. Pero, ahora que ha sido manoseada por todo el mundo, no compensa ni siquiera intentarlo.

Trixie tragó saliva con dificultad. Deseaba aprender de un verdadero detective, y estaba aprendiendo que primero tenía un montón de cosas que aprender.

—¿Podemos ayudar en algo? —preguntó tímidamente.

El detective apuntó unas cuantas palabras más, cerró el block de notas, y lo guardó junto con el lápiz en el bolsillo.

—Sí, hay un par de cosas que podéis hacer para ayudarme. Primero: necesitaré una declaración.

—¿Una qué? —preguntó Honey.

El detective suspiró.

—Una declaración —repitió despacio—. Sólo tenéis que escribir lo que me habéis contado a mí, más lo que podáis recordar que no me hayáis contado. Hacedlo claro y conciso. Si este caso se lleva a juicio, vuestro testimonio será importante. Así que escribidlo todo ahora que lo tenéis fresal en la memoria.

Trixie y Honey intercambiaron una mirada con los ojos muy abiertos. ¡A lo mejor tenían que testificar en un juicio!

—Lo haremos enseguida —dijo Honey—. ¿Algo más?

El detective reflexionó un momento.

—Segundo: permaneced alerta por si veis algún extraño en la ciudad. Puede que tengan retenido a Ramsey cerca de aquí y, en ese caso, necesitarán acercarse a la ciudad para buscar provisiones. Si veis a alguien, hacédmelo saber. También me ayudaría tener un plano de la región, para estudiar los lugares donde se pueda esconder a un prisionero: edificios abandonados, cuevas, lugares extraños, etc.

—¡Oh! —la exclamación de Laura Ramsey atrajo la atención de todos.

—No estoy diciendo que lo hayan raptado —puntualizó McGraw, frunciendo el ceño—, pero es una posibilidad. Tengo que indagar en todos los rincones cuanto antes.

—Lo... lo comprendo —dijo Laura.

El detective se levantó, cogió su chaqueta y se la echó al hombro.

—Estaremos en contacto —dijo. Luego se dio la vuelta v se fue.

—Muy práctico —comentó el señor Lytell, dándole al detective su más alto elogio—. Aunque demasiado caro. Creo que debo irme —añadió el dueño de la tienda mirando a los demás; después abandonó el salón.

Laura Ramsey también se levantó.

—Me voy un rato a mi cuarto —dijo. Jim asintió comprensivo, y Honey le preguntó si quería algo. Laura negó con la cabeza y salió de la habitación rápidamente; Jim la siguió.

—Vamos a mi dormitorio y hagamos la declaración ahora mismo —dijo Honey.

Trixie asintió.



Espero que lo hagamos mejor que cuando encontrarnos la cartera —añadió tristemente.

Hubo un montón de cosas que no pensamos —admitió Honey—, pero al menos la encontramos, y la encontramos al poco de perderse. Trix, estoy segura de que eso será una gran ayuda.

Es verdad —dijo Trixie más animada. Se levantó—. Vamos.

Honey cogió dos montones de papel amarillo rayado y dos lápices del cajón de la mesa de la biblioteca. Trixie y ella se fueron arriba; le tendió a Trixie unos folios y un lápiz y se quedó con los otros.

—Redactemos las declaraciones —dijo—. Podríamos hacer cada una la nuestra por separado, y luego compararlas para ver si nos hemos olvidado de algo.

—De acuerdo —asintió Trixie. Se sentó en una de las camas que tenía Honey en su cuarto.

Se estrujó la cabeza y mordió el borde del lápiz un momento, preguntándose por dónde empezar.

Empezaré por el principio —se dijo a sí misma, y comenzó a escribir.

Después de un par de párrafos, dudó.

—¿Crees que está bien poner lo del préstamo del señor Lytell?

Honey levantó la vista y frunció el ceño.

—No sé —dijo—. Quiero decir, se supone que es un secreto, pero no sé si podremos mantenerlo en el caso de que vaya a juicio. Pero, si lo escribimos ahora, el señor McGraw sabrá el secreto en cuanto lea las declaraciones.

—Vamos a dejarlo por ahora —decidió Trixie—. Después de todo no tiene nada que ver con el caso. Además, la razón por la que el señor McGraw nos pidió que escribiéramos todo ahora es para que no se nos olvide. ¡No creo que pueda olvidar jamás cómo me sentí cuando el señor Lytell salió de la trastienda con dos mil dólares en metálico!

—Oh, Trixie. A mí tampoco se me olvidará —dijo

Honey jadeante—. ¿Habrías imaginado alguna vez en tus sueños más delirantes que el señor Lytell pudiera tener tanto dinero?

—No, hasta ayer al mediodía —dijo. Repitió a Honey los rumores que su madre le había contado.

—¡El señor Lytell! —exclamó Honey incrédulamente—. No

creerás que tiene tanto dinero como mi padre o el señor Lynch. ¿O sí?

Trixie pensó un momento.

—No lo sé —dijo—. A lo mejor mamá oyó esos rumores antes de que tú vinieras a Sleepyside. El señor Lynch, entonces, tampoco era rico... Pero si ahora tiene Lytell dos mil dólares en metálico guardados en la trastienda, ¡imagínate cuánto debe tener en el banco!

—Puede que no tenga nada allí —opinó Honey.

—¿Quieres decir que le creíste cuando dijo que no tenía nada, para que nadie le mendigase, pidiese prestado o robase? —preguntó Trixie.

—No —contestó Honey dudando—. Pero ¿recuerdas cómo el hermano de la señorita Trask guardaba todo su dinero escondido detrás de aquel cuadro del pirata? Todo el dinero del señor Lytell puede estar en la trastienda.

—Es una posibilidad —reconoció Trixie—. El señor Lytell es lo bastante raro como para hacer algo así. Debe ser estúpido, digo yo. Esa vieja tienda apartada es mal sitio para guardar sus ahorros.

—Bueno, no hay nada que podamos hacer al respecto —dijo Honey—; ya sabes que no nos escucharía si le dijéramos que guardara el dinero en un banco. Por tanto, es incluso más importante que dejemos de lado en la declaración lo referente al préstamo. Eso es todo lo que podemos hacer para proteger el dinero del señor Lytell.

—De acuerdo —agregó Trixie. Puso los ojos sobre el papel y otra vez comenzó a escribir. Antes de darse cuenta había llenado cuatro folios.

—¡Hecho! —dijo Honey—. Vamos a compararlas.

Las muchachas se cambiaron los papeles y leyeron cada una la declaración de la otra. Trixie comenzó a reírse.

—Son casi iguales, palabra por palabra, Honey. Brian y Mart tienen razón. Hemos estado demasiado tiempo juntas.

—No demasiado —dijo Honey sonriendo—, sólo lo suficiente.

Trixie miró agradecida a su mejor amiga. Esto, lo sabía, era el modo que Honey tenía de decirle que nada, incluyendo la bonita y rica invitada, podría interponerse entre las dos amigas.

—Tengo una idea —dijo Trixie de pronto—. Se me ocurrió

anoche leyendo Blancanieves.

—¿No crees que ya eres un poco mayorcita para eso? —se burló Honey.

Trixie se rió.

—También yo me lo pregunto. Muchas veces creo que saco gran provecho de esos cuentos de Bobby. De todos modos, cuando le estaba leyendo el cuento de Blancanieves anoche, me dijo que los siete enanitos y los siete Bob-Whites eran muy parecidos, ya sabes, porque son el mismo número y porque a nosotras dos, quiero decir a todos nosotros, nos gusta ayudar a la gente.

—¡Eso es muy ingenioso! —exclamó Honey. Como no tenía hermanos ni hermanas más pequeños, Honey miraba a Bobby Belden con más paciencia y, a veces, más afecto que sus hermanos.

—¿A que sí? —prosiguió Trixie—. Bueno, estaba pensando cómo están los Bob-Whites ayudando a Laura Ramsey, tal como los siete enanitos ayudaron a Blancanieves. Entonces me di cuenta de que sólo uno de los demás Bob-Whites la conocen. Debíamos presentársela.

—¿Quieres preparar una fiesta? —exclamó Honey—. Oh, Trixie, es una gran idea. Estoy segura de que Laura se sentirá mejor si comprueba que estamos dispuestos a cuidarla y ayudarla. Y una fiesta es una buena ocasión para animarla. ¿Qué tipo de fiesta montaremos?

—Como es agosto y atravesamos desde hace una semana una ola de calor, sólo hay una respuesta para esa pregunta.

—¡Por supuesto! —exclamó Honey, leyendo el pensamiento de su amiga—. Una fiesta con baño en el embarcadero. Y un picnic después. ¿El domingo por la tarde?

Trixie asintió.

—Estupendo. Ahora vamos a conseguir el plano.

¡Un espía! • 6

EL DOMINGO, después de comer, Trixie, Brian y Mart se subieron al trasto de Brian para ir al embarcadero. Estaba a una distancia corta para ir en bici, pero, además de sus trajes de baño y toallas, los tres Bob-Whites iban cargados con la gran cesta de la merienda, preparada por la señora Belden.

—La señorita Trask le dijo a Honey que tenía un montón de comida para nosotros —le había dicho Trixie a su madre esa mañana.

—La señorita Trask es muy generosa —contestó la señora Belden—, pero creo que provee a los Bob-Whites demasiado a menudo, y ya es hora de que me toque a mí —añadió con una sonrisa—. Cuantos más tomates y pepinos gaste ahora, menos tendré que envasar.

—En ese caso —había respondido Trixie—, mete mucho más de todo —envasar no era su actividad favorita, y las elevadas temperaturas de entonces hacían que la simple idea de estar ante los humeantes tarros fuese todavía menos atractiva.

Cuando los Belden llegaron al embarcadero, los otros Bob-Whites y Laura ya estaban allí. Jim, Honey y Laura, de hecho, ya se habían metido en el agua. Trixie corrió, saludando a Dan Mangan y Di Lynch, a los que hacía bastante tiempo que no veía, mientras Brian, con un exagerado quejido, sacaba del coche la cesta de la merienda.

—¿Qué es de vosotros dos? —dijo Trixie, dejándose caer al suelo entre Dan y Di.

—¡Qué calor! —suspiró Di Lynch, recogiéndose la melena de pelo negro en una mano y apartándosela del cuello. Con sus ojos violeta enmarcados por espesas y rizadas pestañas, y su esbelta figura, Di Lynch era la más guapa de las Bob-Whites. Es más, era la niña bonita del instituto de Sleepyside. Pero ni a ella ni a Trixie les

gustaba el calor. Tenía ojeras, como si no hubiera dormido bien.

—Lo único que me apetece cuando hace este calor es quedarme en casa y no moverme más que lo imprescindible —explicó Di—; pero por desgracia el calor no parece afectar a los gemelos.

Trixie sonrió comprensiva. Di tenía un par de hermanos gemelos y otro de hermanas gemelas. Era cariñosa con ellos, y se ganaba el dinero de su aportación a la tesorería de los Bob-Whites cuidándolos. Pero a veces no era tarea fácil.

—¿Y tú, Dan? —preguntó Trixie—. ¿Por qué no te hemos visto hace tanto tiempo?

Dan volvió su delicado rostro moreno hacia Trixie. Había una sombra de preocupación en sus ojos negros.

—He estado haciendo horas extraordinarias para el señor Maypenny —dijo—. Este calor y la sequía significan peligro de incendios. Hemos realizado el doble de recorridos de lo usual, explorando por si hay fuego. Después de andar por el campo durante todo el día con este calor, no me siento muy sociable.

—Oh, Dan. Ni siquiera se me había ocurrido pensar lo que este tiempo puede influir en el bosque. ¿Está la cosa peligrosa de veras?

Dan Mangan se encogió de hombros.

—El señor Maypenny no parece excesivamente preocupado. Pero nunca lo está. Lo único que podemos hacer es vigilar con atención y confiar en la suerte;.

Trixie movió la cabeza sin hablar. Por una parte, le preocupaba la posibilidad de que un fuego devastara el monte v dañara a los animales. Por otra parte, se sentía muy orgullosa de Dan Mangan. Éste, responsable y muy trabajador, era muy diferente del vagabundo callejero que había llegado a Sleepyside hacía poco tiempo. Estaba contenta de haber tomado parte en su recuperación, ayudándole a cambiar.

Brian y Mart habían ido directamente al embarcadero para ponerse el bañador; se zambulleron en el agua justo en el momento en que Honey salía de ella.

—¡Hola, Trix! —gritó agarrando una toalla y secándose mientras iba hacia el grupo sentado a la orilla.

—¿No es estupendo que estemos todos juntos otra vez? ¡Como hace años!

—Mmm— asintió Trixie distraídamente. Estaba con la mirada

fija en el lago, donde Jim y Laura, enzarzados en una amistosa lucha, chapoteaban en el agua.

Honey, siguiendo la mirada de su amiga, dijo:

—Trixie, organizar esta merienda ha sido una idea magnífica. Laura se animó mucho con el plan de venir a bailarnos. Tuvo suerte de que uno de los bañadores de mamá le sirviese. Creo que esta fiesta era lo que Laura necesitaba para olvidarse de sus problemas.

Trixie entendió el discreto mensaje oculto tras las palabras de Honey. Laura Ramsey tenía un grave problema, y los Bob-Whites debían ayudarla. Siendo envidiosa, no podría ayudar a nadie. Trixie apretó la mano de Honey, agradecida, y se levantó.

—Voy a bañarme —dijo, encaminándose hacia el embarcadero para cambiarse.

—Yo también —se animó Di—. Cuando llegué me sentía agotada, sin ganas de moverme, ¡ni siquiera hacia el agua limpia y fresca!

Trixie y Di se cambiaron rápidamente y corrieron hacia el pequeño lago. El frescor del agua era un placer en el calor del mediodía. Trixie se quedó parada en la orilla, con el agua por los tobillos, como dudando antes de tirarse.

—¡Venga, Trixie! —gritó Jim—. El agua está estupenda.

—Sí, y voy a ir caminando palmo a palmo hacia lo más hondo, para alargar el placer todo lo que pueda, como hace Bobby cuando toma un helado de cucurucho.

Trixie hablaba con desenfado, tratando de vencer los celos que sentía.

—Bobby no puede hacer eso cuando Reddy está a su lado —replicó Jim con una picara mirada, porque Reddy se termina el cucurucho rápido. ¡Guau! ¡Guau! —con su imitación del cariñoso pero indomable setter irlandés de los Belden, Jim metió las manos en el agua y salpicó alrededor, mojando a Trixie por completo.

—¡Me las pagarás! —gritó Trixie zambulléndose en el lago mientras Jim se alejaba con toda la rapidez que le era posible.

Brian y Laura se unieron a la batalla inmediatamente, y Mart metió en ella también a Di Lynch. Al cabo de un rato, Dan Mangan se levantó y se fue a disfrutar de la diversión.

Honey, saliendo del embarcadero, adonde había ido a cambiarse de nuevo, se quedó en la orilla vociferando, animándolos.



Los gritos, risas y chapoteos continuaron unos quince minutos. Di Lynch fue la primera en salir del agua, todavía riéndose, pero agotada. La siguió Mart y luego Trixie. Se lanzaron sobre las toallas, que estaban extendidas en la playita y respiraron hondo varias veces. Brian, Dan, Jim y Laura los siguieron poco después.

—¡Qué divertido! —suspiró Trixie.

—Cierto —añadió sinceramente Mart—. Una diversión superior.

—Una manera estupenda de abrir el apetito —comentó Jim.

—Eso es una indirecta —dijo Honey—. Voy a preparar la comida mientras vosotros recuperáis el aliento y os cambiáis. Se levantó y fue hacia la rústica mesa de madera.

Pronto, todo el grupo estuvo sentado alrededor de ella, pasándose cuencos siempre llenos y platos rebosantes de comida.

—Creo que mamá le dijo a la señorita Trask que iba a prepararnos todo lo necesario para el almuerzo —dijo Trixie, mirando el montón de comida de su plato y la que todavía quedaba en las fuentes, sobre la mesa.

—Cumplió —dijo Honey riendo—. Pero ya conoces a la señorita Trask. Siempre quiere aportar su granito de arena.

—Creo recordar —añadió Jim, sirviéndose más ensalada de patatas—, que la señorita Trask dijo: «Es muy amable la señora Belden al invitaros. Le diré a Celia que prepare sólo un aperitivo para acompañar».

—Yo creo que aquí hay bastante material para alimentar a todo Sleepyside —comentó Trixie.

—Y es magnífico —dijo Laura Ramsey—. Sobre todo, la verdura fresca. Es muy difícil encontrarla en Nueva York.

—Nueva York es una ciudad hermosa, pero creo que me gusta más Sleepyside —observó Brian.

—No te lo reprocho; disfrutáis aquí de una vida maravillosa —le dijo Laura.

—Aunque tú debes llevar también una vida maravillosa en la ciudad —terció Di Lynch. Luego se tapó la boca arrepentida.

Laura sonrió, comprendiéndola.

—Así fue —dijo—, y así será otra vez cuando encuentren a mi padre.

—¿Trabajas en la ciudad? —preguntó Di, deseosa de enmendar su poco acertado comentario.

—Voy a la universidad —contestó Laura—. Estudio Filología inglesa en la universidad de Columbia. Mi padre quería, y quiere, que me dedique a los negocios, pero me temo que no tengo talento para eso. En cambio, me encanta leer.

—También a mí —dijo Di un poco avergonzada. Sus notas eran siempre una fuente de preocupaciones para ella y sus padres.

—A lo mejor este curso tenemos una buena profesora de literatura que nos haga mejores lectores —dijo Honey esperanzada.

—Quisiera haber traído un buen libro —suspiró Brian—. Estoy demasiado lleno para moverme. Tumbarme a la sombra con algo para leer sería magnífico.

—Tumbarme a la sombra sin un libro sería aún mejor —dijo Di.

—Después de que limpiemos la mesa —intervino Honey muy seria—. Entonces os podréis tumbar a la sombra el tiempo que queráis.

—¡Negrera! —protestó Mart—. ¡Oh! La que nos ha caído encima. Sin embargo, los hombres no trabajan hoy en Inglaterra.

Laura Ramsey se rió.

—Mart, pareces un verdadero poeta.

Mart Belden se sonrojó ante el cumplido de Laura, pareciéndose entonces a Trixie mucho más que de costumbre.

—Si parecía un poeta hace un momento, es porque estaba recitando a Shakespeare.

—¡Ah! —exclamó Laura—. —No sólo un poeta... ¡El mejor de todos!

—Indudablemente —asintió Mart, levantándose de la mesa con un cuenco en cada mano y llevándolos a la cesta.

Laura se levantó también, y empezó a apilar platos.

—¡Eh, eh! —le advirtió Jim—, tú eres la invitada. No tienes que ayudar a quitar la mesa.

Laura le dirigió una sonrisa.

—No te preocupes. Además, me sirve de ejercicio; he comido tanto...

—Si lo que quieres es hacer ejercicio, ¿qué te parece un paseo alrededor del lago? —le preguntó Jim.

Laura sonrió otra vez.

—Eso sería estupendo.

Jim y Laura se fueron juntos, mientras Trixie, furiosa, miraba

cómo se alejaban..

—Ella no tiene que ayudar porque es la invitada, pero ¿cuál es la excusa de Jim? —murmuró enfadada.

—Es uno de los anfitriones —repuso Honey, defendiéndolo—. Debe esforzarse por tener contenta a la invitada.

—Parecía feliz cuando estábamos bañándonos. Y durante la comida también dio la sensación de que no tenía absolutamente ninguna inquietud.

—Se porta de un modo admirable —dijo Di Lynch.

—O muy falso —masculló Trixie.

—¡Trixie Belden! —exclamó Honey dolida—. ¡No me digas que al final vas a dejar que te venza la envidia!

Trixie suspiró.

—No, no, tranquila. Laura Ramsey es una persona estupenda. Está escondiendo la pena de su destrozado corazón bajo una apariencia alegre. Necesita toda la ayuda del mundo —dijo Trixie como si estuviera recitando una lección aprendida de memoria—. Pero contéstame a esto: ¿cómo una estudiante de filología inglesa de la universidad de Columbia no reconoce unos versos de Shakespeare cuando los oye?

—¡Oh, Trixie! —gimió Honey impaciente—. Laura no dijo que no los reconociese.

—Pero no los reconoció —insistió Trixie.

—Bueno, nadie puede reconocer todo lo escrito por cada autor —respondió Honey.

—Eso quiere decir que aceptas que no reconoció el párrafo —puntualizó Trixie.

Honey se encogió de hombros.

—No, creo que no. Pero tampoco creo que eso sea para tanto —le dio a la tapa del tarro de pepinillos que estaba cerrando una vuelta más.

Las chicas continuaron limpiando la mesa en un silencio tenso. Luego Di fue junto a Mart, Brian y Dan a la sombra del embarcadero, mientras Honey se untaba bronceador y se tumbaba en la cala, al sol.

Trixie deambulaba clavando los dedos de los pies en la arena, intentando no pensar en nada. De repente se detuvo, al oír un ruido al otro lado de la cuesta. Subió agarrando las matas que crecían por

allí; por fin apartó el último arbusto que la separaba de la carretera, y vio un pequeño coche verde, abollado, que hacía un rápido giro y desaparecía raudo en una curva.

Lo observó, tratando de distinguir la matrícula, pero el polvo levantado por los neumáticos la ocultó.

Trixie bajó gateando la cuesta y corrió hacia el embarcadero, donde los demás seguían descansando.

—Alguien nos ha estado espiando —anunció.

Laura Ramsey gritó y se llevó la mano a la garganta.

—Por favor, Trixie, cálmate. ¿De qué estás hablando? —exigió Jim.

—Iba andando por allí —dijo Trixie señalando la arena—, y oí un ruido. Trepé por la cuesta justo a tiempo de ver un coche dando la vuelta y yéndose rápidamente.

—¿Y a eso llamas tú espiar? —preguntó Brian incrédulo.

—Bueno, ¿cómo lo llamas tú? —replicó Trixie.

—Lo llamo coche que va por la carretera —dijo Brian.

—¿Por qué iba a tener tanta prisa en irse, si no estaba espiando? —insistió Trixie, irritada.

—Porque estaba en una zona privada —dijo Jim—; mucha gente viene a curiosear, aunque el sendero del embarcadero tiene unos postes con un «No pasar». Resulta un lugar muy atractivo, especialmente con este calor.

—Claro —intervino Honey—, era alguien que venía a nadar, pero nos vio, o nos oyó, y se dio cuenta de que se podía meter en líos si lo sorprendían por aquí. Así que dio media vuelta y se largó. Es perfectamente lógico.

—¿Es lógico que aparquen allí y esperen, cuando ya hay dos coches aparcados? —insistió Trixie.

—Quizá decidieron esconderse hasta que nos fuésemos —aventuró Jim—. Luego podrían bajar y bañarse. Cuando fuiste hacia ellos, temieron ser vistos y se marcharon.

—Si estaban parados allí, observándonos, esperando que nos fuéramos, ¡eso es espiar! —saltó Trixie, triunfante.

—¡Ah!, mi detective adivino —dijo Mart indulgentemente—. Recopilando constantemente escasas circunstancias en una barahúnda de preocupaciones.

Trixie, furiosa porque sus amigos rehusaban tomarla en serio,

gruñó a Mart:

—Si estás diciendo que me estoy inventando un misterio, te equivocas. Sé de algunos misterios estupendos que están ocurriendo, en los que puedo inmiscuirme si me da la gana. Y están más cerca de casa que éste. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Por una vez, Mart no respondió. Abrió la boca, la cerró, y finalmente asintió con la cabeza.

Sabía que Trixie le estaba amenazando con dirigir su atención hacia su extraño comportamiento, y esto, al parecer, era algo que no quería que ocurriese.

Trixie se excede • 7

FUE JIM quien tomó la palabra.

—Si quieres usar la palabra espiar para describir a alguien que nos observa para ver cuándo nos vamos del lago y poder así bañarse, por mí, de acuerdo, Trix. Lo llamaremos espiar.

El despreocupado tono de Jim no tranquilizó a Trixie.

—Bueno, y entonces, ¿qué vamos a hacer? —exigió.

—Nada —dijo Jim.

—Pero... —empezó a protestar Trixie.

—Nada —repitió enérgicamente Jim—. Si quieres hacer algo, báñate otra vez antes de irnos a casa. Eso es lo que voy a hacer yo.

—¡Bravo, bravo! —gritó Mart, marchando con Jim al embarcadero.

Trixie se quedó de pie, incomprendida, viendo cómo se alejaban. Honey se acercó a su amiga y le pasó un brazo por los hombros.

—Me parece que eso de darse otro baño es una buena idea —dijo amablemente.

—Yo creo que es una idea vulgar, pero no se me ocurre otra mejor —reconoció Trixie—. No entiendo cómo puede admitir que nos han espiado y no quiera hacer nada.

—Lo único que ha admitido Jim es que quizá alguien estuvo observándonos, esperando a que nos fuéramos y así poder venir a nadar —la corrigió Laura Ramsey—. Sinceramente, en un día tan caluroso como éste, esa intromisión no debe ser legal, pero es completamente comprensible.

—Tienes razón —dijo Di—. Si no conociera a los dueños del lago, no creo que me mantuviera alejada de aquí algo tan insignificante como la llegada de otros.

Di parecía tan convencida que Trixie, a pesar de todo, comenzó a reírse.

—De acuerdo, Di. Si no ves nada malo en eso, cambiemos de

tema. Me olvidaré de los espías. Pero —añadió entornando los ojos cuando vio a Mart salir del lago— hay otros misterios a los que voy a echar el ojo.

Trixie se propuso estar en casa a la hora del reparto de correo, a la mañana siguiente.

Como siempre, Mart abrió la puerta trasera al acercarse la furgoneta del correo.

Trixie lo observó a través de la ventana de la cocina, y el corazón le latió con fuerza cuando vio que regresaba a casa con un gran paquete debajo del brazo.

Corrió la muchacha al armario del vestíbulo, abrió la puerta y comenzó a revolver las estanterías como si buscara algo. Como estaba de espaldas, no inquietó a Mart, que pasó con el paquete.

El truco dio resultado. Mart subió rápida y silenciosamente las escaleras. Afinando el oído, Trixie oyó cerrarse la puerta de su habitación.

Enseguida se despreocupó del armario; cerró la puerta, y se apoyó mientras meditaba el siguiente movimiento. Estaba convencida de que ese misterioso paquete tenía que ver con el extraño comportamiento de Mart desde hacía algunas semanas, pero no sabía qué hacer para averiguar lo que había en él. En el hogar de los Belden, las habitaciones eran consideradas territorio privado. Irrumpir en ellas sin pedir permiso estaba prohibido. Si llamaba a la puerta, Mart tendría tiempo suficiente para esconder el paquete antes de invitarla a entrar, e incluso podía no permitirle el paso.

Trixie meditó un momento sus posibilidades.

—Ayer Mart estuvo de acuerdo en que espiar, a veces, está bien. Hoy yo también voy a estar de acuerdo con eso —dijo en voz alta.

Subió las escaleras, atravesó el vestíbulo, llegó a la habitación de Mart, y agarró el picaporte con la mano derecha. Luego golpeó la puerta fuertemente dos veces con la mano izquierda, abrió la puerta y entró.

—¡Hola! —dijo con desenfado.

Mart fue cogido totalmente por sorpresa. Se hizo un lío tratando de guardar el contenido del paquete y a la vez intentando esconder la caja debajo de la cama. Cuando vio que la caja no cabía, se detuvo, bajó la cabeza un momento y luego la enderezó y levantó la

vista.

—¡Hola! —dijo sarcásticamente imitando el alegre tono de su hermana—. ¿A qué debo el honor de esta visita?

—Venga, Mart, ya sabes por qué estoy aquí. Siento haber irrumpido de este modo, de verdad, perdona. Pero me muero de ganas de saber qué hay en ese paquete, y por qué te has comportado de esa manera tan graciosa últimamente —confesó humildemente Trixie.

Mart la miró un momento con gesto de enfado, luego se relajó y adquirió una expresión tranquila.

—Actualmente, la subrepticia manera de comportarme no es mi fuerte —dijo—. Pero, como verás pronto, los inventos misteriosos del pasado reciente han sido motivados por la necesidad.

—¿Qué hay en el paquete? —insistió Trixie con impaciencia. Intuyó que Mart acababa de decirle que le iba a explicar todo, pero no quería sufrir primero un interminable rollo de explicaciones.

Mart levantó una mano como diciendo: espera un minuto.

—Primero —dijo—, ¡allá va! —cogió una revista de lo alto del armario y se la tendió a Trixie, que arrugó la nariz cuando vio la portada.

—¿Es ésta aquella estúpida revista infantil a la que te suscribe por un año el tío Mart todas las Navidades? ¿No crees que eres un poco mayor para leerla?

—Te aseguro que el contenido del texto es algo digno de la atención de mis progresivos planos intelectuales.

—¿Hay algo interesante en la contraportada de la revista? —quiso saber Trixie.

Mart movió la cabeza, y Trixie pasó a las últimas hojas, donde había docenas de anuncios con una letra tan diminuta que tenía que acercar la revista casi hasta la nariz para poder leerlos. «Cerraduras de oportunidad», «Dinero en su buzón», «Empiece hoy su profesión». Trixie interrumpió la lectura de los titulares y miró a Mart, todavía a dos velas sobre qué estaba tratando de decirle.

Mart fue hacia ella, pasó la página y señaló uno de los anuncios, enmarcado en rojo.

Trixie lo leyó para sí. «Ganancias garantizadas», decía el título. Debajo, añadía en letra pequeña:

Comience a ganar dinero en su propia casa por sólo 10,00

dólares. Le proporcionamos los materiales, usted lo monta y nosotros le compramos el producto final. 500% de beneficios garantizados por el montaje. Escriba hoy pidiendo detalles.

Seguía una dirección en la dudad de Nueva York. Trixie levantó la vista del papel.

—¿Les has escrito? —preguntó. Mart movió la cabeza afirmativamente Fue hada la mesa, abrió el cajón de arriba y sacó un sobre, que entregó a Trixie

Contenía una carta que la muchacha leyó en voz alta.

> Estimado señor Belden:
>
> Muchas gradas por haber contestado a nuestra petición de montadones para nuestros productos de regalo.
>
> En los años que llevamos en este negocio hemos llegado a confiar por completo en el montaje domiciliario como una sólida política económica. Gradas a este sistema, podemos mantener bajos nuestros gastos generales, ya que no necesitamos invertir mucho espado en locales para nuestros empleados. Al mismo tiempo, proporcionamos trabajo a personas que de otro modo lo encontrarían con dificultad o no lo encontrarían en absoluto.
>
> Con diez dólares, que apenas cubren los gastos de material, correo v embalaje, podemos enviarle todo lo que necesita para montar cinco placas de agradable decoupage, cada una de las cuales lleva el mensaje inspirado de nuestros fundadores: «La Declaración de Independencia».
>
> Se trata de uno de nuestros productos más vendidos, lo que hace que la cantidad que compramos sólo esté limitada por la cantidad que usted pueda producir. Una vez que los materiales estén completamente montados, no tiene más que enviárnoslos a Carlson Crafts, a franquear en destino, y recibirá cincuenta dólares a vuelta de correo, lo que supone un beneficio neto para usted del quinientos por ciento de su inversión.
>
> Esperando sus noticias, se despide de usted atentamente,
>
> John Brown
> Presidente de Carlson Crafts

P.S.: Preferimos trabajar únicamente con cincuenta montadores cada vez, no más, de modo que podamos prestarles una atención individualizada a todos y cada uno de ellos. Por ese motivo le recomendamos el rápido envío de su cheque.

Cuando Trixie terminó de leer, Mart cogió la caja que estaba junto a la cama, y la colocó en su regazo.

—Les mandé los diez dólares hace un par de semanas, y mis primeras cinco cometas llegaron hoy. ¿Ves? —Mart sacó de la caja planchas de madera, hojas de pergamino impresas con la Declaración de la Independencia, un bote de pegamento, y una hoja de instrucciones. Se los fue mostrando a Trixie. Su cara resplandecía de alegría, tanto que ni siquiera desconcertaba a su hermana con sus enrevesadas palabras.

—Es muy bonito —dijo ella despacio—. Pero no entiendo por qué lo has ocultado tanto.

Mart devolvió cuidadosamente los objetos a la caja y puso ésta de nuevo en el suelo.

—¿Necesito recordarte que nuestros padres son, podemos decir, conservadores desde el punto de vista financiero?

—¿Quieres decir que no aprobarían esta manera de invertir el dinero? —supuso Trixie.

—Exactamente —dijo Mart—. Y, por supuesto, tienen razón. La mayoría de estos rollos de hágase rico, no son más que eso: rollos. Te piden que mandes el dinero, pero no te dicen qué vas a recibir a cambio. Nunca ofrecen garantías. Pero Carlson Crafts lo aclara todo desde la primera carta, antes de pedir un centavo. ¡Y mi producto está garantizado!

Su excitación crecía. Mart saltó de la cama y fue a la mesa, volviendo con otro papel.

—Mira —dijo—, he estado haciendo números. Estoy seguro de que puedo hacer cinco planchas por semana. Eso es menos de una diaria, y equivale a cuarenta dólares por semana. Supongamos que trabajo cincuenta semanas al año, lo cual me permite dos semanas libres, por si nos vamos de vacaciones. Esto quiere decir que voy a

ganar dos mil dólares por año. Esto es, seis mil dólares antes de que termine el bachillerato. Puede que más, si consigo aumentar mi destreza y velocidad con el tiempo.

Trixie dejó de mirar el papel lleno de números, para fijarse en los brillantes ojos azules de Mart.

—Parece sencillo —admitió—. Pero no entiendo por qué estás deseando ganar todo ese dinero. ¿Qué vas a hacer con él?

—De momento está la universidad —dijo Mart—. No podemos permitir que papá cargue con los gastos de los cuatro. ¡Eso es una fortuna! Y luego…

—¿Luego qué? —preguntó Trixie—. Decías que ibas a trabajar en el colegio que proyecta Jim. Tiene todo su capital en depósito reservado para el colegio. Estoy segura de que te pagará un buen sueldo.

Mart gruñó con impaciencia, se levantó de nuevo, y empezó a pasear por el cuarto.

—Ese proyecto me ha estado preocupando últimamente —confesó.

—¿Qué proyecto? ¿El colegio? ¿Quieres decir que ya no te interesa trabajar en el colegio? —preguntó Trixie incrédula.

—No, no, no es eso —le aseguró—. Lo del colegio me parece una idea magnífica, y es estupendo que Jim guarde todo su dinero para eso. Ése es el problema. He estado recordando que Jim vivió muchos años de estrechez, humillado por aquel vil padrastro. Cuando heredó la fortuna de su tío, habría sido la cosa más natural del mundo que la reservara para vivir bien, para viajar y comprarse coches caros y demás caprichos. Pero no lo hizo. Guardó el dinero para ofrecer algún día, cuando termine los estudios, hogar y educación a niños tan desamparados como él lo fue.

Trixie asintió, tragando con dificultad, como si se le hubiera formado de repente un nudo en la garganta.

—De acuerdo, es maravilloso —dijo suavemente—. No entiendo por qué no quieres tomar parte en ello.

—¡Sí quiero! —exclamó Mart—. Ése es el asunto. Quiero ser parte real de ello. No quiero ir al colegio, y estudiar después agricultura con el dinero de papá, y luego ser profesor aprovechándome del de Jim. Él va a destinar toda su herencia al proyecto. Yo también quiero contribuir con algo.

—¡Ah! —suspiró Trixie, cuando al fin comprendió la preocupación de Mart. Se levantó y abrazó a su hermano, que por primera vez no se apartó—. Mart, es muy bonito que pienses de esa manera y quieras cooperar. Pero a Jim no le importa en absoluto que vayas al colegio sin un centavo. Es tu tiempo, tu dedicación y tu cerebro lo que le interesa.

—Puede que a él no le importe —murmuró Mart—, pero a mí, sí.

Trixie movió la cabeza, sentándose de nuevo.

—Bueno, si a ti te importa, tienes que hacer algo —miró la caja de Carlson Crafts—. Esto es una manera de empezar, supongo.

—Claro —dijo Mart recuperando su entusiasmo—. ¡Una ganancia del quinientos por cien, garantizada! ¿Qué puede haber más fácil?

—Mmm —dijo Trixie, dejando que Mart lo interpretara, si quería, como un signo de asentimiento. Sin embargo, lo que realmente estaba pensando era que la última vez que oyó decir a alguien ¿qué puede haber más fácil? había sido Honey, hablando de la devolución de la cartera de Anthony Ramsey. Y el asunto se había complicado. Más aún, estaba resultando muy molesto, al menos para Trixie. No sabía por qué intuía que el proyecto de Mart también debía ofrecer dificultades. Pero comprendía sus sentimientos demasiado bien como para aguarle la fiesta.

—Está garantizado —dijo en el tono más optimista que pudo.

—Exactamente —aseguró Mart con un vigoroso movimiento de cabeza.

—Bien —dijo Trixie por último, levantándose y yendo hacia la puerta—, buena suerte.



—Tu ímpetu apasionado por mi éxito es apreciado, pero superfluo —dijo Mart vivamente—. Sin embargo, debería pedirte que intentases mantener el carácter clandestino de la operación, al menos hasta que haya llegado mi primera remuneración.

—Guardaré el secreto —prometió Trixie. Salió de la habitación y cerró la puerta tras ella.

El misterio del extraño comportamiento de Mart estaba resuelto, pero el desvelarlo no consiguió que Trixie se sintiera mejor. Por un lado, no quería estar mezclada en otro secreto. Ya era bastante difícil no poder decirle a nadie lo de la trastienda del señor Lytell. Iba a ser todavía más difícil ocultar a sus padres lo que sabía del proyecto de Mart, especialmente cuando había manifestado tanta curiosidad por él en los días anteriores. Pero persuadir al señor Lytell para que le prestara el dinero a Laura Ramsey con su

coche como garantía había sido idea suya. Y también el irrumpir en la habitación de Mart. Esto, como muy bien comprendía, reforzaba su responsabilidad de guardar esos secretos.

Algunas veces creo que no debería ser tan honesta —pensó Trixie—. *¡O tan curiosa!*

Vuelve el coche verde • 8

PARADA EN EL VESTÍBULO, perdida en sus pensamientos, Trixie se enteró sólo a medias de que el teléfono estaba sonando abajo. Volvió a la realidad gracias a la voz de Brian.

—¡Trixie! Te llaman por teléfono. Es Honey.

Trixie bajó las escaleras y cogió el auricular.

—¡Hola, Honey! —dijo— ¿Alguna nueva noticia?

—No hay novedades en el caso Ramsey, si es eso lo que quieres decir —contestó Honey—. Te llamaba para decirte que Jim va a llevar a Laura a la ciudad esta barde, para comprar unas cosas. Yo también iré, aunque sólo sea por que hace un montón que no voy a la ciudad. Pensé preguntarte si querías venir.

—Lo consultaré con mamá —dijo Trixie—, pero estoy segura de que me dejará. ¡Caramba, creo que hace como poco dos semanas que no piso Sleepyside! Será mejor que vaya hoy; si no, no voy a recordar el camino cuando empiece el colegio el mes que viene. ¡Tendré que ir siempre acompañada, o prenderme mamá una nota en el abrigo antes de salir!

A través del cable telefónico, le llegó la risa de Honey.

—Trixie, no creo que eso sea tan malo, teniendo en cuenta que tu sentido de la orientación no es mucho mejor que el mío. Sin embargo, estoy contenta de que vengas. Te recogeremos sobre la una y media.

—Estaré lista —prometió Trixie. Colgó el aparato, moviendo la cabeza, aturdida al recordar el tiempo que hacía que no iba a la ciudad.

Crabapple Farm estaba sólo a dos millas de Sleepyside, y su padre iba todos los días a trabajar al banco. Brian y Mart hacían el viaje también a menudo, para ir a la biblioteca o a hacerle recados a su madre. Sin embargo, para Trixie, los paseos y las tiendas de Sleepyside no ofrecían el encanto de los establos de los Wheeler, el

lago y el embarcadero, o el club de los Bob-Whites, enclavado en una aislada arboleda de la extensa finca de los Wheeler.

Me pregunto si Honey y yo tendremos que mudarnos a una gran ciudad cuando abramos la agencia de detectives Belden-Wheeler —pensó Trixie—. *De momento, tendremos que vivir en una ciudad mayor cuando estemos en la universidad* —arrugó la nariz con disgusto—. *Preferiría quedarme aquí, pero supongo que convertirme en una experimentada detective es más importante* —se permitió un pequeño gruñido ante la necesidad de dejar una cosa por la otra, y luego fue a decirle a su madre que irían a la ciudad.

Cuando la ranchera apareció en el camino, Trixie ya estaba preparada, como prometió, provista con una pequeña lista de recados para su madre y una muestra de tela para igualar un ovillo de fibra.

Corrió al coche. El bolso, que no usaba desde junio, le rozaba incómodamente en la cadera. También, le molestó que Laura Ramsey viajara otra vez en el asiento de delante con Jim, mientras Honey iba sentada atrás.

—Mamá me ha dado una lista de encargos —le dijo a Honey después de sentarse—. Espero que todas las tiendas sigan en el mismo sitio.

—No creo que Sleepyside haya cambiado demasiado en dos semanas —replicó Honey—. ¡En realidad, no creo que haya cambiado nada en los últimos cincuenta años!

—Bueno, si nos separamos, será mejor que mandes al sargento Molinson a buscarme —bromeó Trixie—. ¡Aunque no creo que buscara mucho! Debe pensar que desaparecerían todos sus problemas si Trixie Belden se perdiera.

La seria pose de Honey se descompuso, y rompió a reír.

—Por otra parte —comentó— sería mejor que él te resolviera tus problemas, que no al contrario.

Trixie se contagió de la risa de Honey, sintiéndose un poco culpable. Varias veces el sargento Molinson había advertido a los Bob-Whites —y a Trixie en especial— del peligro de verse involucrados en asuntos policiales. Una y otra vez los Bob-Whites habían ignorado sus advertencias, diciéndose que no tenían alternativa. Sin embargo, el resultado era normalmente que los casos se resolvían más rápido que del otro modo, y el sargento

Molinson solía ser requerido a horas intempestivas para hacerse cargo de los criminales.

—Pensándolo bien —dijo Trixie con un gesto afectado—, sería mejor que me dejases por ahí perdida. Creo que preteriría eso a una bronca del sargento.

Las chicas se callaron un momento, imaginándose lo que podría decirle el sargento Molinson a Trixie si la encontrara vagando perdida en la diminuta ciudad de Sleepyside-on-the-Hudson. Entonces Trixie se dio cuenta de que Jim estaba dando un rodeo innecesario para llegar al centro comercial.

—¿Adonde vas, Jim?— preguntó con curiosidad, inclinándose hacia delante.

—A la zona comercial.

—Ya —dijo Trixie—, pero ¿por qué tomas este camino tan largo?

—Pensé que a Laura le gustaría dar una vuelta viendo

el paisaje de Sleepyside —respondió. Su tono de voz era

tranquilo, pero Trixie percibió cierta tensión en él. También notó que agarraba tan fuertemente el volante que los dedos estaban lívidos.

Tuvo una repentina corazonada. Trixie giró en el asiento y miró hacia la carretera. Un pequeño utilitario verde marchaba discretamente tras ellos.

—Nos van siguiendo, ¿verdad? —dijo, volviéndose y agarrando el respaldo del asiento delantero con ambas manos.

—Eso parece —admitido Jim—. Pero no quería inquietaros.

Trixie se recostó en el asiento y permaneció callada.

Progresivamente, Jim dejó de acelerar hasta que casi se puso al ralentí. El coche verde siguió su marcha y los pasó, continuando carretera abajo hasta que finalmente desapareció de su vista.

Honey exhaló un suspiro de alivio.

—¡Eh! ¿Veis? No nos estaban siguiendo, no era nada —dijo.

—Sí, sí nos seguían —la corrigió Trixie—. Sólo que no querían descubrirse. Cuando Jim aminoró la marcha tuvieron que pasar, para no o delatarse. Pero puedo aseguraros que nos estaban siguiendo. Es más: ¡era el mismo coche que vi ayer en el embarcadero!

Honey abrió la boca y Laura Ramsey se dio la vuelta, mirando

pasmada a Trixie.

—Trixie, es un modelo y y un color muy corriente —le advirtió Jim.

—No me importa —dijo Trixie con orgullo—. Es el mismo coche. ¡Lo sé!

—De acuerdo, de acuerdo —cedió Jim con prudencia—. No quiero pelearme por eso. Pero tampoco quiero intranquilizaros por nada.

Quieres decir que no quieres intranquilizar a Laura Ramsey —pensó Trixie, celosa. Cruzó los brazos obstinadamente. No diría nada más sobre el coche verdee, pero no iba a dejarse persuadir de que aquel coche no era el mismo que había visto el día anterior en el embarcadero.

El mal humor y un gesto adusto sustituyeron al desenfado anterior. Cuando Jim enfiló la calle principal de la ciudad y aparcó, Trixie se separó de los otros y fue de tienda en tienda, ocupándose de los recados de su madre, obsesionada con lo que había sucedido en el camino. Trixie estaba acostumbrada a que sus amigos no la tomaran en serio. A veces, debía admitirlo, tenían razón. Pero esta vez, sabía que estaba en lo cierto. También le constaba que las repetidas negativas de Jim iban destinadas a despreocupar a Laura Ramsey.

—Creo que protegerla del peligro es más importante que despreocuparía —murmuró Trixie.

Una dependienta la observó.

—¿Te puedo servir en algo? —pregunteo.

—Sólo estoy mirando —respondió automáticamente Trixie—; quiero decir, no, digo sí, quiero un ovillo de esta fibra, por favor.

La dependienta lo tomó en su mano con cuidado, como si fuera el culpable de la confusión de Trixie. Le dijo el precio, tomó el dinero de Trixie y le dio una bolsita de papel con el producto dentro.

Trixie lo metió en su bolso, marchándose de la tienda al momento, para evitar más sonrojos.

Fuera, en la acera, revisó la lista que su madre le había dado y se dio cuenta de que ya había acabado. Fue a Wimpy's, donde había quedado con los otros, se sentó en un rincón y pidió un refresco. Picoteó furiosamente el hielo con la paja, buscando razones para

forzar a los otros Bob-Whites

a aceptar su punto de vista. No se le ocurrió nada. El problema era que, aunque estaba segura de que los Bob-Whites habían sido espiados y seguidos, no se podía imaginar por qué.

Si Anthony Ramsey estaba secuestrado, sus secuestradores mandarían notas de rescate, no espías. ¿Y si hubiera desaparecido por una crisis nerviosa? ¿Contrataría a alguien que vigilara a su hija, para asegurarse de que todo iba bien? Trixie consideró esta idea brevemente y luego meneó la cabeza. No sabía mucho de crisis nerviosas, pero estaba segura de que, si ésta era la causa de la desaparición de Anthony Ramsey, no estaría en condiciones de poner a alguien a vigilar a su hija. A lo mejor, ni siquiera recordaba que tenía una hija. O, si lo recordaba, ¿no habría dicho a alguien que se pusiera en contacto con ella, para hacerle saber que estaba bien, o asegurarse de que tenía suficiente dinero?

Trixie hizo círculos en el vaso con la paja desencadenando un remolino semejante al que formaban sus pensamientos.

Cuando Laura, Honey y Jim entraron riéndose y charlando, como si no pasara nada, Trixie se levantó y fingió una sonrisa de bienvenida. *Si no puedes matarlos, únete a ellos* —pensó, dispuesta a animarse.

—Sleepyside es realmente una ciudad preciosa —dijo Laura Ramsey—. Es tan limpia, y la gente tan amable y tranquila... Es muy diferente de Nueva York.

—Me alegro de que pienses así —dijo Honey satisfecha—. No me gustaría que todos tus recuerdos de estos días entre nosotros fueran desagradables.

La cara de Laura se ensombreció un momento; luego le devolvió a Honey la sonrisa y apoyó la mano en su brazo.

—-Tendré muchos recuerdos agradables cuando me vaya de Sleepyside —dijo—. Tus amigos se han portado maravillosamente conmigo. Como ya te dije, eso significa mucho para mí. He aprendido que todavía hay en este mundo gente en quien confiar.



Trixie tragó saliva con dificultad recordando que las preocupaciones de Laura Ramsey habían comenzado semanas antes de la desaparición de su padre. Puede que Jim y Honey tuvieran razón al tratar de mitigar su pesadumbre. Se dio cuenta de que todavía no había hablado con ellos en privado. Lejos de Laura, debían estar más dispuestos a admitir que el coche verde era un motivo de preocupación.

—¿Puedo ir a Manor House con vosotros? —preguntó—. Se me han ocurrido un par de cosas que me gustaría añadir a mi declaración.

—Claro —dijo Jim. Levantó el vaso y apuró el final de su bebida —. Vámonos.

Camino de casa, Trixie se propuso ser discreta y no decir nada inconveniente, pero no pudo resistir volverse un par de veces, por si veía el coche verde. Ni rastro de él.

En la puerta de Manor House, la señorita Trask los recibió con la noticia de que Mark McGraw quería hablar con ellos.

—Está esperando en la biblioteca —dijo.

Los cuatro jóvenes fueron hacia allí.

—¿Hay novedades? —le preguntó Laura ansiosamente.

McGraw hizo un gesto equívoco.

—He estado todo el día curioseando por la ciudad, y me he puesto al habla con mis contactos por todo el Estado. He avanzado algo, pero no hay nada definitivo que merezca decirse por el momento. Creo que debo seguir investigando por aquí antes de volverme a la ciudad.

Laura se dio la vuelta alejándose del detective; fue hacia la ventana. Los hombros le temblaban.

—Han estado siguiéndonos —soltó Trixie de repente.

McGraw inclinó la cabeza.

—¿Tú crees? —preguntó escéptico.

Trixie le contó con todo lujo de detalles la aparición del pequeño coche verde en el embarcadero y camino de Sleepyside. Cuando terminó, el detective parecía menos incrédulo. Sacó su pequeño block de notas del bolsillo.

—¿Qué marca y modelo era? —preguntó.

Jim se lo dijo.

—¿Recuerdas la matrícula?

Jim le dio la información. Trixie lo miró agradecida. Aunque no creyera que el coche fuese sospechoso, se había fijado y recordaba la matrícula. ¡Había hecho mucho más que ella!

Por primera vez, McGraw parecía interesado, casi excitado.

—Esto no ha sido detectado por ninguno de mis contactos. ¿Tenéis alguna teoría sobre...?

—Yo sí —dijo Laura Ramsey, yendo hacia ellos—. He estado dándole vueltas todo el día, siempre vienen a mi mente los mismos pensamientos. Debe de ser Frank Riebe, o un detective que habrá contratado para encontrarme.

—¿Por qué iba a hacer eso? —preguntó Trixie.

—Como ya te dije, si Frank prueba que mi padre ha desaparecido sin dejar rastro, podría hacerse con la compañía. Si sospecha que la historia que le conté a Esther no es cierta, lo primero que haría sería contratar a un detective para descubrir la verdad.

El detective movió la cabeza.

—Eso tiene sentido —dijo—. Buscaré esa matrícula. Mientras tanto, lo más importante es evitar cualquier contacto con ese detective, o quien sea. Intentará cogeros por sorpresa.

—¿Co... cogernos? —tartamudeó Honey, abriendo desmesuradamente los ojos.

El detective movió una mano, como para alejar su temor.

—No quiero decir cogeros físicamente, sino que puede aparecer de repente, de forma inesperada, y haceros alguna pregunta capciosa, esperando que se os escape información sobre Laura: qué hace aquí, dónde está su padre... Los detectives son muy molestos, creedme —sonrió McGraw—. La única manera de no picar es evitarlos. ¡Permaneced alerta!

—Pero no ha estado suficientemente cerca como para conseguir de nosotros ninguna información —protestó Trixie.

—Te equivocas —replicó McGraw, en el tono que Trixie usaba a veces con Bobby—. Ha estado lo bastante cerca como para identificar a Laura Ramsey mediante una fotografía. Éste sería, lógicamente, su primer paso, ¿no crees?

Trixie miró al suelo y asintió sin hablar.

Pensó que debía serlo para un verdadero detective pero ella habría empezado preguntando directamente... y obteniendo un

montón de información equivocada sobre la persona.

McGraw sacudió la cabeza como si estuviese intentando quitarse de encima un insecto molesto, y guardó el cuaderno de notas en el bolsillo.

—Buscaré esta matrícula —repitió—. Y recordad: no dejéis que el detective se acerque a vosotros, ni comentéis con nadie por qué está la señorita Ramsey en Sleepyside.

Con un breve saludo, el detective abandonó la habitación.

—Me alegro de que sospecharas del coche verde —le dijo Jim a Trixie con voz tranquila.

—Yo también —agregó Laura Ramsey—. Iba a disimular mis sospechas para no causar más preocupaciones. Pero ahora comprendo que, si lo hubiera hecho, habría ido directamente a las manos de Frank Riebe.

—Casi seguro —dijo Jim.

La tensión que Trixie acumulaba en el pecho desde que había visto el coche verde el día anterior, desapareció. Tenía razón, después de todo, y ahora los otros lo reconocían.

—¿Quieres ir a mi habitación para retocar tu declaración? —le preguntó Honey.

Trixie miró a su amiga un poco aturdida. Excitada por lo que acababa de ocurrir, había olvidado por completo la disculpa inventada para hablar a solas con Honey. Entonces le asaltó otra idea.

—¡Oh, sí, claro! —contestó—. Vamos.

En cuanto estuvieron solas en el cuarto de Honey, dijo Trixie:

—Realmente, no tenía nada que añadir a la declaración. Necesitaba una excusa para hablar contigo. Quería saber si tú también pensabas que no resultaba sospechoso el coche verde.

—Me pasó lo mismo que a Laura —dijo Honey—; sospeché, pero no quería admitirlo. Porque complicaría las cosas. Estaba equivocada, como nos ha demostrado el señor McGraw.

—Eso no es lo más importante —dijo Trixie nerviosa—. De lo que te quiero hablar es de lo que no le enseñamos —Honey frunció el ceño, confusa, y Trixie continuó—: ¡Honey, nuestras declaraciones! Las olvidé por completo hasta que se fue, cuando las mencionaste. ¡Ni siquiera preguntó por ellas!

—Bueno, tampoco se las ofrecimos —apuntó Honey—. El coche

verde era tan importante que fue en lo único que pensamos todos. Además, era uno de los encargos, ¿recuerdas? Se suponía que debíamos decirle si veíamos a algún extraño en la ciudad.

—¿Y nuestra declaración? —exigió Trixie.

Honey dudó por un momento.

—El señor McGraw dijo que necesitaba la declaración como prueba en el juicio. Seguramente no está preocupado por él ahora. Quiero decir, que ni siquiera ha descubierto quién está involucrado, y mucho menos detenido a nadie. Probablemente, ni siquiera ha tenido tiempo para pensar en el juicio…

—¿Y el mapa? —preguntó Trixie insistente—. Le corría prisa. Pronto volverá a Nueva York, y no habrá hecho aquí nada útil.

La reflexión de Honey fue ahora más larga. Al fin dijo:

—De acuerdo, tienes razón. McGraw debió preguntarnos por el mapa. Pero ¿adonde quieres llegar?

Trixie se acarició la barbilla con gesto desafiante.

—No creo que McGraw se haya olvidado de pedirnos el mapa. Ni creo que pensara pedimos esos informes. Me parece que solamente nos los pidió como un trámite, ¡para mantenernos alejadas de su camino!

Trixie se hace preguntas • 9

HONEY WHEELER, dispuesta, como siempre, a considerar todas las posibilidades, trató de hacer cambiar de opinión a Trixie sobre las intenciones de Mark McGraw, pero Trixie no quiso aceptarlo.

—El único que puede hacerme cambiar de opinión sobre Mark McGraw es Mark McGraw —declaró Trixie—, y de la única manera que puede hacerlo es pidiéndonos esos informes.

—Dijo que estaríamos en contacto —repuso Honey—. Se lo podemos recordar la próxima vez...

—¡No! —interrumpió Trixie, vehemente—. Eso no probaría nada. Por supuesto que los cogería si se lo recordásemos. Incluso puede que nos mandara hacer otros tan

innecesarios para mantenernos ocupadas. Pero eso no querría decir que desease nuestra ayuda o que tuviese intención de aprovechar nuestro trabajo.

Honey frunció el ceño. Era reacia a pensar mal de alguien, pero tenía que admitir que el argumento de Trixie parecía correcto.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó.

—Yo no voy a hacer nada más —dijo Trixie con firmeza—. No sabes cuánto tiempo o he estado buscando a un detective de verdad para ayudarle a resolver un caso. Pero, si no quiere nuestra ayuda, y estoy segura de que no la quiere, se acabó. No ayudaré. No me preocuparé. Ni siquiera pensaré en ello.

—¿Me estás tomando el pelo? —le preguntó Honey incrédula.

—No —respondió Trixie—. Ni siquiera he estado real

mente metida en el caso. McGraw dejó que pensara que sí. Estoy aceptando la realidad, eso es todo.

Honey la miró casi llorando.

—Trixie, hasta ahora no nos habíamos echado atrás ante ningún misterio —dijo—incluso cuando todo el mundo nos decía que era imposible para nosotras resolverlo...

Trixie se encogió de hombros.

—Puedes trabajar en el caso si quieres —dijo—, pero yo no pienso volver a acordarme de él.

—¿Y si McGraw nos pide los informes sin recordárselo?

Trixie vaciló un momento.

—Supongo que debería cambiar de opinión si ocurre eso —dijo —, pero no creo que ocurra.

Mientras caminaba por el sendero hacia casa, Trixie sopesó sus propios sentimientos por la decisión que acababa de tomar. En conjunto, concluyó que no se sentía tan mal como imaginaba. Además, estaba decepcionada, porque sus sueños de trabajar con un detective se habían desvanecido. Por otra parte, se sentía muy humillada porque McGraw no la había tomado en serio.

Ya no ayudaría a Laura Ramsey. Ahora se daba cuenta de que había algo en la joven que no le gustaba, algo más profundo que sus celos provocados por la atención de Jim.

Otra vez volvían sus dudas, pero rechazó esas elucubraciones.

—No más misterios por ahora —se dijo—. Me quedaré con mis conservas, el jardín y cuidando niños. No es tan excitante, pero tampoco resulta muy aburrido.

Mantuvo su resolución todo el día siguiente y casi toda la mañana del otro. En realidad, en su determinación de olvidarse de los misterios, olvidó por completo el que había desentrañado en su propio hogar.

Cuando Mart llamó a la puerta de su cuarto estaba leyendo tranquilamente un libro y dijo:

—¡Adelante! —Trixie, de momento, no se dio cuenta de por qué la quería ver. Luego, acordándose de la nueva empresa de su hermano, saltó de la cama y lo siguió a su cuarto.

—Mira —dijo señalando hacia la mesa. Las cinco tablas estaban esparcidas sobre ella. Trixie las examinó de cerca. *Son muy bonitas* —pensó, aunque el barniz había saltado en varios puntos en algunas de ellas.

—Se las mandaré hoy a Carlson Crafts —dijo Mart casi susurrando—; mi cheque llegará en un par de días.

—Es estupendo, Mart —alabó Trixie. Su voz sonó fuerte en el silencio del cuarto.

Mart movió la cabeza.

—No me han llevado tanto tiempo como pensé. Realmente no me sorprendería montar dos lotes por semana en lugar de uno. Esto quiere decir que puedo duplicar los beneficios. Podré pagarme toda mi estancia en la universidad. De hecho, incluso podré ayudaros a ti y a Bobby. Estaba pensando que también puedo seguir con esto cuando trabaje en el colegio de Jim. Entonces ni siquiera necesitaré un sueldo. Podré mantenerme con este montaje.

—Jim no aceptaría eso —objetó Trixie.

—Ya lo sé —dijo Mart—, pero con mi sueldo podemos dar becas a los chicos más necesitados.

Trixie volvió a mirar las cinco planchas. Pensó que parecían una base demasiado pequeña para los desorbitados sueños que Mart había construido sobre ellas.

—Espero que todo marche tal y como lo has planeado —fue todo lo que pudo decirle, sinceramente a su hermano.

—Yo también lo espero —respondió éste muy serio.

Trixie dio unas palmaditas a su hermano en el hombro y salió del cuarto. Pensó paral sí que el comportamiento humano era el misterio más complicado del mundo. Comenzó a bajar las escaleras paira tomar un vaso de té granizado. Estaba en el último escalón cuando sonó el timbre.

—Yo iré —gritó, para que ha oyesen.

Al abrir la puerta, vio a un joven delgado, vestido de sport, en el porche. Tenía un lápiz detrás de la oreja y un cuaderno de notas debajo del brazo.

—Buenos días —dijo amablemente—. Mi nombre es Burt Anderson. Trabajo en la oficina del censo. ¿Puedo hacerte unas preguntas sobre tu familia?

—Claro —dijo Trixie—. Perro si prefiere hablar con mi madre...

—¡Oh, no! —atajó rápidamente—. Las amas de casa tienen demasiado trabajo para detenerse a contestar unas preguntas. Seguro que tú puedes darme la información que necesito.

Cogió un folio, que ya estaba garabateado, y lo puso sobre el montón. Luego, apoyando el lápiz sobre la hoja, preguntó:

—¿Primer apellido?

—Belden —dijo Trixie al momento.

—B-e-l-d-e-n —deletreó.

—¿Cuántos sois en la familia? —preguntó.

—Cuatro. Bueno, seis contando a mis padres —dijo Trixie.

El hombre asintió.



—Cuatro hijos, dos adultos —murmuró para sí mientras rellenaba el formulario.

—Nombres y edades.

—Mi padre es Peter Belden. Tiene treinta y nueve años —comenzó Trixie.

—¿A qué se dedica, por favor? —preguntó el funcionario llenando cuidadosamente los espacios.

—Es banquero —dijo Trixie.

—Mmm —el hombre pareció impresionado—. Sigue —añadió.

Trixie dudó un momento, no muy segura de cómo seguir.

—El nombre de mi madre es Helen —dijo— y tiene treinta y siete años.

—¿Trabaja fuera de casa? —preguntó el joven.

—Bueno, tiene un jardín muy grande —dijo Trixie.

El hombre se rió.

—No, no. Quiero decir que si tiene otro trabajo, aparte de ser ama de casa y madre.

—¡Oh no! —Trixie sintió que estaba comenzando a ruborizarse.

—Es una pregunta equívoca —le dijo el joven—. Antes solíamos preguntar simplemente si trabajaba. Entonces la gente aclaraba de inmediato que una madre ama de casa trabaja más duramente que muchos flamantes ejecutivos. De ahí la modificación. Pero me temo que todavía no está muy claro. Ahora, los nombres y edades de los hijos.

—Brian es el mayor. Tiene diecisiete años. Mart (Martin) tiene quince. Yo tengo catorce. Bobby (Robert) es el pequeño, tiene seis años —informó Trixie.

—¿Y cuál es tu nombre? —le preguntó el joven.

Ella se puso colorada de nuevo.

—¿Necesita saber mi verdadero nombre?

El hombre la miró extrañado.

—¿Es que usas otro?

Se llenó de vergüenza. Sabía que lo estaba estropeando cada vez más. Debería haberle dicho inmediatamente que odiaba su verdadero nombre; al menos así habría zanjado la confusión.

—Mi verdadero nombre es Beatrix —dijo finalmente, de mala gana—. Pero todo el mundo me llama Trixie.

—Es comprensible.

Trixie gruñó. Al menos el funcionario tenía sentido del humor.

—¿Tienes algún invitado en casa ahora? —preguntó.

Trixie movió la cabeza.

—¿Por qué necesita saber eso? Quiero decir, no es para tanto contar a la gente dos veces.

—Necesitamos estar seguros de que sólo contamos a la gente una vez —explicó el hombre. Después de todo, si alguien está de visita en algún sitio, obviamente no está en su casa, ¿no? Y no figuran en el censo de su distrito. Si puedo hablar con ellos, consigo recoger información sobre su casa y mandarla a la oficina de su distrito. Así elaboramos el censo lo más exacto posible.

Trixie asintió despacio, reflexionando sobre lo que el hombre acababa de decir.

—Eso está muy bien, pero ahora no tenemos ningún invitado. Lo siento.

—¡Oh! Eso a mí me da igual —le aseguró el joven. Me pagan por horas, no por nombres. Bueno, gracias —añadió, volviendo a poner el lápiz sobre la oreja.

—De nada —respondió Trixie. Luego añadió—: Por cierto, ¿para qué sirve un censo?

—¿Para qué? —el hombre la miró pasmado—. Ah, quieres decir, ¿para qué se usa la información? —viendo que Trixie asentía, prosiguió—: Pues para todo tipo de cosas. Programas para colegios, por ejemplo. Sabiendo cuántos niños hay en una zona, y sus edades, los distritos escolares pueden decidir si necesitan construir más colegios y contratar más profesores, o empezar a echar a éstos y cerrar colegios. Una población creciente significa aumento de carreteras, bibliotecas, piscinas y todo tipo de servicios.

De nuevo Trixie asintió despacio, reflexionando sobre lo que el joven le había dicho.

—Entiendo —dijo—. Gracias por explicármelo.

Burt Anderson sonrió.

—No faltaba más. Como ya dije, me pagan por horas. Adiós.

—Adiós —contestó Trixie. Cerró la puerta y empezó a subir las escaleras. A mitad de camino recordó el granizado de té que iba a tomar cuando sonó el timbre. Giró sobre sus talones y volvió a bajar las escaleras, para ir a la cocina.

Al pasar por la ventana del comedor echó un vistazo afuera. Se quedó atónita al ver el coche en que se alejaba el hombre del censo.

¡Era el mismísimo utilitario verde que ya había visto antes dos veces!

McGraw pide ayuda • 10

TRIXIE corrió a la puerta, pero se detuvo al comprobar que no había ninguna posibilidad de alcanzar al coche verde. Miró a su alrededor, nerviosa, como si esperase encontrar por allí algo que le ayudase a decidir lo que podía hacer a continuación.

Por último, esforzándose por calmarse, se fue a la cocina, se sirvió el vaso de té frío y se sentó a la mesa. Apoyó en ella los codos y jugueteó con el pelo. El empleado del censo era el hombre del coche verde. El hombre del coche verde era, con toda seguridad, un detective contratado por el socio de Anthony Ramsey para encontrar a Laura. Entendía perfectamente aquellas dos premisas, pero no era capaz de encontrar la relación existente entre ellas.

De repente se levantó y golpeó la mesa con las dos manos.

—¡Invitados! —gritó. Ahí estaba la clave. Estaba segura. Las demás preguntas habían sido simples cortinas de humo para que Trixie no se extrañase cuando le preguntara lo que le interesaba.

Pero ¿qué era lo que esperaba descubrir? —se preguntaba Trixie. Seguramente, no estaría esperando que Trixie le dijese: Laura Ramsey está con mis amigos, los Wheeler, en Manor House, porque su padre ha desaparecido.

Trixie siguió pensando unos momentos y por fin creyó dar con la solución.

¡Naturalmente! —se dijo—. *Hemos partido del supuesto, porque lo dijo McGraw, de que el hombre del coche verde ya había localizado a Laura por una fotografía. Pero eso no tiene por qué ser así. En el lago, el hombre estaba bastante lejos y Laura tenía un aspecto distinto. Con el pelo mojado, éste parecía liso y más oscuro. Después, cuando nos siguió a Sleepyside, no pudo verla bien, porque iba en el asiento delantero.*

Haciéndose pasar por un empleado del censo, espera que alguien mencione su nombre. Y entonces ya ni siquiera necesitará comprobar la fotografía. Quizá no sepa que Laura está en Manor House, porque

siempre, cuando nos ha estado espiando, me ha visto a mí.

Trixie sonrió con satisfacción creyendo haber resuelto el problema…, pero luego suspiró y se dio una palmada en la frente, comprendiendo que no había resuelto lo que se dice nada de nada. Corrió al teléfono, descolgó el aparato y marcó el número de Honey.

Al responder Honey, le preguntó de golpe:

—¿Ha llegado el empleado del censo?

—¿De qué hablas, Trix? —preguntó Honey, lógicamente extrañada.

Trixie respiró hondo, esforzándose por hablar despacio y explicar la situación con claridad.

—El hombre del coche verde acaba de estar aquí, diciendo que era el empleado del censo —dijo, soltando las palabras como las cartas de una baraja, una por una—. No vi el coche hasta que se fue, por lo que contesté a todas sus preguntas. Una de ellas fue si teníamos algún invitado con nosotros. Estoy segura de que me hizo esa pregunta para que hablara de Laura.

A través del auricular oyó a Honey tragar saliva.

—El señor McGraw nos advirtió que los detectives utilizan métodos muy complicados e inesperados para conseguir la información que buscan. Estoy segura de que éste es uno de ellos —dijo.

—¿Habéis recibido la visita de algún empleado del censo últimamente? —volvió a preguntar Trixie.

—Yo no —contestó Honey—, pero he estado en mi habitación casi toda la mañana. La casa es muy grande y ni siquiera oigo el timbre la mayoría de las veces.

Trixie soltó un gemido de desencanto, pero a continuación hizo chascar los dedos, pues se le acababa de ocurrir otra cosa.

—Todavía no ha ido a tu casa, Honey. Si hubiese estado…, quiero decir, si hubiese estado ahí y alguien le hubiese dicho algo de Laura, no se habría molestado en venir aquí. Por lo tanto, estoy segura de que estamos a salvo. Pero vete enseguida y cuéntales lo que sucede; diles que es mentira que se trate de un empleado del censo. Pero que contesten a sus preguntas como si nada. De lo contrario, adivinaría que lo hemos descubierto. Que le digan que en la casa no hay invitados, y que Laura no se asome para nada.

—Lo haré —aseguró Honey. Se despidió y colgó.

Trixie volvió a la cocina para tomarse el té frío. Le latía aún con fuerza el corazón a causa de la emoción, pero se sentía tranquila porque el detective de Frank Riebe no obtendría la información que andaba buscando.

De todos modos, ha sido por los pelos —se dijo. Tomó un sorbo de té—. *El quedarse al margen de este asunto no va a ser tan fácil como imaginaba* —concluyó, marchándose a su habitación.

El viernes por la mañana, a Trixie la llamaron por teléfono cuando estaba en el huerto recogiendo tomates.

—¿Puedes venir ahora mismo? —le preguntó Honey impaciente.

—¿Para qué? —preguntó.

—Está aquí McGraw. l e he contado lo del empleado del censo. Quiere hablar contigo, para que le describas a ese hombre —le dijo Honey.

El corazón de Trixie se aceleró al pensar que Mark McGraw iba a interrogarla. Después recordó su decisión de mantenerse al margen.

—Le diré a McGraw que el hombre era joven y delgado, y que llevaba un lápiz en la oreja. Eso es todo lo que recuerdo.

—¡Trixie! —el tono de la voz de Honey era de impaciencia y de súplica—. Tienes que recordar algo más. Eres la única que lo ha visto y hablado con él.

—Pero estoy al margen del caso, ¿recuerdas? —preguntó con sorna.

— ¡Oh, no, ni hablar! —protestó Honey—. Dijiste que lo único que te haría volver a él sería que el señor McGraw pidiese tu colaboración. Pues eso es lo que acaba de hacer, ¿no?

—Es cierto —reconoció Trixie. Sentía una curiosa mezcla de emoción y aprensión. Le agradaba saber que el señor McGraw la necesitaba, pero, por otra parte, había algo que seguía sin gustarle de todo aquel caso... y de Laura Ramsey.

Finalmente, Honey cortó por lo sano.

—Ven lo antes que puedas —dijo, y colgó.

Trixie miró el teléfono sorprendida. Luego fue a decirle a su madre que se iba a Manor House.

Laura, Honey, Jim y McGraw estaban en la biblioteca. Al entrar, se colocó junto a Honey y Laura. Que el detective llevase el mismo traje mal cortado era un pequeño consuelo.

Sin mediar saludo alguno, el detective sacó su cuaderno de notas y llevó el lápiz a una página en blanco.

—Dime lo que sepas —pidió.

Lo arisco de la voz de McGraw hizo que Trixie se quedase titubeando.

—Era… era joven —tartamudeó.

—¿Cómo de joven? —volvió a preguntar McGraw.

Trixie se aclaró la garganta y puso en orden sus recuerdos.

—Yo diría que de unos veinticinco años. Tenía su misma estatura, pero muy delgado, muy flaco. El pelo era parecido al mío, y los ojos. Quiero decir que sus ojos eran también como los míos. La nariz era larga y afilada, pero no demasiado. Los labios, un poco finos. Lo que más me sorprendió de él fue que poseía un gran sentido del humor.

—¿Lo veis? —exclamó Honey orgullosa—. Dije que Trixie recordaría todo. Siempre lo hace.

—¿Cómo iba vestido? —preguntó Jim.

McGraw movió la mano dando a entender que no le importaba.

—Eso es lo de menos. Iría vestido como se supone que debe ir un empleado del censo.

—Exactamente —confirmó Trixie—. Llevaba una carpeta y un montón de impresos. El de encima estaba completamente relleno, como si acabase de salir de otra casa.

McGraw asintió.

—Parece un profesional de verdad. Muy bien —dijo.

—¿Y qué va a hacer usted ahora? —preguntó Trixie.

—Averiguar quién es —gruñó McGraw—. El número de la matrícula correspondía a un coche alquilado. Pero con esta descripción creo que podremos averiguar quién es y para quién trabaja.

—¿Cómo? —se extrañó Trixie.

McGraw la miró con cara de pocos amigos. Ahora que ya tenía la información que le interesaba, Trixie volvía a ser para él una niña metomentodo, según parecía decir con su mirada.

—Contactos —dijo.

—¡Ah! —contestó Trixie humildemente.

—Y, hablando de contactos —siguió McGraw, pasando de Trixie a Laura—, uno de mis informadores de Buffalo ha encontrado una

pista que convendría comprobar.

—¿De mi padre? —preguntó Laura inquieta.

McGraw ignoró la pregunta. Volvió a examinar el cuaderno de notas, conforme hablaba.

—Mi contacto me ha informado de que ha visto a un hombre que responde a la descripción de Anthony Ramsey. Fue en un restaurante barato frecuentado por gente de los bajos fondos. Parecía mal aseado, sin afeitar, todo eso. Y con él iban dos hombres, que no lo perdieron de vista ni un momento.

Laura tenía las manos apretadas contra el respaldo de la silla.

—¿Qué deduce usted?

McGraw carraspeó.

—Si ese hombre es su padre, podríamos afirmar que está prisionero de esos dos hombres.

—Pero ¿por qué? —la voz de Laura era apenas un suspiro—. No ha habido ninguna petición de rescate. ¿Qué es lo que quieren? ¿Por qué retienen a mi padre?

McGraw cerró su cuaderno de notas y lo golpeó rítmicamente contra la palma de la mano.

—Una cadena de establecimientos del estilo de la de su padre podría estar implicada en el asunto. Su negocio es conocido desde hace tiempo, y todo el mundo sabe que es honrado. Podrían utilizarlo para los fines del sindicato durante bastante tiempo antes de que se enterase la policía.

—¿Y para qué fines quiere el sindicato las tiendas? —ahora fue Honey la que preguntó; Trixie la miró con agradecimiento. Estaba pensando lo mismo, pero sentía repugnancia a ser el blanco de las frías miradas de McGraw.

—Aunque pueden utilizarlo de varias maneras, lo más probable es que quieran lavar dinero. Así, alteran las cuentas de los negocios legítimos, para introducir en ellos las ganancias ilegítimas, con lo que éstas acaban por parecer tan limpias como las otras.

—¡Oh! —gimió Laura—. No me hago a la idea de que las tiendas de mi padre vayan a servir para cosas como ésa.

—Tal vez él tampoco se haga a la idea —sugirió McGraw—. Digamos que la banda se ha acercado a él haciéndole una oferta: un porcentaje del beneficio, a cambio de usar sus tiendas. Su padre rehúsa. Ellos le hacen otra oferta. Vuelve a rehusar. Incluso los

amenaza con ir a la policía. Ahora conoce a la banda y no se la puede quitar de encima. Tiene contacto con ellos, y ellos no pueden dejarle ir. Entonces deben ser algo más duros para convencerlo.

—Pero ¿por qué habrían de hacerle una oferta a él? —preguntó Laura—. Acaba de decir usted mismo que las tiendas de mi padre tienen buena reputación.

—Tendrían alguna razón para pensar que se iba a aceptar su oferta —dijo McGraw—. Alguna buena razón, como tal vez les haya sugerido Frank Riebe.

—¡Frank! —la voz de Laura no podía ocultar su repugnancia—. He pensado tanto, intentando convencerme de que él no tenía nada que ver en todo esto... Pero cada vez encuentro más indicios de su intervención, de que él está detrás de todo.

—Creo que nos estamos desviando del tema —comentó Jim—. Han visto a un hombre parecido al padre de Laura en Buffalo; ¿qué hay que hacer para comprobar si es el señor Ramsey y, en tal caso, liberarlo?

—La única forma posible es ir a Buffalo. Pero necesito más dinero —dijo McGraw.

—¡Pero eso es imposible! ¡Ya le pagué a usted dos mil! —protestó Laura.

—Siete días a doscientos dólares diarios hacen mil cuatrocientos. Más los gastos. La información no se consigue gratis. Además, ahora estoy trabajando en Ja desaparición de su padre y en la aparición de ese coche verde. Le hago un favor al no aumentarle los honorarios, señorita —repuso McGraw con acritud.

Las manos de Trixie se crisparon de rabia. Honey y ella querían ser detectives, porque les agradaba ayudar a la gente a resolver los problemas. Pero aquel hombre sólo trabajaba por dinero. Los problemas de Laura Ramsey no significaban nada para él.

—Intentaré conseguir más dinero —dijo Laura con voz tenue.

—Será mejor que haga algo más que un intento —advirtió McGraw—. No me iré a Buffalo hasta que tenga el dinero en mis manos. Ya sabe dónde ha de enviármelo —y de modo bastante brusco, se despidió y salió de la habitación.

Laura se desplomó en el asiento y escondió la cara entre las manos.

—Deberíamos quitarle el casco —se lamentó Honey,

desesperada—. Nosotras lo haríamos gratis.

—¡Claro! —se burló Jim—. No tendríamos más que ir a Buffalo y recorrer las cantinas de mala nota. En cada una preguntaríamos a los camareros: «Excúseme, señor, ¿es aquí donde se reúnen los del sindicato?». Cuando uno nos dijese que sí, seguiríamos preguntando: «¿Sería tan amable de indicarnos quiénes son los que tienen prisionero a Anthony Ramsey?».

—¡Muy divertido! —gruñó Trixie amargamente. Su fuerte temperamento, que raras veces afloraba a la superficie, surgió de pronto, a causa de la impotencia y rabia que sentía—. Espero que tengas una sugerencia mejor.

Jim movió la cabeza.

—No, no la tengo. Siento haber tomado a chirigota tu idea, Honey, porque sé que sollo intentabas ayudar.

—Todos vosotros queréis ayudar —dijo Laura levantando la cabeza—, y os lo agradezco mucho más de lo que podéis suponer. Pero en el fondo sigue siendo un problema mío.

—Mis padres estarán de vuelta el domingo —la animó Honey—. Si esperas hasta entonces, te prestarán dinero. Estoy segura.

Laura movió la cabeza negativamente.

—Eso llevaría implícitas algunas preguntas que quisiera no contestar.

Trixie echó una mirada a Jim, que asintió.

—Sé que los primeros dos mil dólares los aportó el señor Lytell, Trix. Laura nos ha pedido prestado más dinero, para las cosas que necesitaba comprar en la ciudad. Eso es todo.

Tranquilizada al poder hablar con libertad, Trixie musitó entonces:

—Por eso Laura no quiere pedirle dinero al señor Wheeler. No podría pedírselo sin confesarle que el señor Lytell ya le ha prestado una buena cantidad.

Laura asintió.

—Siento que el señor Lytell no me deje otra opción que volver a él en busca de más dinero. No tengo otra salida. Además, el camino más rápido para recuperar los dos mil que me prestó es encontrar a mi padre, y la única forma de conseguirlo es, al parecer, que me preste más. Jim… —empezó.

—Traeré el coche a la puerta en un momento —contestó éste.

—¿Te acompañamos? —preguntó Honey.

Laura negó con la cabeza.

—Os agradezco la compañía, pero creo que será mejor que vaya yo sola.

Y yo también lo creo —se dijo Trixie. No envidiaba nada a Laura por esa nueva entrevista con el viejo y gruñón tendero.

Se sacan conclusiones • 11

CUANDO LAURA Y JIM salieron de la habitación, Honey se volvió a Trixie y dijo:

—El señor McGraw parece que se ha tomado muy en serio lo que le dijiste del empleado del censo. Eso hace que me sienta un poco mejor. Y creo que también tú deberías sentirte así.

—Debería —reconoció Trixie—, pero no me siento mejor.

—¿Por qué no? —preguntó Honey sorprendida.

Trixie se quedó mirando al techo durante un breve instante, para reflexionar.

—En primer lugar —empezó despacio, al hilo de su pensamiento —, parece que el señor McGraw no hace mucho caso de sus propias teorías. El otro día, cuando tanto



trabajo me costó descubrir por qué el hombre del coche verde se hizo pasar por un empleado del censo, me di cuenta de que McGraw pensaba que Laura había sido identificada y yo tenía la culpa de ello. Pero el falso empleado hizo unas preguntas que carecían de sentido, a menos que ya la hubiese identificado antes y su objetivo fuera enterarse de su nombre.

—McGraw nos previno de que el hombre del coche verde podría intentar obligarnos a hablar con él. La teoría del señor McGraw parece confirmarse —puso de relieve Honey.

—Bueno, sí —admitió Trixie—. Pero ésa no es la única vez que ha hecho de una teoría una conclusión. Laura dice que Frank Riebe parece estar siempre en el fondo de todo, pero eso es porque McGraw lo ha puesto allí. Fue él quien decidió desde el primer momento que el hombre del coche verde era un detective de Frank Riebe, sin buscar siquiera otra explicación. Ahora lo ha puesto en contacto con el sindicato.

—Pues a mí me parece completamente lógico —objetó Honey—. Después de todo, Trixie, McGraw es un profesional que ha investigado muchos casos. Si llega a alguna conclusión, será porque su experiencia le dice que es la correcta.

—Exacto, Honey —dijo Trixie—. Hemos estado muchas veces metidas en misterios y si algo hemos aprendido es eso: que sacar conclusiones apresuradas resulta nefasto. ¿Recuerdas cuando decidimos que el señor Maypenny era un bandido?

Honey bajó la vista al suelo, recordándolo.

—Muy bien —aceptó—. Vamos a tomar las conclusiones de McGraw como un grano de arena, pero… —se interrumpió al observar que su amiga soltaba una carcajada—. ¿Qué es lo que te parece tan divertido? —preguntó desconcertada.

—Has dicho —repuso Trixie— que íbamos a tomarlo como un grano de arena. Si no notas la diferencia entre un grano de arena y uno de sal…

—Lo mejor es que no me ponga a hacer hamburguesas en la playa —terminó Honey el dicho popular, sonriendo.

De repente Trixie se puso seria.

—De todas formas, quiero decirte algo, Honey —anunció—. Sé que no estarás de acuerdo, pero no me parece honrado callarme.

—¿Qué es? —preguntó Honey ansiosa, notando la seriedad de su

amiga, tan risueña hacía un instante.

Trixie se mordió el labio inferior antes de hablar.

—La razón principal por la que he decidido mantenerme al margen de este caso no es el señor McGraw, sino Laura Ramsey.

—¡Oh, Trixie! —se quejó Honey—. No me digas que sigues estando celosa.

—No es eso —se defendió Trixie—. Bueno, estoy un poco celosa, porque Jim se muestra demasiado atento con ella y porque ella está aquí, con vosotros, y eso hace que me sienta un poco marginada. Pero no es ésa la causa principal. He estado pensando sobre ello y sé que no es sólo eso.

—Bueno, entonces, ¿qué es? —preguntó Honey con asombro.

Trixie se encogió de hombros.

—Tampoco yo lo sé.

—Entonces, te lo diré yo —aclaró Honey—. Acabas de decir que el señor McGraw no parece muy coherente con sus propias teorías, y me parece que a ti te pasó lo mismo...

Antes de que Honey pudiese seguir, Trixie levantó una mano.

—Muy bien. Estupendo. No quiero hablar más de ello. Sé que te gusta Laura. A mí, no. No del todo, por así decirlo. Y no quiero que empecemos a discutir por eso. Simplemente he querido contarte lo que pienso de este asunto.

Honey apretó los labios, como reprimiendo un reproche. Cuando volvió a hablar, su tono era amable.

—Respeto tus sentimientos, Trixie, aunque no los comparto. No creo que debamos volver a hablar de ello.

—Ni yo tampoco —aseguró Trixie, recordando otra ocasión en que Honey y ella habían dejado que su amistad se enfriara por una opinión diferente respecto a otra persona. *Aquella vez* —pensó—, *Honey tenía razón.*

—Me parece que me voy a casa —dijo.

—¿Por qué no vienes a dormir aquí mañana por la noche? —dijo Honey impulsivamente—. De ese modo no te sentirías tan extraña.

—¡Como si hubiese alguna razón para que me sintiese extraña en Manor House! Claro que me gustaría venir. Se lo preguntaré a mamá al llegar a casa y te llamaré por teléfono, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —asintió Honey, ya más alegre—. Adiós, Trix.

La señora Belden no puso objeción alguna a la petición de Trixie

de pasar la noche del sábado en Manor House.

—En realidad —dijo—, me parece que mañana voy a decretar día libre para todos. Si no se ha equivocado el hombre del tiempo, la ola de calor se alejará mañana o el domingo. Después volveremos a nuestro trabajos. Ahora estamos demasiado atontados por el calor.

Y, efectivamente, la señora Belden anunció a la mañana siguiente que tendrían horario de día festivo.

—Desayunaremos fuerte a las once —dijo—. Antes y después de esa hora, que cada cual haga lo que le parezca.

—¿Todos? —preguntó Trixie, echando una mirada furtiva a Bobby, que esperaba expectante junto al frigorífico.

La señora Belden sonrió.

—Ya he dicho que es día de descanso. Por eso, incluso si Bobby quiere comer… no voy a amargarme el día libre limpiando la cocina.

Toda la familia acogió la idea del día de descanso como si se tratara de un viaje a un país exótico. Brian y Mart pactaron un horario mínimo para el huerto. Trixie cedió voluntariamente un par de horas de su tiempo, parra que sus padres pudiesen darse una vuelta sin preocuparse de Bobby.

Entusiasmados, se sentaron a la mesa para tomar una mezcla de desayuno y almuerzo. Mart pidió permiso para cambiar el sitio con Trixie, para observar la ventana de la cocina, por si llegaba el correo.

—En previsión de la llegada de información —explicó ampulosamente.

Al llegar la furgoneta del correo, Mart dejó el tenedor y salió corriendo a su encuentro.

—¿Qué le pasa a ese chico? —preguntó asombrado Peter Belden.

—Los únicos que parecen conocer el asunto son Mart y Trixie, y ninguno de ellos dice una palabra —dijo su madre, dirigiendo una mirada cómplice a su hija.

Trixie estaba muy concentrada en el plato que tenía ante sí. Aquélla era la primera muestra que daba su madre de estar al tanto del secreto entre sus dos hijos.

No tuvo que dar explicación alguna, gracias a la llegada de Mart, que agitaba un sobre certificado por encima de su cabeza.

—¡Ya llegó! —gritó. Se quedó de pie junto a la mesa y abrió el

sobre. Sacó de él una carta, la desdobló y empezó a leerla, tras haber examinado el interior del sobre por si quedaba algo dentro. Frunció las cejas conforme iba leyendo y después, sin una palabra, se dejó caer en la silla.

—¿Qué pasa, Mart? —preguntó Trixie.

Éste le pasó la carta.

—Léela.

> Estimado señor Belden —leyó Trixie en voz alta—: Como puede comprender, Carlson Crafts tiene que mantener la más alta calidad en sus productos, con el fin de poder competir en el mercado. Sentimos informarle de que su montaje no ha superado nuestro control de calidad, por lo que nos vemos obligados a no remitirle los cincuenta dólares correspondientes.

Trixie levantó la vista hacia Mart, que seguía sentado con la cara entre las manos.

> Es lógico que los primeros esfuerzos de nuestros proveedores resulten poco satisfactorios —seguía la carta—. Por lo general, con un poco más de práctica es suficiente para corregir los errores iniciales. En consecuencia, si nos envía diez dólares inmediatamente, estaríamos dispuestos a conservar su nombre en nuestra nómina de montadores a domicilio y enviarle otros cinco kits adicionales. También le devolveríamos, a cobro revertido, el producto que nos ha enviado, caso de que le interese.

Trixie dobló la carta con cuidado, aunque su primer impulso fue romperla en mil pedazos.

—Yo creo que las placas estaban bien montadas, Mart —dijo—. ¿Vas a probar con otras cinco?

Mart bajó las manos y levantó la cabeza, mirando a Trixie. Estaba colorado, pero habló con toda dignidad.

—Conservo un resto de inteligencia —dijo—, la suficiente para reconocer que, dicho en lenguaje llano, me han tomado el pelo.

—Me gustaría que me explicaras de qué se trata —pidió su

padre con voz suave.

Mart lo miró.

—Respondí a un anuncio que había en una revista. Decían que necesitaban montadores que quisieran trabajar en su casa. Les envié diez dólares, y esto es lo que me han contestado, después de mandarles las piezas montadas —resumió Mart, señalando la carta.

—Me alegro de que hayan sido sólo diez dólares —le dijo Peter Belden—. La mayoría de estos timos de «hágase rico ahora mismo» exigen mayores inversiones, aunque los resultados son casi siempre los mismos.

—Pero el anuncio decía que el dinero estaba garantizado —intervino Trixie—. Tenían que darte cincuenta dólares por aquellas placas.

Mart movió la cabeza.

—Si recuerdas bien, lo que el anuncio decía exactamente es que el beneficio estaba garantizado, con un montaje adecuado. Si afirman que no estaban bien montados, no tienen que pagar nada.

—Exacto —ratificó Peter Belden—. Estoy seguro de que, si protestas, recibirás otra carta en la que se detallarán los fallos que han encontrado en tu trabajo. He de admitir que se trata de un timo muy bien planeado, pero timo al fin.

—¿Y no podemos hacer nada? —preguntó Trixie—. ¿No podemos denunciarlos?

—Un proceso judicial cuesta mucho más de los diez dólares que Mart ha perdido ya y, además, hay muy pocas probabilidades de ganarlo. El problema es que la gente a la que se tima por estos procedimientos ha confiado en la reputación de la empresa.

—Como yo —asintió Mart.

—Como tú en ciertos aspectos —admitió su padre—. Se trata de gente que necesita trabajo y dinero, normalmente muy jóvenes o muy viejos o, de alguna manera, sin cualificación profesional.

—Ése es el perfil de la pobre gente que invierte diez dólares en un timo como éste —dijo Helen dolida.

—Tiene que haber algo que podamos hacer —dijo Trixie.

—Para eso habría que cambiar la sociedad —afirmó Brian solemne—. Tendríais que suprimir los anuncios de la televisión y de la prensa, que son los que hacen que la gente acabe deseando cosas que no necesita para nada. Tendríais que convencer a la gente de

que la vida es algo más que comprar cosas nuevas cada. año.

—Y también tendríais que explicar a la gente que su valor como seres humanos no depende del dinero que se tenga —añadió su padre.

—¡Uf! Eso es demasiado —reconoció Mart.

—Mart quería ganar algo de dinero para pagarse sus estudios, y para echarle una mano a Jim en la futura escuela —explicó Trixie.

Peter Belden se levantó y puso una mano en el hombro de Mart.

—Ésa es una ambición que te honra, hijo —le aseguró con simpatía—, y espero que puedas satisfacerla. Por eso eres distinto de los que suelen contestar a anuncios de ese estilo. Tienes la inteligencia y la posibilidad de conseguir algún día un trabajo realmente bueno.

—Si tengo tanta inteligencia, ¿como pude contestar a ese anuncio? —preguntó Mart.

—Porque querías ayudar a Dan y a Jim —le dijo Trixie.

—Y porque los de esa empresa, Carlson, son más inteligentes que tú —añadió su padre—. Son muy astutos. Creo que debes estar orgulloso de haber descubierto su juego tan pronto. Seguro que muchos mandan diez dólares por segunda e incluso por tercera vez, con la pretensión de cobrar lo que la compañía les prometió.

Mart sonrió a su padre.

—Bueno, no deja de ser un consuelo, aunque leve —alcanzó una fuente de patatas fritas—. Sepultaremos mi orgullo con delicias alimenticias.

Rió toda la familia, relajada ya al ver que Mart había encajado el golpe con buen humor, aunque Trixie sabía que le seguiría escociendo durante mucho tiempo.

Aquella misma tarde, Trixie le contó a Honey el timo. En los ojos de ésta apareció un brillo de lágrimas contenidas.

—¡Eso es indignante! —exclamó—. ¿Cómo puede alguien ser tan miserable? Esa gente se está aprovechando de la necesidad que tienen otros de trabajar, para estafarlos.

—También a mí me indigna —dijo Trixie—. Lo peor de todo es que de repente he comprendido que eso mismo es lo que nos ha ocurrido a nosotros.

—¿A nosotros? —repitió Honey confundida—. Que yo sepa, no hemos contestado a ningún anuncio.

—Hemos contestado a una petición de ayuda —arguyó Trixie—. Ya sabes a qué me refiero.

— ¡Oh, Trixie! —empezó Honey.

—¡No me vengas con «¡Oh, Trixie!», Honey Wheeler! Es exactamente lo mismo, y estoy dispuesta a explicártelo, aunque no quieras. Mark McGraw se ha aprovechado de nuestra ilusión por trabajar con un detective profesional, y lo ha hecho por la espalda. No ha sido lo bastante honrado con nosotras para decirnos que estábamos interfiriendo en su camino..., que era demasiado importante para perder el tiempo con un par de jovencitas. No. En vez de eso nos dio un trabajo en el que invertimos unas cuantas horas y que nunca ha tenido intención de mirar siquiera.

—No puedes dar eso por hecho —dijo Honey—. Estás sacando conclusiones precipitadas, que es lo mismo de lo que acusabas a McGraw. Lo que te dije antes sigue siendo válido: hay sospechosos en la ciudad y no necesita nuestros informes hasta que se vea el caso en los tribunales. Y en cuanto al mapa, tal vez el señor McGraw haya confirmado, a través de sus contactos, que el señor Ramsey está en la zona de Buffalo. Admito que el señor McGraw ha sido poco delicado al no excusarse de habernos hecho buscar el mapa para nada, pero eso no quiere decir que no fuera honrado con nosotras —se detuvo para recuperar aliento, y prosiguió—: Has tenido la oportunidad de demostrar que McGraw no estaba interesado en nuestros trabajos; sólo tenías que habérselo recordado. Pero no. Te has limitado a sacar conclusiones premeditadas y te empeñas en apartarte del caso.

—Sigo diciendo que el haberle recordado nuestros trabajos no habría demostrado nada. Si crees que eso serviría de algo, estoy dispuesta a probar —Trixie se levantó y fue hacia la puerta del cuarto de Honey—. Vamos —le dijo por encima del hombro.

—¿Adonde vamos? —preguntó Honey.

—A llamar a Mark McGraw por teléfono. Quiero que lo oigas todo. Probablemente dirá que quiere las declaraciones, cuando recuerde que nos las pidió. Pero podrás percibir en su voz que no dice la verdad.

—Puede que esté en Buffalo —recordó Honey—. Laura le envió ayer el dinero.

—Si es así, por lo menos le podremos dejar el recado a su

secretaria. ¡Oh, Honey! ¡Me he sentido tan impotente cuando papá le ha dicho a Mart que no puede hacer nada para recuperar su dinero… Bueno, esto es una cosa que sí puedo hacer… ¡y la voy a hacer!

Honey conocía demasiado bien a su amiga para pensar que había alguna probabilidad de hacerle cambiar de idea una vez emprendida una acción, como era entonces el caso. A regañadientes siguió a su amiga hasta el teléfono del rellano del piso superior.

Trixie levantó el auricular y mantuvo cortada la línea un momento con el dedo, mientras recordaba algo que quería decirle a Honey.

—Abonaré la llamada con mi próxima paga. Déjame que sepa cuánto cuesta.

Muy a su pesar, Honey aceptó, divertida.



—Admito que hay muchas personas sinvergüenzas en el mundo, Trixie, pero seguro que tú no eres de ésas. Eso sí, como también estoy interesada en este asunto, pagaremos la llamada entre las dos. Venga, marca de una vez.

Trixie marcó el número de Información de la ciudad de Nueva York. Al responder la operadora, le pidió el número de Mark McGraw, detective privado.

—Un momento, por favor —dijo la telefonista.

Por el hilo telefónico llegaron ruidos típicos de ordenador, mientras Trixie esperaba impaciente.

—Comprobando —dijo la operadora.

Trixie se apoyó en un pie; después, en el otro. Se irguió al oír otra vez la voz de la operadora.

—He buscado en las páginas blancas y en las amarillas, bajo el epígrafe de «Detectives privados», y no hay ningún Mark McGraw. Lo siento —y colgó.

Ni siquiera pudo Trixie agradecerle a la telefonista el trabajo que se había tomado. Dejó el aparato y se volvió a Honey, que esperaba expectante.

—¡Ese detective es falso! —exclamó Trixie.

La fuga • 12

HONEY estaba perpleja.

—Tiene que haber alguna equivocación —dijo sin aliento.

—La operadora no ha podido encontrar ningún teléfono de McGraw en Nueva York. Eso no deja mucho margen para equivocaciones —refutó Trixie muy segura de sí.

Honey asintió, muy a su pesar, pero después objetó:

—A lo mejor su nombre no se escribe así.

—¿Y cuántos modos de escribir McGraw conoces? —preguntó Trixie con sorna.

Honey se retorció los dedos.

—«M-c-G-r-a-t-h», por ejemplo —deletreó—. Papá tiene un amigo que escribe su apellido así y lo pronuncia como McGraw. Recuerdo que una vez papá tuvo una reunión con él y le dijo a la señorita Trask que le llamase y le dijese que iría más tarde. La señorita Trask casi se vuelve loca buscando en la agenda de papá. Al final llamó al señor McGraw (escrito con th) y acertó.

Trixie fue al teléfono.

—Volveré a llamar a la operadora...

—No lo hagas —dijo Honey—. Tengo una idea mejor. Papá tiene en su despacho la guía de teléfonos de Nueva York. Buscaremos en ella y encontraremos a McGraw, se escriba como se escriba.

Las dos amigas dedicaron los siguientes veinte minutos a buscar en la guía, leyendo a la vez, una la página de la izquierda y otra la de la derecha.

Cuando al final Trixie se enderezó, quejándose de dolor de espalda, estaba pálida.

—No hay ni un solo nombre en «Detectives Privados» que pueda parecerse ni remotamente a Mark McGraw.

Honey se levantó también, admitiendo con repugnancia:

. —Siento decirlo, pero me parece que tienes razón, Trixie.

Supongo que la has tenido desde el principio, pero no quería creerlo. ¿Comprendes lo que esto supone para Laura? Ha puesto toda su fe en Mark McGraw y en su experiencia y habilidad para encontrar a su padre.

Trixie hizo un gesto incrédulo, apretando las mandíbulas.

—Laura Ramsey ha puesto en este asunto todo el dinero del señor Lytell, quieres decir —puntualizó entre dientes—. Seguro que están compinchados.

—¡Trixie! —la exclamación de Honey era una mezcla de escándalo y horror—. ¿No creerás que…?

—¿Y qué otra cosa puede significar? —preguntó Trixie exasperada—. ¿Cómo explicas que Laura haya contratado a un detective que no existe? No hay posible error.

Honey se mordía el labio inferior y miraba en torno, como en busca de otra explicación.

—¿Dónde está ella? —preguntó Trixie en voz baja.

Honey miró nerviosa a su amiga.

—Se ha ido al lago, a darse un baño.

—Vamos, pues —dijo Trixie bruscamente, encaminándose a la puerta.

—No podemos…, quiero decir, que tal vez deberíamos hablarlo con Jim o con cualquier otro, antes de hacer acusaciones en falso.

—¿En falso? —se enfadó Trixie—. Laura Ramsey trajo aquí a alguien que dijo ser detective, llamarse Mark McGraw, y proceder de Nueva York. Acabamos de descubrir que eso es mentira. ¿Es eso una acusación en falso?

Honey levantó las manos componiendo un gesto de desesperación.

—Muy bien. Vamos a preguntarle a Laura por Mark McGraw. Pero, por favor, Trixie, intenta ser diplomática. Si hubiera alguna explicación lógica… no hagas que Laura quede hundida por culpa de nuestras falsas sospechas.

—No me explico cómo, a veces, puedes ser tan ingenua, Honey —dijo Trixie. Y siguió caminando rápidamente, sin que su amiga volviese a interrumpirla—. Pero tendré tacto, te lo prometo.

Las dos muchachas encontraron a Laura tumbada sobre una toalla, en la arena, junto al embarcadero. Su cuerpo brillaba por el bronceador y unas compresas de algodón protegían sus ojos. Las

chicas se pararon un momento, indecisas sobre cómo empezar, haciéndole notar su presencia. Por fin, Honey carraspeó un poco.

Laura se incorporó, cayéndosele las compresas de los ojos. Hizo visera con una mano y miró parpadeando a las dos chicas; sonrió al reconocerlas.

—¿Habéis venido a bañaros? —preguntó—. Hace un día estupendo para darse un chapuzón, no lo dudéis.

—No —dijo Honey—, no hemos venido a bañarnos. Estamos aquí porque queremos preguntarte algo.

A Trixie le dio la impresión de que el cuerpo de Laura se tensaba. ¿Tendría algún presentimiento de lo que sabían? Trixie, indecisa, decidió que fuese Honey quien hablase.

La diplomacia era una cualidad que estaba más arraigada en Honey que en ella.

Honey volvió a carraspear y se sentó en la arena junto a Laura.

—¿Recuerdas la primera vez que estuvo aquí Mark McGraw, que nos encargó escribir algunas notas? —esperó al asentimiento de Laura, y después continuó—: Bueno, pues de repente nos hemos dado cuenta de que no se las dimos. Pensamos que probablemente las necesitaría, y decidimos llamarle y decirle que se las enviaríamos por correo a su oficina. Pero... el caso es que no hemos podido encontrar su número de teléfono. Quiero decir que la operadora de información nos ha dicho que en la guía no figura ningún detective con ese nombre.

Trixie casi había dejado de respirar, atenta a la expresión de Laura, preguntándose si estallaría en lágrimas y confesaría todo o se levantaría intentando escapar. Pero la imaginación de Trixie no había previsto la reacción real de Laura: se echó a reír.

—Naturalmente que no encontrasteis su número de teléfono —dijo Laura—, porque no figura. Trabaja para una gran empresa de detectives, una de las más antiguas del Estado. Lógicamente, ésta no anuncia los números de sus investigadores. Y por razones personales de seguridad, el número de teléfono de su casa no figura en la guía.

Trixie miró al suelo y dejó escapar su aliento poco a poco. Sintió, más que vio, la mirada que Honey le lanzaba fugazmente, antes de contestar a Laura.

—Estaba segura de que habría alguna explicación —dijo.

—En realidad —prosiguió Laura—, me parece que ya lo expliqué

la primera vez que vino. Al señor McGraw me lo recomendó una amiga que había perdido un collar, bueno, más que perdido se lo habían robado. Cuando llamó a la agencia de detectives, tuvo la suerte de que le asignasen al señor McGraw. Quedó tan satisfecha de sus servicios que volvió a llamarlo y le pidió algunas tarjetas de visita para repartirlas entre sus amigos. Quería estar segura de que, si alguna vez necesitaban un buen detective, pudiesen contar con él —Laura tomó el frasco de bronceador y empezó a frotarse los brazos, mientras hablaba—. La tarjeta está en mi bolso, en casa. Cuando regrese os la daré. Creo que al señor McGraw le agradará recibir vuestras declaraciones.

—Muchas gracias —dijo Honey con dulzura. Se levantó y sacudió la arena que había quedado adherida a sus vaqueros—. ¿Volvemos a casa? —preguntó a Trixie suavemente.

Ésta asintió, incapaz aún de hablar ni de mirar a su amiga a los ojos. Sabía que le esperaba una reprimenda y también, eso era lo peor, que la merecía.

Honey no dijo nada en el camino de regreso. Era como si adivinara que la propia conciencia de Trixie sería más punzante que sus reproches.

Trixie, por su parte, evitaba volver a tratar lo que había ocurrido, aunque no podía alejarlo de su mente. Ya en el cuarto de Honey, sus ojos recorrieron las páginas de un libro, pero su mente asimilaba poco, o más bien nada, de lo que iba leyendo. Por alguna razón pensó en Bobby. Le había dicho algo, pero no lograba recordarlo.

También durante la cena estuvo Trixie distraída y ausente. Al comentarlo Jim, sólo pudo responder con un apagado «será el calor, supongo», y esbozó una tenue sonrisa, pero la mirada penetrante de Jim le dijo muy a las claras que la explicación no le había satisfecho en absoluto.

Trixie percibía algo extraño flotando en el ambiente. Aunque se habían rebatido sus sospechas, se sentía rara. Su desconfianza de Laura Ramsey, que tan cuidadosamente había ocultado, estalló por fin tarde. Ahora, otra vez, le resultaba difícil controlarse.

Terminada la cena, permaneció de pie junto a su silla un momento, observando casi con envidia a Celia, que quitaba la mesa. Lo mejor para tranquilizarse, lo sabía, era ponerse a trabajar en

algo. Pero en Manor House no podía dedicarse a sus tareas habituales.

—¿Qué quieres que hagamos hasta la hora de acostarnos? —preguntó Honey, leyendo los pensamientos de su amiga.

—No lo sé —repuso Trixie—. Por lo general nunca tenemos dificultad para ocupar el tiempo libre, porque nos encanta estar hablando horas y horas. Pero esta noche creo que debo mantener la boca cerrada.

Honey sonrió con simpatía.

—Sé cómo te sientes, pero no puedo hacer nada. Jim también te ha notado rara en la cena. Podemos hablar de algo que no nos recuerde...

Trixie negó con la cabeza.

—Hablemos de lo que hablemos, siempre volveremos al asunto. Me parece que lo mejor es que intente leer un libro. ¿Sabes si puedo encontrar alguno apropiado en la biblioteca?

—Supongo que sí. Búscalo tú misma —le dijo Honey—. Estaré en mi habitación.

Trixie asintió y se dirigió a la biblioteca. Absorta en sus pensamientos, no oyó la voz de Laura hasta que entró en la sala.

—Perfectamente, cariño —estaba diciendo Laura por teléfono—. Te veré pronto —y colgó, disponiéndose a abandonar el cuarto. Se detuvo al ver a Trixie. Su rostro estaba encendido; si era a causa de la sorpresa, la confusión o el baño de sol, Trixie no lo sabía—. Era la secretaria de mi padre —dijo Laura—. La llamo casi todos los días para que sepa que estoy bien. No quiero que sospeche nada, ya sabes.

Trixie asintió, mirándola fijamente. Intentó imaginarse a sí misma llamando cariño a la secretaria de Peter Belden, pero le pareció disparatado.

Laura pasó junto a Trixie y salió de la biblioteca. Trixie se esforzó en concentrarse en las filas de libros. Después, cuando por fin encontró uno que le llamó la atención, subió al cuarto de Honey.

Media hora más tarde cerró el libro.

—No me sirve —le dijo a Honey—. No puedo concentrarme. Tengo que releer cada frase dos o tres veces y ni siquiera entonces sé de qué va.

Honey puso una señal en la página por la que iba antes de cerrar

su libro.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó.

—Presiento algo, y lo vengo presintiendo toda la tarde —contestó Trixie—. Una cosa que me ayudaría a tranquilizarme es terminar los asuntos que están a medias —dijo, y se levantó, resuelta a actuar—. Recoge los informes. Voy a pedirle ahora mismo a Laura la tarjeta de visita de Mark McGraw— y, antes de que Honey pudiese protestar, salió de la habitación.

Bajó las escaleras hacia la habitación en que se alojaba Laura y llamó suavemente a la puerta, pero nadie respondió. Volvió a llamar con más fuerza. Tampoco entonces hubo respuesta.

Trixie observó que por la rendija de la puerta se filtraba un poco de luz. *Si no está aquí, debería haber apagado la luz. Es un gasto absurdo.* Ignoró el nudo que sintió en la garganta ante aquella mala excusa que acababa de inventarse. Abrió la puerta.

La habitación estaba vacía. La mirada de Trixie la recorrió, deteniéndose en el armario abierto; se veían las perchas vacías colgando de la barra.

Entró perpleja en la habitación y buscó por todas partes. Los cajones de la mesilla también estaban vacíos. Tampoco se veían por ningún lado cosméticos, ni pasta de dientes, ni peines, ni cepillos en el cuarto de baño.

Corrió a la habitación de Honey; entró como una exhalación.

—¡Laura se ha ido!

—¿Que se ha ido? ¿Adonde? —preguntó Honey confusa.

Trixie agitaba las manos formando círculos en el aire.

—¡Fuera! —exclamó de modo vago—. No sé adonde, pero tengo un presentimiento. Dile a Jim que coja el coche.

Honey abrió la boca para protestar, pero no dijo nada, y salió del cuarto a toda prisa.

Trixie quedó inmóvil por un instante, con el estómago encogido. La invadió por un momento el miedo a equivocarse otra vez. Pero de repente se sintió reconfortada, al recordar las palabras de Bobby: «¿Cómo sabes que ha desaparecido?». Y entonces se dio cuenta de que ninguno de ellos sabía a ciencia cierta si existía Anthony Ramsey...; si había la más mínima posibilidad de que su presentimiento fuese cierto, no tenía un momento que perder.

Bajó las escaleras, se detuvo y miró por encima del hombro al

teléfono del vestíbulo del piso superior. Dudó un instante. La llamada telefónica que iba a hacer sólo aumentaría la confusión, si no estaba en lo cierto. Subió, descolgó el aparato y marcó el número que sus padres se habían esforzado en que aprendiese de memoria hacía muchos años; ahora, como en tantas ocasiones anteriores, se lo agradecía. Cuando le respondió una voz ronca, dijo:

—Envíen un coche patrulla a la tienda del señor Lytell, en Glen Road, inmediatamente —y colgó antes de que el policía tuviese tiempo de preguntar nada.

Bajó corriendo las escaleras otra vez y salió por la puerta principal. El coche estaba allí, con el motor en marcha, y Jim y Honey dentro.

Trixie se colocó en el asiento trasero.

—De prisa, a la tienda del señor Lytell —dijo.

Sin pararse a hacer preguntas, Jim metió la marcha y fue hacia la salida.

Trixie lo miró agradecida. Después, comprendiendo que se imponía una explicación, aunque nadie se la había pedido, habló con toda la rapidez de que fue capaz.

—Fui a la habitación de Laura a buscar la tarjeta de McGraw, pero estaba vacía. Los vestidos que le dejaste y

todo lo demás ha desaparecido. Y entonces comprendí todo. Después de cenar, cuando fui a la biblioteca, la sorprendí allí hablando por teléfono con alguien a quien llamó cariño y le dijo que se verían pronto. Me dijo que era la secretaria de su padre, pero me extrañó. Al descubrir que se había marchado, deduje inmediatamente que hablaba con Mark McGraw. Preocupada porque veía que sospechábamos algo, decidió desaparecer de Manor House. Le llamó para decírselo… y tal vez para que la recogiese. He telefoneado a la policía mientras Honey te iba a buscar, Jim.

Trixie cambió de tema bruscamente.

—Jim, ¿cómo pudo gustarte una bribona como Laura?

Jim pareció sorprenderse.

—¿Que me gusta? ¿Quién ha dicho que me guste?

—¡Eras tan amable con ella! Ibas con ella a todas partes y estabas siempre a su lado… —Trixie se contuvo y calló tantas cosas que hubiera querido decir.

—Trix —dijo Jim tras una breve pausa—, en primer lugar, yo no

sabía que era una bribona; y en segundo, no creo que nada pueda hacerme cambiar mi manera de ser. Procuro portarme bien con todo el mundo.

—Perdona, Jim. Me parece que, como de costumbre, he llegado a una conclusión falsa —se lamentó Trixie, y el suave rosa de su cara se volvió rojo encendido.

—Siempre aciertas en las cosas que realmente importan, Trix —le aseguró Jim con una sonrisa—. En realidad, debimos tomarnos más en serio tu presentimiento acerca de Laura. Y hablando de ella —continuó—, creo que lo mejor es que nos paremos aquí y hagamos el resto del camino andando —frenó el coche y lo dejó en un borde de la calzada, no muy lejos de la tienda del señor Lytell.

—Sí —asintió Trixie—. Si nos oyen, intentarán escaparse, y no sé si podríamos detenerlos. Mark McGraw parece un tipo bastante duro de pelar.

—¿Crees que recuperarán el coche de Laura antes de marcharse? —preguntó Honey.

—Claro que lo harán —afirmó Jim—. Es un coche muy caro y no lo dejarían aquí por nada del mundo.

—Tampoco creo que dejen ni un dólar al señor Lytell, si está en su mano —dijo Trixie muy seria.

Jim y Honey estuvieron de acuerdo y salieron del coche. Se dirigieron en silencio por un desvío que conducía a la parte posterior de la tienda. La noche era muy oscura, pero a través del cristal de la ventana se filtraba un rayo de luz.

Al principio, Trixie y sus amigos no oyeron nada. Empezaba aquélla a pensar si su sospecha sería infundada, cuando del interior les llegó un murmullo de voces airadas.

—Esta vieja caja parece de granito. No puedo abrirla.

Trixie sintió la mano de Honey sobre un brazo. Las dos reconocieron la voz de McGraw inmediatamente. Volvióse Trixie hacia Jim y éste asintió en silencio.

—Bueno, pues entonces, a darse el bote —dijo una voz femenina —. Habían desaparecido la suavidad y educación de Laura Ramsey. Su voz sonaba tan desagradable que apenas resultaba reconocible.

—Déjame intentarlo sólo unos minutos más —insistió McGraw.

—Esos minutos pueden costamos varios años de cárcel —le contestó Laura—. Te digo que lo mejor es que nos larguemos ahora

mismo. Este asunto me pareció descabellado desde el principio. Teníamos que habernos centrado en los Wheeler, como planeamos.

—Lytell también era una buena presa, ya te lo dije —repuso McGraw—. Me informé bien antes de decidirme por él. Wheeler no resultaba tan fácil. Está mucho tiempo fuera de casa, en primer lugar. Además, es muy minucioso. Y como todos los rumores coincidían en que Lytell tenía mucho dinero ahorrado, era relativamente fácil que cayera en nuestras manos. Es un buen plan.

—No tanto —observó Laura, sarcástica—, porque ¿cómo es que nos vamos con sólo tres de los grandes?



—Por esas niñas, que nos han estropeado el plan. ¿Cómo iba a saber que pasarían por el camino antes que Lytell el día que dejé la cartera? De todos modos, tres de los grandes no está tan mal, para un trabajo de una semana. Lytell, seguro, no se arriesga tanto habitualmente. Hiciste un buen trabajo enterneciéndolos para conseguir los mil extra. Pasará tiempo hasta que podamos sobrepasar la marca.

—Bueno, bueno. Menos rollo. Ahora, ¡vámonos de aquí! —dijo Laura con voz estridente.

Trixie aguzaba los oídos, intentando captar la sirena de la policía, pero no oía nada. Se dio cuenta de que Honey no estaba a su lado. Se volvió buscándola, justo en el instante en que aparecía con un dedo en los labios para indicarle que callara.

La puerta trasera de la tienda del señor Lytell se abrió y volvió a cerrarse. Los tres Bob-Whites se quedaron inmóviles tras los árboles, pensando desesperadamente cómo retener a los dos granujas hasta que llegase la policía.

De modo inesperado, Trixie avanzó, exactamente cuando Laura y McGraw pasaban por delante de los árboles, hacia los coches.

—¡Hola! —dijo alegremente—. ¿Estaban buscando al señor Lytell?

Los dos compinches se detuvieron un instante. Luego, Laura Ramsey recuperó su pose y devolvió la sonrisa a Trixie.

—¿Có… cómo? ¡Ah, sí! Has acertado. El señor McGraw tenía que comunicarle algunas noticias urgentes. ¡Ha encontrado a mi padre! Esto… Ahora iba a llevarme a su lado. Suponíamos que encontraríamos al señor Lytell en la tienda, pero no está. ¿Has… has llegado hace mucho?

El rostro de Trixie se crispó. Se sentía incapaz de seguirle el juego a Laura.

—Pues lo suficiente —dijo con frialdad.

La expresión de Laura se endureció; comprendió que habían sido descubiertos.

McGraw no mostró signo alguno de emoción. Moviéndose con una rapidez increíble para un hombre de su corpulencia, se adelantó y cogió a Trixie de un brazo, sacando al mismo tiempo una pistola del bolsillo de la chaqueta con la otra mano.

—¡Ven acá, metomentodo! —gruñó.

—¡Que nadie se mueva! —interrumpió una voz desde la oscuridad—. ¡Estáis rodeados!

Trixie recuperó momentáneamente la tranquilidad. Pero entonces se dio cuenta de que la voz era de Jim. La policía no había llegado; sentía que aún faltaba tiempo para que los dos delincuentes estuvieran rodeados. *Pero ellos no lo saben* —pensó Trixie.

McGraw aflojó la mano que sujetaba el brazo de Trixie, al volverse hacia donde venía la voz. Entonces Trixie, instintivamente, se desasió, doblándose por la cintura para mantener el brazo lejos del alcance de McGraw, a la vez que le daba una patada con todas sus fuerzas. McGraw aulló al sentir el golpe en la espinilla. Por su parte, Trixie se escondió entre las sombras, cerca de Jim y Honey.

McGraw apuntó con la pistola en aquella dirección.

Laura Ramsey le cogió del brazo.

—¡Vámonos de aquí! —gritó.

Muy de mala gana, McGraw la siguió; fueron al otro lado del edificio, donde tenía su coche aparcado junto al de Laura.

Montaron cada uno en el suyo y pusieron en marcha los motores. Aceleraron, pero los coches apenas avanzaban; las ruedas traseras patinaron y los vehículos chocaron.

Honey se levantó y volvió a agacharse, juntando las manos.

—Le saqué el aire a las ruedas —dijo muy nerviosa.

Trixie la miró asombrada y se puso la mano delante de la boca para ahogar una carcajada. Ahora ya sabía por qué había desaparecido Honey mientras Jim y ella escuchaban bajo la ventana.

La carcajada se congeló en su garganta al caer en la cuenta de que seguían en peligro.

Pero su incertidumbre se desvaneció: vio un coche blanco y negro de la policía, cuya sirena aullaba, acercándose a la tienda de Lytell.

Mark McGraw y Laura Ramsey quedaron deslumbrados por la luz de los faros del coche patrulla.

—¡Alto! —gritó una voz familiar.

Dos policías uniformados salieron del coche y corrieron hacia los malhechores, a los que esposaron.

—¡Uf! —dijo Trixie, ya relajada. Pero entonces se acordó de algo. Corrió a la puerta trasera de la tienda—. ¡Casi nos olvidamos

del señor Lytell! —exclamó.

Dentro encontraron al tendero atado y amordazado. No estaba herido, pero sí hecho una furia.

La recompensa de Trixie • 13

A LA MAÑANA SIGUIENTE, cuando Trixie, Honey y Jim fueron llamados a la oficina del sargento Molinson, Trixie se dirigió derecha a la mesa de éste. Dejó unos cuantos papeles sobre ella y dijo:

—Ésta es mi declaración. Creo que podrá servir cuando se vea el caso en el tribunal.

El sargento la miró con una expresión de absoluto desconcierto.

—¿Qué dices de declaraciones? —preguntó.

—El señor McGraw nos lo dijo —contestó Trixie con suficiencia —. Aunque supongo que su nombre real no será McGraw, ¿verdad?

—No creo —asintió el sargento—. Pero, hasta ahora, los

detenidos no nos han dicho ni sus verdaderos nombres, ni nada. La única información que tenemos de ellos es la que nos ha proporcionado el señor Anderson, aquí presente.

Trixie miró en la dirección que indicaba el sargento y se sorprendió al ver al joven funcionario de la oficina del censo.

—¿Es usted en realidad el detective de Frank Riebe? —le preguntó.

—No he oído nunca hablar de ese tal Riebe —contestó el interpelado—. Soy detective, y trabajo para un hombre que ha sido víctima de unos estafadores. Me pidió que encontrase a la pareja que le había timado diez mil dólares.

—¡Diez mil dólares! —murmuró el señor Lytell, sentado en un rincón, como si acabaran de matar a su mejor amigo. La exclamación le había salido del fondo del alma.

Burt Anderson asintió.

—Sí. Le timaron a mi cliente diez mil dólares en metálico, más algo de dinero para ropa y equipo diverso de mujer. Se mostraba muy reacio a decir a la policía que le habían timado. Por eso solicitó mis servicios, para ver si podía localizar a los estafadores.

Una vez que los encontrara, informaría a la policía del asunto —añadió señalando al sargento.

Éste sonrió.

—Habría denunciado el timo en caso de que no hubiese recuperado su dinero; eso es lo que quiere decir —puntualizó.

Anderson hizo un gesto ambiguo.

—De todos modos —siguió explicando a Trixie—, encontré a la pareja en Sleepyside. Supe que había una mujer con tu familia o con los Wheeler, que respondía a la descripción, y por eso intenté verla de cerca, para confirmarlo, pero no lo conseguí.

Trixie se puso colorada al recordar las maniobras a que recurrieron los Bob-Whites para impedir que Burt Anderson reconociese a Laura Ramsey. Ella misma había colaborado con todas sus fuerzas, aunque no tuviera confianza en aquella mujer.

—¿Y... y cómo supo que Laura Ramsey, o como se llame, había sido detenida? —le preguntó Trixie.

—Los buenos detectives tienen contactos —repuso él.

Trixie rió, recordando a Mark McGraw.

—Eso me suena —dijo—. Creo que es usted un buen detective, en más de un sentido. Pero no lo parece.

Burt hizo una mueca.

—Entre otras cosas, por eso soy un buen detective.



—Como de costumbre —interrumpió el sargento Molinson—, está obteniendo más información de la que facilita, señorita Belden. ¿Querría explicarme su participación

en este caso o tendré que atenerme estrictamente a su versión escrita?

Trixie se volvió y miró a Honey y a Jim, pero éstos asintieron, incitándola a empezar.

—Bueno, creo que ahora ya lo tenemos casi todo —dijo—, después de lo que oímos anoche en la tienda. Al parecer, en principio tenían planeado dar el golpe al señor Wheeler, pero el señor McGraw decidió que aquello no daría buen resultado, por lo que eligieron en su lugar al señor Lytell —dijo, mirando con simpatía a éste.

—Sabían que él paseaba por Glen Road a mediodía —continuó Trixie—, y planearon tirar por allí la cartera, para que la encontrase. Probablemente habrían llevado a cabo su estafa sin que

nadie más de la ciudad se hubiese dado cuenta. Pero, por desgracia para ellos, Honey y yo pasamos por la calle un poco antes de mediodía y vimos la cartera.

—Si hubieran sabido entonces con quiénes se las tenían que ver, seguramente habrían desistido —dijo Jim con los ojos brillantes—. Habrían preferido perder el billete de cien dólares con tal de evitar a las superdetectives Trixie y Honey.

Trixie movió la cabeza.

—Nunca me he creído nada similar a un superdetective, y menos aún en este caso concreto. Honey y yo caímos como tontas en la trampa de Laura. Incluso fui yo la que sugirió que el señor Lytell admitiese el coche como garantía del préstamo.

Burt Anderson asintió.

—Ése es el modo de actuar que tienen los buenos estafadores. Siempre ponen las cosas de manera que la víctima crea que lo tiene todo perfectamente controlado. Sea como sea —siguió el detective—, la víctima nunca se siente empujada a hacer lo que no quiere ni a aceptar el trato. En este caso, lo mismo que en el de mi cliente, la mujer llega en un flamante coche deportivo. Luego, en algún instante de la conversación, deja caer que se trata de un modelo nuevo y pagado al contado. Nada puede parecer le más lógico a la víctima que tomarlo en depósito como garantía.

—Eso fue exactamente lo que pasó —confirmó Trixie.

—Y también es probable que ella mostrase bastante repugnancia al aceptar el dinero —observó el detective—. Incluso llegaría a insinuar que perdía mucho más que el señor Lytell.

—¡Exacto! —intervino entonces éste—. ¡Cómo! Hasta parecía que no se fiaba de dejarme el coche hasta que me devolviese el dinero. Decía que no era porque el coche valiese mucho, sino porque era un regalo de su padre.

—Azuzando de ese modo sus sentimientos, indudablemente sería usted mismo quien la obligaría a aceptar el dinero —concluyó Burt—. Es muy astuta, ya lo creo que lo es.

—Mucho más de lo que parece —añadió Trixie—. He estado pensando esta noche, después de que la policía la arrestó, sobre todo lo sucedido. Aunque ella y su cómplice habían planeado todo meticulosamente, sucedieron varios acontecimientos que nadie podía prever..., como la aparición de usted, buscándola. Pero, a

pesar de todo, ella lo afrontó como si tal cosa.

—Nos convenció —dijo Honey— de que usted había sido contratado por el malvado socio de su padre, y que ocurriría algo desastroso si la descubría.

—Claro que habría ocurrido algo desastroso —asintió Trixie—, pero no en el sentido en que ella intentaba hacernos creer. Y eso no es lo más divertido. Quiero decir que dispuso de mucho tiempo para ir montando la historia. Lo que más me desorientó fue su reacción cuando le dijimos que Mark McGraw no figuraba en la guía. Inventó una salida verosímil al momento, justificando por qué no estaba en el listín de teléfonos. Y se puso a untarse el bronceador tan tranquila, para que no pudiésemos pedirle en aquel momento la tarjeta de McGraw. ¡Qué temple! —se maravilló Trixie.

—Incluso cuando salió de la tienda, anoche, parecía dispuesta a seguir la farsa y salir del paso —comentó Jim.

—Os asombraría saber hasta dónde pueden llegar los genios de la estafa —dijo Burt Anderson—. He oído casos en los que han dejado cincuenta mil dólares en efectivo en una mesa, al alcance de la mano, porque sabían que así conseguirían más a la vuelta de la esquina. Algunos han repetido su truco una y otra vez, siempre el mismo, durante toda su carrera, sin que se les haya podido echar el guante.

—¿Y cómo consiguen que no los cojan? —preguntó Trixie incrédula—. Alguien los denunciará…

—No siempre —intervino el sargento—. Esa gente explota la avaricia de sus víctimas… y su orgullo. Muchos, como el cliente del señor Anderson, ayudan sin saberlo a los timadores al no denunciarlos. Tienen miedo de quedar en ridículo. Por eso, no es extraño que se callen y pierdan lo que les han timado, con lo que los delincuentes no corren peligro al elegir la siguiente víctima.

—Bueno, yo no pienso cruzarme de brazos y perder el dinero que les dejé —dijo el señor Lytell—. Quiero que me lo devuelvan.

El sargento movió la cabeza asintiendo y Burt Anderson dijo:

—Por lo general, lo único que hace falta es que haya una persona dispuesta a echar a rodar la bola. Una vez que mi cliente sepa que usted está dispuesto a atestiguar, seguro que él también denunciará su caso. Y no me extrañaría que apareciese alguna otra víctima de esos dos granujas. El único problema es decidir cuál de

los cargos será el que se presente en primer lugar.

—Lógicamente, los que han callado tienen menos probabilidades de recuperar su dinero —observó el sargento—. Estas gentes suelen vivir a salto de mata y, por supuesto, llevando un gran tren de vida. Después de todo, tienen que hacerlo así para poder engañar.

—Si Laura Ramsey hubiese aparecido con vaqueros y una camisa vulgar, conduciendo un coche viejo, no la habríamos creído nunca —admitió Trixie.

—Tú no la has creído nunca, a decir verdad —añadió Honey lealmente—. Tú fuiste la única que no confiaste en ella, y tenías razón. Debería haberte hecho caso, en lugar de buscar argumentos en contra.

Trixie movió la cabeza.

—Tampoco yo estaba tan segura al final. Cada vez que sospechaba, Laura inventaba una historia que desvanecía todas mis dudas. Anoche, junto a la tienda, cuando Laura me dijo que había ido a decirle al señor Lytell que habían encontrado a su padre, una parte de mí todavía se preguntaba si no sería verdad, y si no habría metido la pata al avisar a la policía.

—Una falsa alarma... Eso fue exactamente lo que pensó el sargento que atendió la llamada —dijo Molinson—. No quería enviar ningún coche patrulla, ya que no habías dado el nombre ni la dirección. Afortunadamente, yo, que acababa de terminar el servicio, oí que colgaba el teléfono y le pregunté qué pasaba. «Un chico quiere que enviemos un coche ¡a la tienda de Lytell», dijo. «¿Un chico?», le volví a preguntar. «¿Chico o chica?» «Creo que era una chica», repuso. Bueno, vacilé un momento; acababa de dejar el servicio, después de todo, y tenía ganas de llegar a casa y descansar.

—Pero entonces recordé el consejo que tantas veces os he dado a los Bob-Whites: informar enseguida a la policía. ¿Y qué pasará si al final siguen mis indicaciones y no les hago caso?, me dije. Y entonces llamé a uno de los compañeros y le pedí que fuese a Glen Road.

—Pues nos vino al pelo que llegase —dijo Jim—. Con sus coches inservibles, el único medio de escapar que tenían era la ranchera de los Bob-Whites. Y creo que la habrían tomado... con tres Bob-Whites de rehenes.

—¡Oh, Jim! —exclamó Honey—. Eso no se me ocurrió cuando

les dejé las ruedas sin aire. Se podían haber complicado las cosas.

—Todo antes que dejar escapar a esos granujas —comentó Trixie, consolándola. Se volvió al sargento Molinson—: Decía usted que la gente que ha tardado en denunciarlos quizá no recupere el dinero. ¿Quiere eso decir que el señor Lytell sí?

El sargento asintió.

—Sólo llevaban consigo unos cientos de dólares cuando los capturamos. Pero, como hay testigos de que se apropiaron de todo ese dinero, tendrán que devolverlo.

—¡Bravo! —exclamó Honey—. Me sentiría terriblemente mal si el señor Lytell hubiese perdido parte de su dinero. Me sentiría culpable, ya que le pedí que ayudase a Laura.

—Y yo también —añadió Trixie.

—No hay razón alguna para que os sintáis culpables —les dijo Molinson—. Recordad lo que acaba de decir el señor Anderson. Esos profesionales del timo habían elegido al señor Lytell como víctima. Hubiesen conseguido sacarle el dinero de una manera o de otra: con vosotras o sin vosotras.

El bigote del señor Lytell temblaba por la indignación.

—Ciertamente, no ayudó nada tener a estas dos joven-citas apoyando a aquella bribona, diciéndome lo que sufría y asegurando que yo debía ayudarla —dijo.

Trixie y Honey se avergonzaron, pero el sargento les sonrió, antes de volverse para mirar airado al señor Lytell.

—¿Está intentando decirme que se habría negado a ayudar a una joven en apuros? —le preguntó.

Ahora fue el señor Lytell el que pareció avergonzado.

—Bueno —dijo—. Tal vez habría hecho algo. Pero he de admitir que, cuando ella mencionó la posible recompensa, fui más generoso. Ya saben —explicó a modo de disculpa—, lo que he guardado para los días de lluvia no sirve de mucho para los días como hoy —echó una mirada furtiva a Honey y Jim y volvió los ojos al frente con la misma rapidez, poniéndose colorado mientras decía—: Uno también cambia sus planes a veces.

—Estamos seguros de que tendría sus razones —dijo Honey con tacto—. No puedo hablar, como es natural —añadió con una chispa de malicia—, pero estoy segura de que toda la gente de Manor House apreciará sus esfuerzos por ayudar a Laura, aunque al final

haya resultado ser una timadora.

Trixie, comprendiendo la velada alusión de Honey a la señorita Trask, añadió pícaramente:

—Tal vez el cliente del señor Anderson quiera concederle una recompensa, señor Lytell. ¿Ayudaría eso a que cambiase de planes?

El tendero acusó el golpe.

—Mis planes no son asunto tuyo, jovencita. ¡Lo mejor que puedes hacer es mantenerte al margen de mis asuntos!

—Pues ha sido buena cosa que no se haya quedado al margen de ellos, señor Lytell —le recordó el sargento Molinson—, al menos por esta vez.

—Eso parece —añadió Burt Anderson—. No creo que mi cliente vaya a ofrecer recompensa alguna pero, de ser así, creo que quien más la merece es precisamente esa jovencita. A decir verdad, me parece que en justicia debería ser usted quien la recompensara.

—¡Recompensarla! —exclamó el señor Lytell escandalizado—. ¿Cree usted que soy un millonario? ¡Qué ocurrencia...! —se calló de repente, mirando a Trixie, a Honey y a Jim—. Bueno, creo que una pequeña recompensa no sería injusta del todo —añadió—. Pero quiero que tengan en cuenta que ellas me ayudaron a meterme en el lío, antes de sacarme de él.

El sargento Molinson quiso aclarar alguna otra cosa, pero Honey interrumpió:

—De todos modos, no hemos pensado nunca pedirle ninguna gratificación, señor Lytell. Simplemente, nos sentimos contentos de ayudarle.

—Honey tiene razón —intervino Jim—. No queremos nada.

—Yo sí —interrumpió Trixie con firmeza.

Honey y Jim la miraron sorprendidos. De todos los Bob-Whites, Trixie solía ser la más desprendida, a la vez que la menos proclive a aceptar cualquier gratificación por los servicios prestados.

Se volvió con gesto desafiante.

—Hay algo en lo que quiero que el señor Lytell invierta parte de su dinero cuando lo recupere, algo que no le va a costar nada a la larga —miró al tendero, esforzándose por mantenerse seria—. Quiero —dijo finalmente— que compre para la tienda una buena reserva de refrescos de fresa.

Autor

KATHRYN KENNY es el seudónimo que utilizaban varios escritores de la empresa Western Publishing para escribir algunos libros de la saga Trixie Belden.